

Felipe Arocena
Hernán Cabrera
Juan Scuro

La cultura como clave de desarrollo futuro

biblioteca**plural**



LA CULTURA COMO CLAVE DE DESARROLLO FUTURO

Felipe Arocena • Hernán Cabrera • Juan Scuro

LA CULTURA COMO CLAVE DE DESARROLLO FUTURO

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo
de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados
por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la csic,
integrada por Héctor Berio, Luis Bértola, Magdalena Coll, Mónica Lladó,
Alejandra López Gómez, Vania Markarián y Sergio Martínez ha sido la encargada
de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2018.

© Los autores, 2018

© Universidad de la República, 2020

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906
Telefax: (+598) 2409 7720
Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/>

ISBN: 978-9974-0-1744-3

e-ISBN: 978-9974-0-1745-0

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Rodrigo Arim</i>	9
INTRODUCCIÓN.....	13
MARCO CONCEPTUAL: DE LAS TEORÍAS Y LOS MÉTODOS.....	15
La perspectiva de Amartya Sen: la capacidad de poder elegir qué quiero ser	18
La perspectiva de Ronald Inglehart: el tránsito hacia la posindustrialización.....	20
La perspectiva de Manuel Castells: la era de la información	22
La perspectiva decolonial: nuevas identidades y diversidad cultural.....	24
Metodología.....	26
LA MATRIZ CULTURAL URUGUAYA DEL PRESENTE	27
La percepción interna del deterioro	28
LA CULTURA COMO UNA CLAVE DE FUTURO	31
Cultura y trabajo.....	31
Cultura, crecimiento económico y distribución de la riqueza	35
Cultura y hábitos de consumo	41
Cultura, ciencia, tecnología e innovación	46
Cultura y medio ambiente	51
Cultura, diversidad, tolerancia y discriminación	55
Cultura y familia	58
Cultura y religión.....	61
Cultura, violencia y criminalidad.....	65
Cultura y educación	70
CONCLUSIONES Y DESAFÍOS.....	77
REFERENCIAS.....	85

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

Vivimos en una sociedad atravesada por tensiones y conflictos, en un mundo que se encuentra en constante cambio. Pronunciadas desigualdades ponen en duda la noción de progreso, mientras la riqueza se concentra cada vez más en menos manos y la catástrofe climática se desenvuelve cada día frente a nuestros ojos. Pero también nuevas generaciones cuestionan las formas instituidas, se abren nuevos campos de conocimiento y la ciencia y la cultura se enfrentan a sus propios dilemas.

La pluralidad de abordajes, visiones y respuestas constituye una virtud para potenciar la creación y uso socialmente valioso del conocimiento. Es por ello que hace más de una década surge la colección Biblioteca Plural.

Año tras año investigadores e investigadoras de nuestra casa de estudios trabajan en cada área de conocimiento. Para hacerlo utilizan su creatividad, disciplina y capacidad de innovación, algunos de los elementos sustantivos para las transformaciones más profundas. La difusión de los resultados de esas actividades es también parte del mandato de una institución como la nuestra: democratizar el conocimiento.

Las universidades públicas latinoamericanas tenemos una gran responsabilidad en este sentido, en tanto de nuestras instituciones emana la mayor parte del conocimiento que se produce en la región. El caso de la Universidad de la República es emblemático: aquí se genera el ochenta por ciento de la producción nacional de conocimiento científico. Esta tarea, realizada con un profundo compromiso con la sociedad de la que se es parte, es uno de los valores fundamentales de la universidad latinoamericana.

Esta colección busca condensar el trabajo riguroso de nuestros investigadores e investigadoras. Un trabajo sostenido por el esfuerzo continuo de la sociedad uruguaya, enmarcado en las funciones que ella encarga a la Universidad de la República a través de su Ley Orgánica.

De eso se trata Biblioteca Plural: investigación de calidad, generada en la universidad pública, encomendada por la ciudadanía y puesta a su disposición.

Rodrigo Arim

Rector de la Universidad de la República

Setiembre 2019

—En mis tiempos, cuando era estudiante,
la mayoría de la gente quería entrar a trabajar en Nokia,
o en otras empresas grandes o en el Estado. Ahora hay
toda una cultura nueva de que hay que inventarse algo
para uno mismo. Y eso hoy es clave para la sociedad finlandesa.

Y es algo que ha pasado muy rápido,
el proceso no ha llevado más de diez años.

—¿Cree que ese proceso puede ser replicado en otros países?
¿O hay una raíz cultural que hace que sea algo único
de los finlandeses?

— No veo límites. ¿Por qué no?

(Diálogo entre un periodista del diario *El País*, Uruguay,
y Sauli Niinistö, Presidente de Finlandia, 16 de agosto de 2016).

Introducción

¿Cuál es el rol de la cultura en el desarrollo? ¿Es que juega algún papel clave en los procesos de desarrollo, o es la cultura apenas secundaria en relación a otras áreas consideradas más importantes como podrían ser la economía, la democracia, la institucionalidad, la desigualdad o la innovación tecnológica, entre otras? ¿Y si la cultura tuviera una función estratégica en los procesos de desarrollo, tenemos teorías que nos ayuden a pensar cuál es? ¿En el caso de que existan teorías, cuáles son sus principales puntos de acuerdo y de disputa? ¿Y si disponemos de teorías, también poseemos los métodos para saber cómo abordar el mundo empírico de la cultura y el desarrollo? Las dos principales preguntas que guían el diagnóstico que aquí se presenta son: ¿qué podemos decir de la matriz cultural uruguaya del presente? y, sobre todo ¿cuán preparados estamos culturalmente para navegar las aguas de la sociedad del conocimiento del futuro?

Este libro comienza presentando y discutiendo las teorías seleccionadas para pensar el desarrollo en clave cultural (Marco conceptual: de las teorías y los métodos). Se trabajará con cuatro abordajes teóricos complementarios: el pensamiento de Manuel Castells, la reflexión de Amartya Sen, el enfoque de Ronald Inglehart y la perspectiva decolonial latinoamericana. En segundo lugar se presenta la estrategia metodológica que se ha seguido. Se utilizaron métodos complementarios de análisis como las entrevistas en profundidad a especialistas, datos secundarios de encuestas nacionales e internacionales y se les solicitó a siete colaboradores expertos en su área la reflexión a través de un trabajo escrito. Se organizaron además dos talleres, uno al comienzo del proceso que procuró poner en discusión el plan general del trabajo y otro a la mitad para poner a prueba los avances realizados.

Una vez presentadas las teorías y explicados los métodos se procede a construir una caracterización de la cultura uruguaya del presente en relación a diez áreas significativas para pensar el desarrollo (Situación actual: la matriz cultural uruguaya del presente). Estas diez dimensiones seleccionadas son: el trabajo, la innovación, los hábitos de consumo, la distribución económica, la religiosidad, el medio ambiente, la familia, la delincuencia y la educación. En cada una de estas diez áreas se realizará un análisis transversal en el sentido de tratar de entender la cultura del trabajo, la cultura de la innovación, la cultura y la educación, la cultura y la tolerancia y así para el resto.

En la última sección del trabajo se propone arriesgar una respuesta sobre las principales potencialidades, debilidades y oportunidades que percibimos en la cultura uruguaya para vincularnos con el mundo del futuro (Conclusiones y desafíos). No es necesario decir que el futuro está abierto; es incierto y estará plagado de contradicciones como todo momento histórico, pero no por ello

debemos abstenernos de anticiparlo. Precisamente porque el futuro no está predeterminado totalmente, sino porque tiene grados de libertad para que podamos incidir en él, es que es estratégico pensar cuán preparados estamos para ello desde el punto de vista cultural.

Esta investigación tuvo su origen en un convenio entre la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y la Dirección de Planificación de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto.

Marco conceptual: de las teorías y los métodos

Parece necesario empezar por transmitir cuál es el rol de la cultura en el desarrollo. Los conceptos de cultura y de desarrollo han cambiado significativamente en las últimas dos décadas y particularmente en la breve vida del siglo XXI. Esos cambios abrieron perspectivas que los vinculan de manera innovadora y que resaltan sus interacciones mutuas. Desde el año 2008 aproximadamente el Estado uruguayo ha adoptado la estrategia de trabajar en la capacidad transformadora de la relación entre los dos términos, esto es que la cultura es un motor central del desarrollo y que este no puede entenderse apenas como el aumento del producto económico.

Desarrollo. Las nuevas interpretaciones del desarrollo se han apartado de un abordaje economicista que primó en el siglo XX y lo identificaba en forma simplificada con el crecimiento de la riqueza. Una crítica hacia esta concepción estrecha proviene de la perspectiva del concepto de *desarrollo humano*, tal como fuera elaborada por Amartya Sen e incorporada por Naciones Unidas. El desarrollo humano es un concepto multidimensional que incorpora el crecimiento económico, pero además otras dos dimensiones claves como son la salud y la educación. Esta nueva forma de entender el desarrollo para ampliar las capacidades y las opciones de las personas logró operacionalizarse de una forma bastante eficaz en el índice de desarrollo humano (IDH), que tiene la virtud de que se puede medir y permite establecer comparaciones entre países y estudiar la evolución o el retroceso en cada uno de ellos. En forma paralela al concepto de desarrollo humano, y en respuesta a los límites que desde el medio ambiente se impusieron al crecimiento económico, fue construyéndose el concepto de *desarrollo sustentable*. La preocupación inicial del desarrollo sustentable fue armonizar el crecimiento económico con el medio ambiente de modo que las generaciones futuras pudieran disfrutar del mismo derecho, tal como lo entendió el pionero *Informe Brundtland: Nuestro futuro común*, de 1988. El concepto de desarrollo sustentable evolucionó e introdujo una tercera dimensión social, reconociendo que la disminución de la pobreza y la desigualdad no solamente eran factores necesarios para la preservación del medio ambiente, sino que además un desarrollo no sustentable perjudica en primer lugar a los sectores más vulnerables. Se llegó así a la concepción más clásica que incorpora los tres pilares del desarrollo sustentable: el económico, el medioambiental y el social. A estos tres se la ha incorporado la cultura como cuarto pilar del desarrollo, idea central incorporada en la *Agenda 21 de la Cultura* del año 2004. Si bien se está trabajando fuertemente a nivel internacional en construir un sistema de indicadores de desarrollo sustentable, aún se está lejos de lograr un consenso semejante al que tiene el IDH.

Particularmente en América Latina el concepto de desarrollo se ha asociado a un contexto de democracia política y cualquier modelo de desarrollo que se implemente siempre parte del reconocimiento de las reglas de juego de la democracia. Es verdad que aún existen y continuarán existiendo variaciones y divergencias sobre qué es el desarrollo, en primer lugar porque este es un concepto dinámico que cambia a medida que las condiciones se modifican. No obstante, hay algunos puntos centrales que han logrado cierto consenso. Entre estos se pueden mencionar que cualquier modelo de desarrollo debe pensarse dentro de un contexto de reglas democráticas; que el crecimiento económico es necesario; pero que debe ir acompañado de políticas públicas que ataquen específicamente la desigualdad y la pobreza, aspectos que no se mejoran automáticamente por el crecimiento y por el mercado; y que debe armonizarse la explotación de los recursos naturales con la sustentabilidad del medio ambiente. Democracia, crecimiento sostenible, disminución de la desigualdad y la pobreza, y medio ambiente sustentable son, pues, elementos reconocidos como vitales para cualquier concepto de desarrollo, que no serán mantenidos en el tiempo sin una fuerte cultura que los legitime.

Cultura. El concepto de cultura también es diverso y ha sufrido cambios significativos. Los nuevos aportes de la teoría de la cultura han puesto de relieve el aspecto más central que la cultura tiene en la propia construcción del ser humano. De una concepción tradicional que reiterativamente limitaba el concepto de cultura al de «alta cultura» o de «bellas artes», se ha pasado a un concepto de cultura antropológico, desde el que se concibe al ser humano construyéndose, filogenética y ontogenéticamente, *en y por* la cultura. En segundo lugar, la dimensión de la cultura ha adquirido mayor importancia como motor de cambio social, equiparándose a la dimensión económica y política y saliendo de un nivel en el que se la concebía apenas como dependiente de la estructura económica y social. Y, en tercer lugar, el derecho a la cultura se identifica con uno de los derechos humanos universales. Es cierto que se han formulado muchas críticas a la enorme dispersión de la definición de lo que es cultura y algunos analistas se han tomado el trabajo de recopilar más de cien definiciones distintas, lo que ha desestimulado a trabajar con esta noción. No obstante, podríamos encontrar una dispersión semejante en las definiciones de lo que es economía, o lo que es democracia, ¿o cuántas definiciones encontraríamos sobre qué es la política? Una concepción que ha alcanzado consenso es la de Clifford Geertz, para quien «la cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida» (1990, p. 88). A partir de esta interpretación semiótica de la cultura se llegó a un cierto acuerdo relativamente reciente en las ciencias sociales que entiende, según palabras de Néstor García Canclini, que «la cultura abarca el conjunto de los procesos sociales de significación, o, de un modo más complejo,

la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social» (2004, p. 34). De la mano de estos cambios y a medida que la globalización se aceleró, adquirieron mayor relevancia y visibilidad los derechos de las comunidades a mantener su propia cultura. Así como se hizo visible el derecho de las generaciones futuras a gozar de un medio ambiente sustentable y diverso, se reconoció el derecho de las sociedades a vivir y reproducir su identidad cultural. Estos derechos pueden agruparse en dos grandes dimensiones interrelacionadas: por un lado, el derecho de todas las personas a gozar de la cultura, pero también a crear y a recibir el conocimiento y los medios materiales para poder hacerlo y, por otro lado, el derecho de las comunidades a vivir en sintonía con su propia cultura y su identidad. Estos derechos, sin embargo, no pueden dejar de pensarse en un contexto de enormes intercambios culturales y de sociedades abiertas a recibir influencias de todo tipo en una sociedad global de la información, en la que los medios de comunicación y el traslado de migrantes multiplican las interacciones culturales.

Cultura y desarrollo. A pesar de las críticas y los diferentes abordajes sobre qué es, la cultura se ha abierto camino hasta que finalmente se reconoció que «la cultura importa» para entender los procesos de desarrollo, tanto para promoverlos como para obstaculizarlos. Efectivamente, el esfuerzo por profundizar las relaciones entre la cultura y el desarrollo ha caminado bajo una doble premisa. Por un lado, la cultura puede potenciar u obstaculizar el desarrollo humano y sustentable; por otro, el desarrollo no solamente puede armonizarse con la diversidad cultural, sino que además es la mejor vía de proteger esa diversidad porque las sociedades que no se desarrollan también ponen en riesgo su propia supervivencia, como convincentemente lo analizó Manuel Castells.

Como breve síntesis inicial de un marco normativo que vincula cultura y desarrollo destacamos algunos de los 67 artículos que componen la Agenda 21 de la Cultura, firmada en 2004. 1) La cultura es parte y constituye el desarrollo humano; 2) la diversidad cultural contribuye a una existencia intelectual, afectiva, moral y espiritual más satisfactoria para todas las personas; 3) los derechos culturales son parte indisoluble de los derechos humanos y ninguna persona puede invocar la diversidad cultural para atentar contra los derechos humanos garantizados por el derecho internacional ni para limitar su alcance; 4) la calidad del desarrollo local requiere la imbricación entre las políticas culturales y las demás políticas públicas; 5) la diversidad cultural es tan necesaria para la humanidad como la biodiversidad para la naturaleza; 6) la diversidad de las expresiones culturales comporta riqueza; 7) se reconoce la dimensión económica de la cultura y la importancia de la cultura como factor de generación de riqueza y desarrollo económico (Agenda 21 de la Cultura, 2004).

La perspectiva de Amartya Sen: la capacidad de poder elegir qué quiero ser

Amartya Sen ha reflexionado sobre la relación entre cultura y desarrollo. Siendo él un economista, reconoce que «sociólogos, antropólogos e historiadores frecuentemente han observado la tendencia de los economistas a no prestarle la atención adecuada a la cultura en sus investigaciones sobre la sociedad en general, o en el proceso de desarrollo en particular. A pesar de que podamos considerar muchos contraejemplos a esta alegada negligencia de los economistas sobre la cultura... la acusación es, hasta cierto punto, justificada» (Amartya Sen, «How Does Culture Matter», p. 37). Hay muchas formas en que se puede estudiar la relación entre la cultura y el desarrollo. En primer término la cultura es constitutiva del propio desarrollo, ya que uno de los objetivos del desarrollo es precisamente poder disfrutar y crear actividades culturales como la literatura, el cine, la música, las artes plásticas. Otra dimensión económicamente relevante de la cultura son las propias actividades culturales remuneradas o los objetos que se producen que adquieren valor. La cultura tiene una relación directa sobre el propio comportamiento económico, digamos sobre la ética del trabajo, la iniciativa empresarial, o la responsabilidad de los actores. La cultura incide también directamente en los niveles de participación política de una sociedad y por ende en la calidad de la democracia, así como en la capacidad para asociarse y cooperar colectivamente para la resolución de problemas. Ni qué hablar de los sitios arqueológicos o patrimoniales históricos y su vinculación con el turismo cultural como significativa fuente de recursos.

En esta investigación dejaremos de lado algunas de estas importantes áreas en las que la cultura es relevante para el desarrollo y nos centraremos en la doble relación entre la cultura entendida en su sentido más antropológico como el conjunto de actitudes, valores y creencias sobre el desarrollo y, a su vez, en el impacto del desarrollo sobre esos valores, actitudes y creencias.

Sigamos con el pensamiento de Sen, que compartimos, y aclaremos ahora cuál es el papel que le adjudicamos a la cultura en el desarrollo. En primer lugar siempre hay que tener en mente que el desarrollo es un proceso multidimensional y el abordaje de la cultura es apenas una entrada entre varias otras, una entrada necesaria sí, pero no suficiente. Es decir que hay otros aspectos que inciden directamente sobre la conducta de las personas y sobre lo que ellas creen que son, como la profesión, la etnia, su trabajo, su género, o la clase económica que ocupan. Hacer afirmaciones, por ejemplo, como que la cultura de los cristianos protestantes es más proclive a generar niveles de riqueza persistente y sociedades igualitarias, mientras que la cultura influenciada por la religión musulmana tiende a generar sociedades más jerárquicas y mayores dificultades para el crecimiento económico, no nos parecen acertadas por varias razones. En primer lugar porque la cultura interactúa con otras esferas de la vida en sociedad, porque no se puede sostener una visión determinista de la cultura ya que dentro de una macrocultura

hay heterogeneidades importantes y porque, además, las culturas cambian históricamente, se intersectan, se dividen en subculturas con diferencias significativas, y están en dependencia con elementos políticos, geográficos que influyen considerablemente en uno u otro momento de la historia. La cultura importa y mucho para entender procesos de desarrollo, para dispararlos y para orientarlos, pero siempre dentro de un conglomerado de otros factores que también importan, tanto, más, o menos que la cultura, dependiendo de las circunstancias específicas de cada caso. También es importante estar alerta para no caer en el error muy común dentro de los estudios de la cultura y el desarrollo de «culpar a la víctima». Por ejemplo, afirmar que a población negra en Uruguay no ha logrado mejorar su situación socioeconómica debido a que su cultura no enfatiza lo suficiente el trabajo duro, la superación educativa o la constancia de la disciplina es un caso típico de este grueso error.

En otro de sus trabajos donde se aborda este tema, «La cultura como base del desarrollo contemporáneo», Amartya Sen propone que hay dos visiones del desarrollo muy diferentes. La primera puede ser entendida como la definición del desarrollo, como crecimiento económico y, a lo sumo, como crecimiento económico con una preocupación de que la riqueza se distribuya entre la población. En esta definición de desarrollo, la cultura y los valores que la componen se dan por sentados, es decir no se pone en tela de juicio valores alternativos, sino que el valor principal es el crecimiento. A esta concepción la denomina la «visión opulenta del desarrollo», en donde los objetivos están dados y la cultura entra apenas como posible medio para alcanzarlo mejor, más o menos rápido, la cultura como instrumento para el desarrollo entendido como crecimiento. En una noción diferente, la «visión del desarrollo de la libertad real», se

lo considera como un proceso que enriquece la libertad real de los involucrados en la búsqueda de sus propios valores. A esta la llamo la noción de desarrollo de la libertad real. La importancia que la opulencia económica tenga en esta concepción de desarrollo, dependerá de los valores de las personas involucradas... incluso si resultara que la opulencia económica es lo que tiene más valor para la gente... De acuerdo con la noción de la libertad real podemos entender la expansión de la capacidad humana como la característica central del desarrollo (Amartya Sen, «La cultura como base del desarrollo»).

En estas dos visiones se representan algunas de las dificultades de los análisis culturales del desarrollo, porque en la primera la cultura es estudiada como motor o freno del desarrollo como crecimiento económico y, en la segunda, la cultura es constitutiva de lo que se quiera por desarrollo, es decir acercarse más a lo que la propia gente valore más, sea lo que fuere. La primera cuestión problemática no es tanto si es el crecimiento u otro (la felicidad, la vida más larga y saludable, el tiempo libre, etc.) es el objetivo del desarrollo, sino que la cultura es al mismo tiempo un medio instrumental para alcanzarlo, además de ser constitutiva del propio desarrollo, o sea que es medio y fin al mismo tiempo. La segunda cuestión importante es rechazar una visión estrecha del desarrollo apenas con el

crecimiento económico y cierta distribución de la riqueza, ampliándola hacia la comprensión del desarrollo como la capacidad humana para poder elegir qué se quiere ser y hacia dónde ir.

La perspectiva de Ronald Inglehart: el tránsito hacia la posindustrialización

En el marco analítico de Ronald Inglehart que fundamenta la Encuesta Mundial de Valores, los procesos de modernización socioeconómica de los países producen cambios significativos en la cultura y en los valores en dos grandes dimensiones. A medida que los países cambian su matriz económica y social dejan atrás el peso de la tradición y sobre todo de la religión. Este cambio estructural puede ejemplificarse con la transformación de una cultura tradicional fuertemente basada en la autoridad religiosa a una cultura cada vez más secularizada y racional ejemplificada en las estructuras de la burocracia. Este cambio es el que encontramos en el pasaje de las sociedades agrarias a las industrializadas, o de las sociedades feudales a las burguesas. Este proceso ha sido bien analizado tanto por Karl Marx desde el punto de vista económico en los orígenes del capitalismo europeo, como por Max Weber desde el punto de vista de la cultura.

El segundo gran cambio que destaca Inglehart es el que ocurre cuando continúa el proceso de desarrollo socioeconómico una vez que se consolida el sustrato material de la sociedad industrial capitalista, es decir cuando se alcanza un cierto bienestar económico suficiente para sobrevivir. Este es el momento histórico de la gran transformación de las sociedades industriales a las posindustriales, o de las sociedades modernas a las posmodernas cuyo impacto en la cultura es mayor y se traduce en dejar de darle tanta importancia a los aspectos materiales de la vida para la supervivencia y pasar a asignarle creciente importancia a los derechos de los sujetos y el conjunto de valores posmateriales. Si en el período de la transformación asociado a la industrialización se debilita el peso de la autoridad tradicional de la religión, no disminuye el peso de la autoridad de las grandes organizaciones emergentes como los partidos políticos, los sindicatos, las burocracias estatales, las corporaciones. Sin embargo, con el cambio de la sociedad posindustrial lo que termina cayendo es el peso de la autoridad radicada en instituciones u organizaciones de gran escala, ahora son los derechos de los sujetos los que se valoran por encima de los colectivos y sus ideologías masivas, así como la reivindicación de construirse a uno mismo sin ataduras institucionales. Existen pues dos macrotendencias, según la «nueva teoría de la modernización» de Inglehart: 1) la secularización y racionalización asociada a la industrialización, por un lado, y 2) por otro, la crítica a los valores materiales tanto como a la autoridad de las instituciones más universales representativas de la industrialización (identificadas en las maquinarias burocráticas educativas, empresariales, religiosas, políticas o de clase), críticas asociadas a la posindustrialización.

La evidencia de las últimas tres décadas en el mundo muestra un cambio predecible en estas dos direcciones, que pueden darse simultáneamente en muchos países, o más secuencialmente en otros; algunos países pueden estar experimentando más el primer cambio y otros el segundo. Que ello sea cierto no implica que no existan marchas atrás en coyunturas específicas, ni que los países se hagan más parecidos entre sí. Las historias culturales de los países y de las regiones en las que están insertos continuarán diferenciándolos fuertemente con identidades muy distintas y las crisis económicas más o menos prolongadas hacen que este macrotrayecto sea esquivo, cambiante y zigzagueante.

No hay que mirar estos cambios como leyes fijas determinantes, afirman Inglehart y Welzel, porque

[...] los cambios culturales no son lineales, ni están continuamente moviéndose en una dirección mientras el desarrollo económico ocurre, hasta que se alcance el final de la historia. Al contrario, la industrialización trajo el cambio de los valores tradicionales a los secular racionales; con el advenimiento de la sociedad posindustrial, sin embargo, el cambio cultural comenzó a ir en otra dirección. El cambio de valores tradicionales hacia valores secular racionales se enlentece y detiene, mientras que otro cambio surge más poderoso —el cambio de valores de supervivencia hacia los de autoexpresión, a través de los cuales las personas ponen más énfasis en la capacidad de elección, autonomía y creatividad. Este cambio se movía lentamente durante la transición de las sociedades preindustriales a las industriales, pero se convierte en la tendencia dominante cuando la sociedad industrial abre el paso a la posindustrial. Las teorías de la modernización anticiparon el cambio de valores asociados al proceso de desarrollo socioeconómico, pero se focalizaron en el surgimiento de valores seculares y racionales, y no supieron ver una ola de cambios más tardíos —el surgimiento de los valores de autoexpresión. Los teóricos clásicos de la modernización no previeron el impulso emancipatorio que emerge con las etapas tardías de la modernización. Este impulso es incompatible con el autoritarismo tecnocrático que muchos teóricos de la modernización (como George Orwell) pensaron que sería el resultado de la modernización política. A contrapelo con estas expectativas, los valores de autoexpresión hacen de la democracia el resultado más probable del desarrollo político (Ronald Inglehart y Christian Welzel, *Modernization, Cultural Change and Democracy*, pp. 20-21).

Siguiendo este breve resumen de la teoría, la evidencia empírica de las siete olas de la Encuesta Mundial de Valores (EMV) ubica a los países protestantes del norte de Europa como aquellos en los que la población otorga más importancia a los valores de autoexpresión, junto con los seculares y racionales. Son los países africanos y musulmanes los que, por el contrario, se ubican en el extremo opuesto de esta tendencia porque en ellos el peso de la religión tradicional como orientación máxima de sus vidas y el énfasis puesto en la supervivencia determinan su configuración de valores.

En el marco de la EMV, estudio que se implementa desde hace varias décadas en cerca de cien países, el Uruguay se ubica en una posición que, dentro de América Latina, es auspiciosa para pensar el futuro, porque es el país más

secular y al mismo tiempo el que se acerca más a una configuración cultural donde más se valoran los derechos de las personas. El Uruguay está a medio camino entre ambos extremos. Esto significa que estamos viviendo al mismo tiempo la intersección de valores correspondientes a una etapa de industrialización y de posindustrialización y, si se logra mantener un período prolongado de moderado crecimiento económico, es posible que cada vez pesen más los valores de auto-expresión vinculados a la nueva agenda de derechos.

La perspectiva de Manuel Castells: la era de la información

Un buen resumen de las principales ideas de Castells fue presentado en la conferencia ofrecida por el propio autor en el año 2016 en la ciudad de Buenos Aires, titulada «Modelos de desarrollo en la era de la información».¹ Siguiendo el título de la conferencia, Castells define el desarrollo como:

[...] el proceso social mediante el cual las personas (no los países) individual y colectivamente incrementan sus capacidades para mejorar sus vidas en concordancia con sus valores e intereses. Por lo tanto es una concepción de desarrollo no en términos de indicadores de crecimiento, sino en términos de cómo las personas desde su vivencia y su subjetividad y con sus valores redefinen las condiciones de su vida y las mejoran. Y este objetivo definido así atraviesa estrategias personales, proyectos empresariales y políticas de gobierno.

Una vez definido el desarrollo pasemos a aquello que estructura la nueva época en la que estamos viviendo, es decir la era de la información. El aspecto clave de esta nueva era es que la revolución tecnológica informacional se constituye como nuevo paradigma transversal en los años setenta y de ahí se difunde al resto del mundo, incluyendo la ingeniería genética porque es la acción sobre la información de la materia viva. Del mismo modo que se hablaba de la era industrial por la revolución en la transformación de la energía, la era de la información se caracteriza por la revolución en los procesos tecnológicos de la información y la comunicación. Y en forma semejante en que la revolución tecnológica de la energía de la industrialización creó una nueva sociedad, también la revolución tecnológica de la información y de la comunicación da lugar a un nuevo tipo de sociedad de la era de la información.

Esta nueva sociedad de la era de la información es la sociedad red. En esta sociedad emergente se adoptan nuevas formas organizacionales e institucionales que se adaptan mejor a la nueva realidad en un proceso de cambios y adaptaciones mutuas que finalmente dan lugar a una nueva estructura social de la sociedad en red. Esta organización en red afecta a todas las dimensiones de la vida social y transforma las reglas del poder caracterizado por las ya viejas máquinas de dominación como el Estado, el Ejército, las iglesias y se caracteriza por un

1 La conferencia fue organizada en el Centro Interdisciplinario de Estudios en Ciencia, Tecnología e Innovación (CIECTI) y está disponible en Internet.

mayor énfasis de la horizontalidad en detrimento de la verticalidad de las viejas y rígidas instituciones anteriores de la era industrial; la política se mueve en red, los nuevos movimientos sociales se organizan en red; pero también afecta todas las formas de interacción, las maneras de producir y la empresa red, la ciencia y la tecnología también funcionan en red, como las universidades; la sociabilidad también se hace a través de las redes, y el resultado de todo esto es un universo tecnosocial basado todo en redes. Las nuevas tecnologías permiten que la complejidad de las redes pueda ser gestionada mucho más eficientemente, incluso superando a las viejas organizaciones verticales burocráticas, que en su momento fueron más eficientes (debido a su predictibilidad funcional, por ejemplo) que las discrecionalidades personales precapitalistas. Hoy ante la aceleración de los cambios, la flexibilidad de las redes para adaptarse y reconfigurarse a circunstancias cambiantes y los medios tecnológicos disponibles para organizarlas y gestionarlas descentralizadamente pero manteniendo la unidad, hacen de ellas el modelo más eficiente de organización en la era de la información. Internet, pues, se constituye en lo que era la electricidad para la sociedad industrial.

La revolución tecnológica de la información y las comunicaciones, y la nueva sociedad red van acompañadas de un cambio tan grande como los dos anteriores a nivel cultural. La transformación cultural de estas sociedades representa una nueva forma de pensar y organizar la actividad humana y esta es la emergencia de una cultura de la autonomía como cultura central en nuestras sociedades. En esta nueva matriz cultural la aspiración mayor y la más fundamental hoy día en todas las sociedades, desde el punto de vista de las personas es la autonomía. El ser yo, el ser persona y que se me reconozca como sujeto de derechos humanos. Ejemplos de esta nueva cultura son el emprendedurismo en la vida económica, el salirse de las máquinas burocráticas en la vida política y redefinir proyectos colectivos; el redefinir lo que es el arte prescindiendo de las galerías que se rigen por los intereses económicos; la autonomía psicológica y la independencia para pensar por mí mismo. Según Castells, «todo el mundo aspira a esto» y así lo demuestran los estudios empíricos y los estudios de opinión.

Esta es la espina dorsal de la era de la información: la revolución tecnológica informacional, la transformación organizativa de la sociedad red y la transformación cultural de la autonomía del yo. No hay que pensar estos cambios de manera determinista, todos ellos son adaptaciones mutuas entre tecnologías, nuevas formas organizacionales que la tecnología hace viables, y nuevas sensibilidades y valores que cuestionan la rigidez y verticalidad de las burocracias anteriores en las que los individuos ocupaban un lugar secundario.

Caracterizada así la era de la información, los modelos de desarrollo más exitosos serán los que son capaces de adaptarse a esta nueva estructura. Hay tres aspectos centrales en esa adaptación. La primera es la incorporación de tecnología en la matriz productiva, aceptando que cualquier modelo de desarrollo debe apoyarse en el crecimiento del producto y de la productividad como una de sus dimensiones necesarias, pero no suficiente. La incorporación de la tecnología,

para que tenga un impacto positivo, requiere de organizaciones horizontales en red y además de recursos humanos capacitados para gestionar las nuevas formas organizacionales y la propia tecnología. Esta es la segunda dimensión para adaptarse a la era de la información, no apenas tecnología y productividad, sino el desarrollo humano en su sentido de transformación educativa y condiciones de bienestar de la población con buenos sistemas de salud y acceso a vivienda digna. El desarrollo informacional y tecnológico sin desarrollo humano no es posible porque se encontrará con un cuello de botella del que no podrá liberarse. Castells se alinea completamente con la crítica de Amartya Sen a la visión ortodoxa del desarrollo basado en el crecimiento económico y, si sobra algo, en la distribución social de la riqueza. Esto no funciona más porque lo primero sin lo segundo no es más viable. Sería necesario generar el círculo virtuoso entre desarrollo informacional y desarrollo humano para que el proceso sea sustentable. Sin desarrollo humano el desarrollo informacional se tranca, a lo sumo puede prosperar en pequeños sectores altamente productivos y calificados, conectados con el mundo global, generando enormes desigualdades internas en un mismo país. Y viceversa, apenas desarrollo humano sin desarrollo informacional y tecnológico, financiado con endeudamiento también se bloqueará por falta de sustentabilidad económico productiva. En tercer lugar, y lo más importante de todo, es tener en cuenta qué es el desarrollo, y aquí Castells coincide y cita explícitamente a Amartya Sen y su concepción del desarrollo como dignidad, es decir la capacidad de gestionar la vida y de reconocer las aspiraciones tan diversas de los seres humanos. Pero como no hay una manera única de decidir qué es la felicidad o el bienestar, debemos entenderlo como el empoderamiento de las personas para decidir qué es lo que quieren y entienden como bienestar y esto nos lleva a la tercera pata del desarrollo, el político, es decir la capacidad de los grupos y de las personas para ir decidiendo qué es lo que se quiere como desarrollo.

La perspectiva decolonial: nuevas identidades y diversidad cultural²

El siglo XXI ha comenzado como el siglo de la diversidad cultural y el surgimiento de nuevas identidades. Hay varias razones para que esto sea así. La primera tal vez sea el impacto de la movilidad de personas. Se estima que actualmente hay más de doscientos cincuenta millones de migrantes que viven fuera de sus países de nacimiento. Esta movilización masiva de personas ha colocado lado

2 No queremos singularizar esta perspectiva en ningún autor en particular, pero como referencias pueden mencionarse, por ejemplo, Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Franz Fanon, Fernando Vizcaino, Oscar Lander y Arturo Escobar. También habría que destacar todos los informes y estudios de los organismos multilaterales como la Convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales, de la UNESCO, del año 2001 y la Carta Cultural Iberoamericana, de la OEL, del año 2006, entre muchos otros.

a lado a poblaciones con culturas y estilos de vida muy diferentes. Si bien hoy el número de migrantes es el más alto en la historia, hubo migraciones masivas en un pasado no muy lejano, y nuestro país fue un ejemplo de ello ya que la propia historia nacional está completamente entrelazada con el aluvión inmigratorio del siglo XIX, como lo está la de Estados Unidos de América. La diferencia en el presente, no obstante, es que la decolonización ha tenido dos efectos que aumentan la diversidad de la inmigración actual. El primero es que millones de personas del antiguo mundo colonizado africano y asiático llegaron a Europa, de la misma manera como millones de latinoamericanos emigraron a Estados Unidos y a España. En un contexto de crítica al eurocentrismo, estas migraciones se resisten al proceso de asimilación cultural veloz por el que atravesaron las migraciones anteriores; al contrario, las migraciones actuales defienden el derecho a mantener su propia cultura incluso en los países a los que arriban.

Una segunda transformación que contribuye a la diversidad cultural está también directamente relacionada con la decolonización y la movilización de las poblaciones originarias y negras. Particularmente en América Latina luego de la celebración de los quinientos años de la conquista en 1992, rápidamente la movilización por el reconocimiento cultural de estas poblaciones tuvo impactos sorprendentes. Todos los países latinoamericanos o reformaron sus constituciones o promulgaron leyes significativas de reconocimiento de la diversidad cultural. Entre estas nuevas constituciones o leyes se reconocen lenguajes indígenas como oficiales, se acepta la propiedad colectiva de los antiguos quilombos y reservas indígenas y se demarcan estos territorios. En algunos casos se adoptó la plurinacionalidad del Estado y la inclusión en la currícula educativa de nuevas narrativas que tomen en cuenta el punto de vista de las poblaciones subalternas. Hay decenas de ejemplos adicionales que podrían agregarse.

En tercer lugar, el siglo XXI es el siglo de la diversidad cultural debido a las transformaciones sexuales y de género. El derecho a una sexualidad diferente a la heterosexual hoy es garantizado por muchos países con leyes que oficializan el matrimonio igualitario, condenan con prisión la discriminación contra homosexuales y admiten nuevas identidades transexuales. El modelo identitario legitimado por la dominación del hombre-blanco-europeizado-heterosexual, cristalizando modelos definidos, deseables y normales de identidades ha llegado a su fin y como consecuencia estamos construyendo un mundo mucho más diverso desde este punto de vista.

Naturalmente que estos cambios demográficos y culturales despiertan temores y reacciones nacionalistas, xenófobas y racistas en los países de recepción de inmigrantes, ya sean países ricos como los europeos o los Estados Unidos, como también en otros más pobres, como en Argentina donde continuamente emergen animosidades contra los bolivianos, peruanos y paraguayos.

Metodología

Primero que nada, se tomó la decisión teórica de estudiar los vínculos de la cultura y el desarrollo mediante la indagación de los valores, las creencias y las actitudes en diez sub-dimensiones de la vida social y productiva del Uruguay:

- cultura y trabajo,
- cultura, diversidad, tolerancia y discriminación,
- cultura y religiosidad,
- cultura y criminalidad,
- cultura y educación,
- cultura y medio ambiente,
- cultura y hábitos de consumo,
- cultura, crecimiento económico y distribución de la riqueza,
- cultura y familia,
- cultura, ciencia, tecnología e innovación.

Se eligen estas diez a los efectos de hacer un corte que permita abordar semejante iniciativa. Este corte es tan arbitrario como necesario y muy probablemente a él se le pudiesen sumar otras relaciones como las de la cultura y la salud, la cultura y la democracia o la cultura y los territorios. Estos temas no son menos interesantes, sino que no hemos podido abarcarlos en el contexto de este trabajo y por tanto quedarán pendientes para futuras ampliaciones de este u otros trabajos nuevos sobre temáticas similares.

Respecto de lo estrictamente metodológico, hemos utilizado una estrategia combinando técnicas cuantitativas y cualitativas. Como parte de la estrategia cualitativa se realizaron diez entrevistas a especialistas en las diez áreas específicas antes mencionadas³. Además se le solicitó a otros siete especialistas en alguna de estas áreas que produjeran un texto escrito específico para esta instancia sobre la relación que veían con la cultura⁴. Como parte de la estrategia cuantitativa se analizaron varias fuentes de datos secundarios, destacándose las diferentes ediciones de la Encuesta Mundial de Valores, del Latinobarómetro y de diversos índices internacionales. También se organizaron dos talleres, uno al comienzo del proceso que procuró poner en discusión el plan general del trabajo y otro para poner en discusión el informe de prediagnóstico centrado en las tendencias y los factores de cambio identificados para cada una de las diez subdimensiones.

3 Los entrevistados fueron: Daniel Sayagués, Edgardo Rubianes, Eduardo Pereira, Pilar Uriarte, Claudio Invernizzi, Gonzalo Frasca, Eduardo Gudynas, Néstor Da Costa, Andrea Vigorito e Inés Clerc.

4 Los consultores fueron: Isabel Bortagaray, Roberto Elissalde, Sandra López, Carina Rodríguez, Gustavo Pereira, Marcos Supervielle y Nilia Viscardi.

La matriz cultural uruguaya del presente

El país ocupa el puesto 52 en el IDH del año 2015 y se ubica en el tramo que Naciones Unidas clasifica como de alto desarrollo humano. Solo dos países latinoamericanos, ambos del Cono Sur, están por encima de Uruguay en este índice, Argentina y Chile, en los puestos 40 y 42 respectivamente, y están ubicados en el tramo considerado de muy alto desarrollo humano. Entre los 188 países que se analizan en este estudio, Uruguay está en niveles superiores de desarrollo humano y en los niveles máximos de la región; esta posición, con pequeñas variaciones relativas, se mantiene desde que se comenzó a utilizar el IDH y no hay nada que haga presuponer que esta situación se modificará significativamente en el mediano plazo. Noruega, Australia y Suiza lideran el ranking.

En el año 2015, después de varios intentos anteriores por crear un índice de desarrollo sustentable, que fue muy criticado y procedente de muy diversos espacios institucionales, finalmente se llegó a un acuerdo de crear un nuevo índice que tuviera en cuenta y combinara el desarrollo económico, la inclusión social y la sustentabilidad medioambiental. Este índice, *SDG Index and Dashboards*, apoyado por Naciones Unidas y dirigido entre otros por Jeffrey Sachs, intenta reflejar cómo los países se acercan o no a la implementación de los objetivos de desarrollo sustentable y toman en cuenta los tres pilares del desarrollo sustentable.⁵ Según este índice, Uruguay es el país que mejor aparece en América Latina, ocupando el lugar 40 entre los 149 países relevados, seguido por Chile y Argentina en los puestos 42 y 43 respectivamente. Tres países escandinavos ocupan los primeros puestos: Suecia, Dinamarca y Noruega.

Desde el punto de vista democrático, en el índice de democracia, elaborado por la revista británica *The Economist*, Uruguay, ocupa el puesto 17 y, junto con Costa Rica que está en el lugar 24, son los dos únicos países latinoamericanos entre los 24 que están clasificados como democracias plenas, de los 167 que se analizan. El tercer país de la región mejor calificado es Chile, en el puesto 32, pero ya se ubica en la categoría de democracias políticas con deficiencias. Noruega, Suecia e Islandia ocupan los tres primeros escalones.

En cuarto lugar, el Uruguay continúa siendo, a pesar de los cambios y de los nuevos diagnósticos de las últimas décadas en el sentido de la fragmentación social, el país de la región con mayor porcentaje de clase media, 62 %, seguido de Argentina y Chile con el 53 % y 49 %, respectivamente. La razón principal de esta clase media tan extendida tiene relación, según este informe del BID, con la alta proporción de empleos formales.⁶

5 Sachs, J.; Schmidt-Traub, G.; Kroll, C.; Durand-Delacre, D. y Teksoz, K. (2016). *SDG Index and Dashboards - Global Report*. Nueva York: Bertelsmann Stiftung and Sustainable Development Solutions Network (SDSN).

6 El Informe del BID: «Pulso Social 2016: Realidades y perspectivas», aclara que «A su vez, Uruguay es el de menor pobreza en la región. El BID define a pobres como aquellos cuyo

En quinto lugar, Uruguay es el país menos corrupto de América Latina y ocupa el lugar 25 entre más de doscientos ranqueados por el índice de percepción de corrupción de transparencia internacional en el año 2015. A Uruguay le sigue Chile en la región y los tres países menos corruptos del mundo son Dinamarca, Finlandia y Suecia.

Estos indicadores seleccionados (índice de desarrollo humano, índice de desarrollo sustentable, índice de democracia, indicadores de igualdad e índice de corrupción) están directamente vinculados con la interrelación entre la cultura y el desarrollo, tal como caracterizamos estos dos conceptos y su influencia recíproca en este trabajo.

La percepción interna del deterioro

La breve imagen anterior que emerge en términos comparativos cuando se miran estos indicadores macrosociales de la región deja al Uruguay relativamente bien situado. Sin embargo, la percepción de la población del país no coincide con esta mirada. Al contrario, parece consolidarse una percepción de que estamos peor de lo que estábamos en algunos aspectos que son percibidos como cruciales para la calidad de vida: fundamentalmente la inseguridad vinculada a la delincuencia (dos de cada tres uruguayos la consideran el principal problema del país en 2016, según diversas mediciones), la fragmentación social, y la educación. Algunos datos internos avalan buena parte de esta percepción de que estamos peor en estos aspectos centrales de la calidad de vida. Por ejemplo, el índice de victimización es alarmantemente alto porque un tercio de la población nacional, el 34 %, fue víctima de robo (él personalmente o algún miembro de su hogar); esa proporción salta al 43 % en Montevideo y la mitad de esos robos fueron con violencia física⁷. El número de rapiñas ha crecido sistemáticamente, saltando del entorno de las diez mil en 2005 a cerca de veinte mil en 2015, la mayoría absoluta en Montevideo⁸. La segregación poblacional en la capital del país se ha consolidado en una franja costera de nivel socioeconómico alto y medio y una periferia donde se concentra la población con necesidades básicas insatisfechas. Y los niveles de educación secundaria han empeorado sustancialmente en los últimos años con una tasa altísima de deserción de casi un tercio a nivel nacional y resultados francamente malos en los aprendizajes adquiridos,

ingreso en el hogar per cápita es menor a US\$ 5 por día. Los “vulnerables” son aquellos con un ingreso en el hogar per cápita diario de entre US\$ 4 y US\$ 12,40. La clase media la componen aquellos con ingresos en el hogar per cápita entre US\$ 12,40 y US\$ 62 por día. Los ricos son los que tienen ingresos en el hogar per cápita que superan los US\$ 62».

7 Datos de la Consultora Cifra: <www.cifra.com.uy>.

8 Incluso con este deterioro tan radical de la seguridad, Uruguay sigue siendo el tercer país mejor ubicado en América Latina, según el índice de paz global, ocupando el lugar 35 entre 163 países ranqueados (Chile ocupa el puesto 27 y Costa Rica el 33) <[http://static.visionofhumanity.org/sites/default/files/GPI %202016 %20Report_2.pdf](http://static.visionofhumanity.org/sites/default/files/GPI%202016%20Report_2.pdf)>.

medidos con pruebas internacionales comparadas como la PISA. Es cierto que la matrícula de secundaria ha crecido significativamente en la última década y en parte eso explica la deserción y también es cierto que los resultados de PISA de 2015 muestran que los niveles se mantienen desde la medición previa. No obstante, el problema de la educación secundaria es destacado desde todos los sectores políticos y la población lo percibe así con claridad.

Las encuestas recientes registran el cambio de ánimo de la población sobre la percepción económica: «después de muchos años donde los uruguayos que decían que en el próximo año íbamos a estar mejor eran más que los que decían que íbamos a estar peor, volvemos en 2015 a un punto donde los uruguayos que creen que vamos a estar peor son más que los que creen que vamos a estar mejor. Algo que no pasaba desde la época de la crisis». Esta última cita apareció en el diario *El Observador*, el 11 de mayo de 2017, y recoge expresiones del sociólogo Ignacio Zuasnábar analizando datos de la encuestadora Equipos Mori. El título de la nota fue elocuente: «Pesimismo de uruguayos en nivel similar a previa de la crisis de 2002».

En un contexto de crecimiento económico, disminución de la pobreza, baja de la desigualdad e índices de desempleo históricamente menores, una de las razones invocadas, no la única por cierto, pero fuerte y repetida frecuentemente para explicar las causas de fondo de este deterioro es «la cultura y el cambio de valores». A eso nos dedicaremos en lo que sigue de este trabajo. A analizar cuál ha sido la matriz cultural del país de las últimas décadas, cómo ha ido cambiando y cuáles son esos factores de cambio. Pero no haremos este análisis en forma global, al menos no al comienzo, sino que iremos analizando la matriz cultural en relación a diversas áreas específicas de la sociedad y la economía. En concreto abordaremos la cultura transversalmente vinculándola a diez áreas: el trabajo, la religiosidad, la tolerancia, el medio ambiente, la riqueza y la pobreza, la educación, la innovación, la familia, el consumo y la inseguridad.

La cultura como una clave de futuro

Cultura y trabajo⁹

El trabajo continúa siendo una de las actividades centrales de nuestras vidas y define en buena parte lo que las personas son, o creen que son. Efectivamente en el Uruguay el 90 % de la población afirma que el trabajo «es muy importante en su vida» (64 %) o «importante» (26 %), según datos de la EMV para el año 2011. Pero si el trabajo sigue estructurando nuestras vidas de manera tan significativa, lo hace de forma muy diferente a como lo hacía en otros momentos de la historia. En las sociedades agrarias el trabajo estaba ligado a la tierra, y las maneras de hacer las cosas se mantuvieron casi sin modificaciones por cientos de años, generación tras generación. La revolución industrial impacta fuertemente con un nuevo tipo de trabajo asalariado, ahora urbano, masculino y vinculado a la gran fábrica donde masas de trabajadores manuales de cuello azul se integraron a las cadenas de producción. Para hacerlo se precisaba poca instrucción y en general se desempeñaba la misma tarea toda la vida; es el momento del surgimiento de la clase obrera y sus organizaciones sindicales para mitigar los niveles de explotación que devoraban la fuerza de trabajo. La posindustrialización aumenta significativamente el área de los servicios y los empleos de cuello blanco, y la mujer comienza a integrarse formal y masivamente al mercado laboral. Ya en la era de la información la aceleración tecnológica impacta fuertemente en el trabajo, demandando una formación educativa cada vez mayor, y una adaptabilidad para desempeñar múltiples trabajos a lo largo de la vida. Ahora la gran mayoría de los puestos de trabajo de las etapas anteriores ya no existen y la velocidad de los cambios tecnológicos hacen que una persona deba pasar por diversos puestos, aprendiendo sus saberes específicos y sobre todo sabiendo aprender a aprender porque los medios con los que trabaja son crecientemente sofisticados, demandan conocimientos más complejos y las funciones manuales las realizan las máquinas. Se terminan los trabajos que se realizaban de la misma manera generación tras generación, se debilitan los trabajos manuales y la disciplina fabril que estructuraba toda una vida, la mujer se ha incorporado definitivamente al mercado laboral y el trabajo demanda una nueva cultura del trabajador con altos niveles educacionales y una formación que lo prepare a adaptarse a desempeñar múltiples tareas. El trabajo continúa siendo muy importante en la vida de las personas, pero de una manera completamente diferente. La mayoría de los adolescentes hoy no saben en qué puestos de trabajo se emplearán en veinte años, por la sencilla pero contundente razón de que aún no se han inventado.

9 Para esta sección han sido estratégicos dos insumos: un ensayo escrito específicamente para esta investigación del sociólogo Marcos Supervielle y una entrevista realizada al director nacional de Trabajo, Eduardo Pereyra; que quede claro que las opiniones son de completa responsabilidad de nosotros los autores.

Naturalmente que estas cuatro etapas mencionadas son tipos ideales y lo común es que las sociedades estén intersectadas por varios de esos momentos al mismo tiempo, dependiendo de la región geográfica, de la rama de actividad, de la edad de la persona; en una misma sociedad puede haber sectores en cada uno de esos modos de producción, pero el punto de fuga será determinado por el avance de la era del conocimiento y la conexión global en red. En el Uruguay claramente se está atravesando por esta transición, aparecen conflictos importantes y coexisten diferentes subculturas de trabajo vinculadas a los diferentes tiempos de transformación. La mayoría de los trabajos que realizan los uruguayos son manuales y poco creativos, aunque con cierta autonomía¹⁰. Según la EMV 2011, en Uruguay el 49 % de la población realiza tareas principalmente manuales (18 % principalmente intelectuales); 51 % realiza tareas principalmente rutinarias (17 % principalmente creativas); pero el 52 % tiene mucha autonomía para trabajar (contra 13 % que no tiene casi independencia)¹¹. Esto muestra una estructura típica de una sociedad en transición desde el punto de vista laboral, el predominio de las tareas manuales y poco creativas son representativas de una sociedad tradicional, pero la autonomía caracteriza a las sociedades de la posindustrialización. En este contexto han surgido recientemente preocupaciones por ciertos problemas vinculados a la cultura del trabajo en el país. Analicemos esta preocupación a través de los discursos o imaginarios dominantes; primero nos referiremos a cierta cultura general del trabajador uruguayo, luego a los problemas que se identifican a través de la crítica de que en el país se debilitó la cultura de trabajo.

Hay algunas características vinculadas al mundo del trabajo uruguayo que distinguen una cierta matriz histórica cultural más general de la sociedad en su conjunto. Un primer elemento a destacar de la cultura del trabajo en el país es la importancia y la valoración de la *dignidad* del trabajador. A diferencia de países vecinos con poblaciones muy numerosas que fueron violentamente sometidas, como los esclavos y sus descendientes y los indígenas, la gran mayoría de los trabajadores aquí fueron inmigrantes libres. Esta diferencia puede resumirse en una frase: «el trabajador uruguayo mira a los ojos» y la dignidad se constituyó en un valor superior, asociada a los valores republicanos y una sociedad mucho más horizontal que otras de la región. Una segunda característica de la cultura del trabajo es la búsqueda de la *estabilidad* laboral a costa de evitar riesgos aunque se puedan alcanzar salarios más altos. Esta aspiración se plasma en el empleo público y en los múltiples casos en donde se presentan decenas de miles de aspirantes para puestos muy bajos con salarios moderados, pero con la garantía de la estabilidad. En tercer lugar hay una fuerte impronta de *solidaridad* que se materializa de diversas maneras como en el cooperativismo o el trabajo voluntario. Esto nos introduce en

10 El informe: *Los valores en Uruguay: entre la persistencia y el cambio*, 2015, OPP-Equipos Consultores, llega a una conclusión similar, aunque presenta los datos de otra manera.

11 Ver también el trabajo de Ignacio Apella y Gonzalo Zunnino (2017): «Cambio tecnológico y el mercado de trabajo en Argentina y Uruguay. Un análisis desde el enfoque de tareas», Documento de trabajo.

la cuarta característica del trabajo uruguayo que es la *regulación* del trabajo ya sea a través de iniciativas estatales (recordemos que el país fue el primero en establecer la jornada de 8 horas a comienzos del siglo XX), como de los Consejos de Salarios donde se negocian y regulan a través de convenios colectivos entre empresarios, trabajadores y el Estado, una vasta gama de condiciones laborales además de salarios; las altísimas tasas de sindicalización de los trabajadores uruguayos y el peso de la única organización nacional PIT-CNT son parte de esta regulación.

Si estas características pueden resumir una cierta cultura general histórica del trabajo, o los antecedentes de la cultura del trabajo en Uruguay, más recientemente han surgido una serie de discursos cargados de críticas que se expresan en la percepción de una falta de cultura del trabajo en el país. ¿A qué se hace referencia con esta visión crítica? Fundamentalmente a cuatro aspectos.

Un primer componente en esta crítica está relacionado con lo que podemos denominar una *débil profesionalización*. Esto implica, entre otras cosas, una falta de compromiso con el trabajo bien hecho, una débil responsabilidad acerca de la tarea que se desempeña y dificultades para asumir el compromiso de terminar la actividad de la mejor forma posible; implica además una percepción de deficiencias en la capacitación para completar una tarea de calidad. En segundo lugar, vinculado a esto se percibe una *dificultad de empatía*, que muestra enormes limitaciones para ponerse en el lugar del otro, es decir del cliente que evalúa el servicio recibido. Ante cuestionamientos sobre la calidad del producto, es frecuente una reacción agresiva o fuera de lugar del trabajador que confunde exigencia con autoritarismo hacia la persona trabajadora; el cliente pocas veces tiene el derecho de exigir y cuando lo hace se confunde con prepotencia, a la cual se responde con la misma moneda. En tercer lugar, se cuestiona la falta de *productividad* del trabajador uruguayo y esto está muy vinculado a demandas de aumentos crecientes de salarios sin tomar en cuenta el aumento de la productividad. En cuarto lugar habría un problema de cierta *ética de trabajo* que se constata en problemas de ausentismo laboral e impuntualidad. Por último se cuestiona la *exageración del derecho a la huelga*, porque tantas veces se adopta esta medida sin antes recorrer los caminos necesarios, o sin imaginar otras formas de lucha que no perjudiquen a toda la población en su conjunto.

Hay un último elemento sobre la cultura del trabajo que parece importante destacar y que está relacionado con lo que suele englobarse bajo el problema de la falta de cultura del trabajo y es que la población es muy escéptica sobre el retorno de un trabajo bien hecho. Esta percepción tiene fundamentación empírica que la respalda. Efectivamente, solamente un 25 % de la población cree que «si trabaja duro, a largo plazo ello mejorará su vida», mientras que otro tanto, un 29 % cree que «el trabajo duro no produce el éxito, sino que depende de las conexiones en la vida o de la suerte» (EMV, 2011).

	«El trabajo duro por lo general trae consigo una vida mejor»	Opiniones intermedias	«El trabajo duro por lo general no trae consigo éxito y depende más de la suerte y de los contactos»	Total
Uruguay	25	46	29	100
Argentina	38	51	11	100
Brasil	51	27	22	100
Holanda	32	57	11	100
Nueva Zelanda	53	38	9	100
Suecia	42	49	9	100

Fuente: EMV, 2011¹²

Comparativamente, aquellos uruguayos que creen en las consecuencias positivas del esfuerzo en el trabajo son mucho menos que en otros países con mejores índices de desarrollo humano sustentable, por ejemplo en Nueva Zelanda el 53 % de la población cree en el esfuerzo, en Suecia el 42 % y en Holanda el 32 %. Aún más importante, en estos países la población que es decididamente escéptica acerca del esfuerzo representa apenas uno de cada diez, mientras que en Uruguay es el triple. Incluso comparado con sus vecinos Argentina y Brasil, Uruguay tiene el porcentaje más alto de quienes no creen en las consecuencias positivas de esforzarse en el trabajo para conseguir buenos resultados, y a su vez el porcentaje más bajo de quienes sí creen en el esfuerzo en el trabajo. Este es un problema grave que depende de muchos factores tanto estructurales como culturales y que merece ser abordado directamente en cualquier estrategia de política pública sobre cultura del trabajo y el futuro del país. El trabajo es central para la vida de las personas, pero quienes creen que vale la pena esforzarse son menos que quienes piensan que el esfuerzo no tiene sentido.

Naturalmente, el lado complementario de una cultura del trabajo es la cultura empresarial. Sobre esta podemos distinguir al menos tres tipos de cultura empresarial: el empresario *rentista*, el *especulador* y el *innovador*¹³. El *rentista* es el caso más tradicional en el país, es el que intenta dirigir su emprendimiento fundamentalmente orientado a la maximización de la renta a través de la ecuación salario-capital, o créditos del Estado en condiciones muy ventajosas o clientelísticas, sin ser capaz de involucrarse con la innovación productiva. El *especulador* es aquel empresario que a diferencia del anterior salta de un emprendimiento a otro dependiendo de las condiciones de rentabilidad y sin asumir compromisos de continuidad, que

12 La pregunta concreta de la encuesta es: «Cómo colocaría sus puntos de vista en esta escala: 1 significa que usted está de acuerdo con la frase a la izquierda y 10 que usted está completamente de acuerdo con la frase a la derecha; y si su manera de pensar está entre las dos, puede escoger cualquier número en el medio». En el cuadro se suman en la columna de la izquierda las opiniones que se ubican en los puntos 1, 2 y 3 de la escala, en el centro las opiniones 4, 5, 6 y 7 y las que no responden, y en la columna de la derecha las opiniones 10, 9 y 8.

13 Esta tipología empresarial surge del trabajo de Marcos Supervielle realizado específicamente para esta investigación.

naturalmente afecta a los empleados cada vez que se cambia de rubro y se cierra la empresa. Y el tercer tipo de cultura empresarial es aquella que está en sintonía con la *innovación* para que el emprendimiento sea cada vez más eficiente y alcance mejores niveles de organización y de productividad, involucrando a los trabajadores en un compromiso colectivo de continuidad y cambio.

La tendencia del mundo del trabajo del siglo XXI está completamente determinada por la innovación tecnológica y la aceleración de los cambios en las actividades productivas que estarán vinculadas a las tecnologías de la información y del conocimiento. Los grandes desafíos para adaptarnos culturalmente al trabajo futuro no deberían borrar dos de las tradiciones más ricas en el país como la dignidad y la solidaridad. No obstante, ellas deben acompañarse con los cambios sustanciales necesarios como aumentar el *nivel educativo*, pero con un tipo de aprendizaje que permita manejar las principales variables del trabajo de la era del conocimiento. Nuevos desafíos pasan por mejorar la *profesionalización* del trabajo asumiendo el de realizar la tarea de la mejor forma posible y teniendo en cuenta que la evaluación del destinatario es clave. Será preciso cambiar la expectativa de conseguir un trabajo de por vida y asumir la necesidad de *adaptarse a la velocidad* de los cambios, incorporando la *flexibilidad* en la trayectorias de vida y olvidando al Estado como anhelo de estabilidad laboral y acercándose a las iniciativas subjetivas que se acerquen más a los *deseos de las propias personas*. Nada de lo anterior tendría sentido sin la *mejora en las condiciones de vida* de los trabajadores haciendo un esfuerzo colectivo de la sociedad a través del Estado para el acceso a una buena salud, vivienda, transporte y dignidad del salario.

Así como se requieren cambios en la cultura del trabajo, se precisan cambios en la cultura empresarial, fundamentalmente complicándole la vida al empresario tradicional, sea el rentista o sea el especulador, y en cambio apoyando decididamente al empresario innovador que desempeña su rol con responsabilidad social; hay mucho para andar también aquí.

Al mismo tiempo, la adaptación de la cultura del trabajo debe acompañarse con nuevas regulaciones capaces de proteger los derechos de los trabajadores frente a las modalidades de trabajo antes inexistentes. La dificultad de parte del Estado para reaccionar rápidamente ante nuevas formas de trabajo se percibe con claridad en los emprendimientos de Uber y Airbnb. Ambas se expandieron muy velozmente creando miles de puestos de trabajo y compitiendo fuertemente con las formas más tradicionales del taxímetro, de alquiler de viviendas y de hoteles. Tendremos mucho más de esto en el futuro inmediato.

Cultura, crecimiento económico y distribución de la riqueza

¿Cuáles son los valores que tiene la sociedad uruguaya respecto de la pobreza y la riqueza?, ¿qué tanto están dispuestos los sectores mejor ubicados a renunciar a ciertos privilegios en pos de mejorar las condiciones de vida de los sectores

más desfavorecidos?, ¿cuál es la valoración que se hace de las políticas que lleva adelante el gobierno en relación a esto?

Es importante comenzar resaltando que una de las particularidades históricas de la sociedad uruguaya es el *ethos* igualitario. Las raíces de esta idea de la igualdad social la encontramos en diversos relatos históricos sobre el ser de los uruguayos. Por ejemplo se percibe en una de las frases más célebres de Artigas, cuando dijo: «los más infelices serán los más privilegiados» o en el dicho popular de que en Uruguay «naides es más que naides» que según relataba Pivel Devoto tiene su origen en el puerto de Montevideo cuando un inmigrante europeo le pregunta a un paisano por qué debería quedarse en nuestro país y él le respondió con esa frase.

Entre 1999 y 2002 Uruguay sufrió una de sus peores crisis económicas, cuyas consecuencias sociales y culturales fueron muy fuertes y marcaron un antes y después en el país. El crecimiento del PIB del Uruguay fue desfavorable a lo largo de cuatro años consecutivos y una crisis bancaria terminó de rematar ese proceso de debacle económica. Sin embargo, desde el 2003 hasta el 2015 inclusive, la economía del país ha crecido sostenidamente con un promedio anual del 5 %. Estos cambios macroeconómicos fueron acompañados de transformaciones en las percepciones sobre la situación económica, tanto a nivel del país como a nivel individual. Los uruguayos fueron modificando sus opiniones en un sentido muy similar a los cambios y mejoras que arrojaban los datos de la economía en su conjunto; esto nos da una pauta más o menos clara del sentimiento de seguridad y estabilidad económica de la sociedad. En este sentido, los uruguayos sentían que la situación económica del país y personal o familiar también iban siendo cada vez más favorables. En el 2003 las percepciones positivas (buena o muy buena) sobre la economía del país alcanzaban solo al 4 %, mientras que el 71 % tenía opiniones negativas (mala o muy mala); en el 2015, en cambio, las opiniones positivas representaban el 47 % y las negativas apenas al 9 %. En términos de la situación económica personal, las opiniones positivas pasan del 10 % en 2003 al 51 % en 2015. Acompañando esta tendencia, en el 2003 solo un 27 % de la población uruguaya consideraba que el dinero le «alcanza justo, sin grandes dificultades», mientras que un 70 % de la población decía que no le alcanzaba y tenía dificultades o grandes dificultades; para el 2015 la situación es casi inversa ya que un 68 % de la población dice que le alcanza bien o justo (dentro de ellos un 8 % dice que incluso puede ahorrar), mientras que un 31 % dice que no le alcanza (de ellos el 7 % dice tener grandes dificultades) (Latinobarómetro, 2015).

Sumada a esta sensación de seguridad económica adquirida en los últimos años, aquello del *ethos* igualitarista no ha perdido pisada y algunos datos así lo confirman. Por ejemplo, en la Encuesta Armonizada de Hogares de América Latina y el Caribe (ALC) del BID, para el 2014 el 62 % de la población uruguaya se encontraba en la clase media, es decir, ganando entre US\$ 12 y US\$ 62 por día. Esto coloca al país en el primer lugar en proporción de clase media en la región, casi 9 puntos porcentuales arriba de Argentina que lo secunda. Por su

parte, el Banco Mundial clasificó a Uruguay como país de renta alta en el 2013; y según su metodología, para el 2015 el ingreso nacional bruto per cápita ascendía a US\$ 15 574, considerablemente por encima del promedio de ALC que es de US\$ 8371.

Este ethos igualitarista se refuerza aún más en una retórica donde los ciudadanos generalmente se colocan en posiciones de clases medias y bajas, alejados de los lujos, y solidarios hacia los más desfavorecidos. Según la EMV, en el 2011 un 73 % de los uruguayos se reconocen pertenecientes a la «clase media baja» o «clase obrera». La misma encuesta nos muestra que un 72 % de la población dice no parecerse mucho o nada a alguien que tuviese como algo importante en su vida «ser rico, tener mucho dinero y cosas lujosas».

Como decíamos más arriba, la solidaridad de la sociedad uruguaya es uno de los componentes claves en el *ethos* igualitarista del país. En la EMV se muestra que los ciudadanos creen cada vez menos que las personas solo puedan enriquecerse a expensas de otros y más en que la riqueza puede crecer de tal manera que alcance para todos. Mientras en 1996 un 19 % pensaba que la riqueza era solo a expensas de otros, en 2011 bajó a un 12 %, al mismo tiempo, mientras que en 1996 un 37 % pensaba que se podía crecer y repartir entre todos, en 2011 aumenta a un 42 % de la población¹⁴. Otro aspecto clave de los valores de solidaridad que componen parte del ethos igualitario está relacionado con los pobres y necesitados. En tal sentido, los datos de Latinobarómetro nos muestran que entre el 2007 y el 2015 también hubo un cambio importante en la percepción ciudadana, donde los uruguayos se reconocen a sí mismos mucho más solidarios con las personas en esas situaciones de necesidad. Mientras en el primer año de la serie quienes pensaban que la solidaridad hacia esas poblaciones estaba garantizada eran el 54 %¹⁵ de la población y quienes pensaban que estaba poco o nada garantizada eran el 43 %; en el último año de la serie el primer grupo aumentó a 67 % de la población al tiempo que el segundo se redujo al 31 %.

El crecimiento económico del país a partir del último trimestre del 2003 fue acompañado a partir del 2005, a instancias del gobierno del Frente Amplio, de una serie de medidas que buscaban mayor igualdad de la ciudadanía, favoreciendo a los estratos más pobres. Esto comienza a verse con fuerza a partir del 2008 y continúa hasta el 2016 inclusive. Entre las medidas a destacar están el impuesto a la renta, el retomar los consejos de salarios, el financiamiento progresivo del sistema de salud y las políticas redistributivas de transferencia

14 Concretamente se le dice al encuestado que se ubique en una escala donde 1 significa «Las personas solo pueden acumular riqueza a expensas de otros» y 10 «La riqueza puede crecer de manera que haya para todos». Los porcentajes a los que se hace mención corresponden a la agrupación de los valores de la encuesta en tres grupos; el primero es la suma de los puntos 1, 2 y 3 de la escala; el segundo a la suma de las opiniones intermedias ubicadas en 4, 5, 6 y 7; y el tercero a la suma de las opiniones con valores 8, 9 y 10.

15 Corresponde a la suma de las opiniones «completamente garantizadas» y «algo garantizadas».

condicionada de riqueza. En este sentido, entre el 2006 y el 2016 el porcentaje de personas ubicadas por debajo de la línea de pobreza pasó de 36 % a 9 %, al tiempo que la pobreza extrema o indigencia pasó prácticamente a desaparecer al reducirse de 2,5 % a 0,3 % (INE-ECH). Entre los años 2007 y el 2016 el índice de Gini pasó de 0,456 a 0,383, teniendo una baja sostenida entre ese primer año de la serie y el 2016¹⁶.

¿Cuáles son las percepciones de los uruguayos en torno a estos temas? Una sociedad con un *ethos* igualitario fuertemente consolidado tendería a expresar opiniones muy favorables sobre las políticas redistributivas y la disminución de la pobreza, al tiempo que muy desfavorables sobre la concentración de la riqueza y la desigualdad. Según el Latinobarómetro, mientras en el 2002 el 29 % de los uruguayos pensaba que la distribución del ingreso era muy injusta y solo un 8 % la consideraba «justa o muy justa»; en el 2015 las cifras cambian sustantivamente ya que solo el 9 % sigue pensando que es muy injusta y el 32 % piensa que la distribución es justa o muy justa. Es importante hacer notar que el gran contingente de uruguayos piensa que la distribución es «injusta» (a secas) y esa cifra se ha mantenido con variaciones no muy significativas en comparación con los números antes mencionados, ya que en el 2002 esta consideración representaba al 59 % de la población y en el 2015 baja al 54 %.

Esto nos aventura en dos interpretaciones para nada contrapuestas. Por un lado, que más de la mitad de los uruguayos sigan considerando que la distribución es «injusta» puede asociarse a ese *ethos* igualitario uruguayo, donde los ciudadanos de este país se reconocen a sí mismos en discursos que tiendan a mayores niveles de justicia e igualdad; es decir, más allá de los vaivenes de la economía siempre habrá un gran contingente de uruguayos que piense que la distribución es injusta dado que el *ethos* igualitario de nuestro país es muy fuerte. Por otro lado, el cambio de opiniones muy desfavorables a opiniones mucho más favorables respecto de la justicia distributiva encuentran parte de su explicación, no solo en la bonanza económica, sino en mejoras en las políticas públicas en la materia, como las que fueron mencionadas más arriba. En el 2015 el 43 % de los uruguayos considera que en el marco democrático en el que vivimos, la justa distribución de la riqueza está garantizada (completamente o algo), mientras que en el 2007 estas opiniones representaban al 28 % de la población. Esto, al igual que lo mencionado anteriormente, nos da una pauta bastante clara de que se ha evolucionado en términos de distribución de la riqueza y ello ha impactado en las opiniones de las personas que entienden que ella es cada vez más justa y está cada vez más garantizada.

En este punto, vale la pena preguntarse cuál es la contracara de estos cambios de opiniones. Allí se nos presentan tres cuestiones que son claves. La primera es qué tan esencial para la democracia consideran los uruguayos que es la

16 Cabe mencionar que en el año 2012 el índice de Gini presentó una caída mayor llegando a 0,379; sin embargo son varios los especialistas que con el panorama actual ese año merece ser considerado un dato atípico en la serie.

imposición a los ricos para subsidiar a los pobres. Según la EMV, a nivel internacional Uruguay no está tan mal posicionado.

	«Los gobiernos cobran impuestos a los ricos y subsidian a los pobres NO es una característica esencial de la democracia»	Opiniones intermedias	«Los gobiernos cobran impuestos a los ricos y subsidian a los pobres ES una característica esencial de la democracia»	NS/NC	Total
Uruguay	27	33	30	10	100
Argentina	28	38	31	3	100
Brasil	43	26	23	8	100
Holanda	13	51	25	11	100
Nueva Zelanda	25	45	24	6	100
Suecia	16	43	39	2	100

Fuente: EMV, 2011¹⁷

Sin embargo, cuando comparamos dentro del mismo Uruguay los cambios entre 2006 y 2011, vemos un movimiento muy significativo a posiciones que consideran que gravar a los ricos para subsidiar a los pobres no es una característica esencial de la democracia, ya que esta opinión pasa de representar al 18 % de la población en el primer año al 27 % en el último. Suena bastante sensato pensar que, desde una lógica económica puramente racionalista, una sociedad que se ha enriquecido irá identificándose cada vez más con los estratos altos de la sociedad y por tanto comenzará a repensar algunas de las políticas que llevan adelante los Estados en materia de combate a la pobreza y la necesidad de la existencia de alguna de ellas. En este sentido, la segunda cuestión es la relativa a las opiniones sobre las acciones del gobierno en la ayuda a los pobres. Aquí también vemos un corrimiento muy fuerte que parece ir confirmando el cambio en las valoraciones sobre el lugar que debe ocupar la pobreza en la agenda de las políticas públicas una vez que se adquiere cierta estabilidad económica. En 1996 el 80 % de los uruguayos pensaba que las acciones que se hacían para ayudar a los pobres eran muy pocas y solo un 17 % pensaba que eran adecuadas o más de las necesarias (4 %), mientras que en 2011 es solo un 25 % que considera que lo que se hace es

17 Concretamente en la encuesta se le decía al entrevistado que «Hay varias cosas que pueden ser deseables, pero no todas son características esenciales de la democracia. Por favor dígame, para cada una de las siguientes cosas, qué tan esencial es como característica de la democracia. Utilice esta escala, en donde 1 significa que no es para nada una característica esencial de la democracia y 10 significa que definitivamente sí es una característica esencial de la democracia». En este caso las personas debían indicar su opinión en relación a la frase «Los gobiernos cobran impuestos a los ricos y subsidian a los pobres». En el cuadro se suman en la columna de la izquierda las opiniones que se ubican en los puntos 1, 2 y 3 de la escala, en el centro las opiniones 4, 5, 6 y 7 en la columna de la derecha las opiniones 8, 9 y 10; los «no sabe/no contesta» no aparecen, pero corresponden al porcentaje faltante de respuesta. Se notará que las filas no suman el 100 % dado que los «no sabe, no contesta» no fueron puestos en el cuadro.

muy poco y un 63 % considera que es adecuado o más de lo necesario (20 %). La tercera cuestión es la consideración de los uruguayos respecto a las posibilidades de salir de la pobreza. Aquí también hay un marcado cambio de opinión, ya que mientras en 1996 el 73 % de las personas pensaba que había muy pocas posibilidades de escapar de esa situación desventajosa, en 2011 el 60 % de la población piensa que sí es posible hacerlo. Es dable esperar que al haberse reducido la pobreza tan significativamente entre 2006 y 2015, las opiniones de los uruguayos se inclinan a pensar en este sentido; sin embargo, la cuestión de fondo es saber a qué le atribuyen nuestros ciudadanos la existencia de pobres en el país dadas estas tres cuestiones clave donde se ven cambios tan marcados en las opiniones.

En términos generales, existen al menos dos tipos de explicaciones para la existencia de la pobreza: una individualista, que culpabiliza a los pobres, y otra estructural, que culpabiliza a la sociedad. La opinión de los ciudadanos respecto a una u otra causa es clave a la hora de entender el bienestar social, dado que condicionará buena parte de las oportunidades que esa misma sociedad brinda para la movilidad social, facilitándole las cosas a los más desfavorecidos o estigmatizándolos al colocarlos en posiciones de desventaja que en última instancia parecen depender de su sola voluntad.

En este sentido, concepciones más estructurales le asignarían muchas responsabilidades al Estado a la hora de asegurar el sustento de los pobres y así equilibrar los problemas causados por el conjunto de la sociedad; y concepciones más individualistas le restarían importancia a las causas sociales y al rol del Estado en el sustento de todos, para poner la responsabilidad a los individuos para que se sustenten a sí mismos. Tal y como nos muestran los datos de la EMV, ese es el movimiento que sucede en Uruguay entre 1996 y 2011 ya que, en el primer año el 52 % de los uruguayos le adjudicaba más responsabilidad al Estado y el 14 % se lo adjudicaba a los individuos; mientras que en el último año quienes le adjudican mayor responsabilidad al Estado se reducen al 25 % y quienes lo hacen a los individuos pasan a representar al 27 %¹⁸. Finalmente, en esta búsqueda de cuáles piensa la ciudadanía que son las causas de la existencia de pobres en el país, ante las opciones de adjudicarle un trato injusto de la sociedad o falta de voluntad, el cambio ha sido muy profundo en nuestra sociedad. Mientras en 1996 el 78 % de los uruguayos pensaba que se debía a un trato injusto por parte de la sociedad en su conjunto y solo el 12 % pensaba que se debía a causas individuales de flojera y falta de voluntad, en 2011 el primer grupo se reduce al 34 % (menos de la mitad) y el segundo aumenta al 45 %.

18 Concretamente se le decía a los encuestados que se ubicaran entre «dos argumentos que algunas veces la gente comenta cuando se habla sobre crecimiento económico» según cuál se acercara más a su propio punto de vista utilizando una escala del 1 al 10. El 1 significa que «el Estado debe tener mayor responsabilidad para asegurar que todos tengan sustento» y el 10 significa que «los individuos deben tener mayor responsabilidad para sostenerse a sí mismos». Los porcentajes expresados corresponden a tres grupos. En el primero se suman las opiniones que se ubican en los puntos 1, 2 y 3 de la escala, en el segundo las opiniones 4, 5, 6 y 7; y en el tercero las opiniones 8, 9 y 10.

Se enciende una gran luz amarilla. Nuestro *ethos* igualitario aún encuentra sustento en los números macro y en muchos de los discursos en los que se reconocen los uruguayos; sin embargo están apareciendo significativas grietas en algunos discursos que entienden que las medidas redistributivas ya son suficientes y hasta excesivas, que la pobreza es algo circunstancial de lo que las personas pueden salir por sí mismas; y en una reconceptualización de la pobreza por fuera de las fallas o carencias provocadas por la sociedad, atribuida básicamente a falta de voluntad y esfuerzo personal. Este es el sustento de los discursos estigmatizantes hacia los beneficiarios de los planes de transferencia.

Son varios los estudios que sugieren que los países cuyas sociedades tienen opiniones favorables sostenidas en relación a las políticas redistributivas e igualitaristas son aquellos cuyos Estados de bienestar son más robustos, estables y desarrollados¹⁹. Uruguay cuenta con una larga tradición igualitarista, con un *ethos* preponderantemente igualitario; pero dependerá de los mismos uruguayos que darse con eso a nivel discursivo y poco a poco ir hacia posturas más acusatorias y estigmatizantes de la pobreza, o bien profundizar en la redistribución de la riqueza, así como se ha profundizado y ampliado en materia de derechos.

Cultura y hábitos de consumo

En décadas pasadas, una buena porción de los uruguayos, la mayor parte de la llamada clase media, adoptaba prácticas que podrían catalogarse como de infraconsumo, con actitudes conservadoras y de autopreservación que, con modestia pero mucho esfuerzo, podrían traducirse en la compra de la casa, el auto familiar y tal vez la casa afuera para los más privilegiados. El consumo no era para nada excesivo, sino por el contrario, se limitaba a todo aquello que permitiese cumplir con esos grandes objetivos, que las más de las veces recién veían su realización sobre la última parte de la vida. La crisis económica 1999-2002 deja una huella profunda en la sociedad uruguaya. La población en general hubo de cambiar sus hábitos y formas de consumo, por ejemplo, quienes compraban productos importados comenzaron a consumir productos nacionales que, a causa de la propia crisis eran mucho más baratos que los demás. Desde el gobierno nacional se impulsaba el consumo de esos productos para fortalecer la industria del país como uno de los puntales que aceleraran la salida de la crisis, al tiempo que para viabilizar un consumo más asequible para la mayoría de la población.

19 Jæger, Mads Meier (2006). «Welfare regimes and attitudes towards redistribution: The regime hypothesis revisited»; en *European Sociological Review*, 22(2), 157-170. Blekesaune, Morten (2007). «Economic conditions and public attitudes to welfare policies»; en *European Sociological Review*, 23(3), pp. 393-403. Bublitz, Elisabeth (2016). *Misperceptions of income distributions: Cross-country evidence from a randomized survey experiment* (N.º 178); Hamburgo: Hamburg Institute of International Economics (HWWI), Research Paper.

Cuando por el año 2011 salió a luz la publicidad «el nuevo uruguayo», de la empresa de televisión por cable para abonados Nuevo Siglo, hubo un revuelo generalizado en varios ámbitos de la sociedad porque ponía de manifiesto nuevas prácticas de consumo que se hacían cada vez más evidentes. Lo que tenía intenciones de ser una simple campaña publicitaria para promocionar y vender más paquetes de canales en alta definición, en realidad estaba tocando la fibra de un cambio cultural significativo del Uruguay del nuevo milenio. La publicidad animaba a los potenciales abonados a su empresa a comprar el paquete de canales HD como forma de seguir un camino de cambio en sus hábitos de consumo, con una actitud más proactiva y abierta a consumir y a tener experiencias más allá de la habitual zona de confort. Así por ejemplo, la publicidad habla del uruguayo que ya no dice «acá estoy... tirando», que no ve inalcanzable el auto o km y que domina a la perfección las redes sociales. Se trató de generar un nuevo relato que tiene que ver con nuevas prácticas y nuevas sensibilidades fuertemente vinculadas a los hábitos de consumo, aunque no se agota en ellos.

El Uruguay vivió, sino la peor, una de las peores crisis económica de su historia en el año 2002 y luego tuvo, desde el 2003 hasta el 2015 inclusive, un crecimiento económico sostenido año a año, con tasas muy altas para la historia económica local, que en promedio fueron casi del 5 % anual. En estos años de bonanza económica se produjeron marcados cambios, y pudo verse cómo buena parte de aquellos uruguayos comenzar a modificar su actitud hacia lo económico —desempleo, crisis, crecimiento—, y este tema paulatinamente dejó de estar entre los principales problemas del país según las encuestas de opinión²⁰. Es dable pensar que si estas cuestiones dejan de estar tan presentes en el imaginario del cotidiano, se habilitan espacios para darse los gustos, para probar lo nuevo, para consumir. Y al «emparejar» las formas de consumo con los de economías más fortalecidas, los uruguayos fueron poco a poco dejando el «atalo con alambre» y a plantearse cambiar la tele que todavía funciona por una más moderna. La sensación de seguridad económica de la que hablamos en otro de estos apartados, también hace a las formas en las que se consume.

En este punto, es conveniente revisar algunos aspectos que reflejen y ejemplifiquen claramente esos cambios en los hábitos y formas de consumo. La publicidad del «nuevo uruguayo» hablaba de que los ciudadanos de este país no veían el auto o km tan lejano. Según datos del Ministerio de Transporte y Obras Públicas en el 2006 se vendieron 15 143 autos o km, en ese momento los autos de marcas no tradicionales —mayoritariamente de origen chino— representaban solamente el 2 % de ese total. En 2010 por ejemplo, se vendió un 64 % más

20 Según datos de Latinobarómetro por ejemplo, a partir de 2007-2008 se ve un cambio muy significativo en este sentido. Progresivamente hasta 2015 la «desocupación/desempleo» y la «economía/problemas económicos/financieros» van perdiendo lugar de importancia como problemas principales (del 30 % al 11 % en el primero y del 15 % al 4 % en el segundo), y asuntos como «delincuencia/seguridad pública» y «problemas de la educación» van ganando lugar (del 7 % al 37 % en el primero y del 4 % al 13 % en el segundo).

de autos que en 2009, allí los autos de marcas no tradicionales ya representaban el 20 % del total. La venta fue aumentando progresivamente y superándose año a año hasta 2013 donde se vendieron 57 333 autos o km y las marcas no tradicionales representaron casi el 24 % de ellos; a partir de allí los años 2014 y 2015 experimentaron caídas en las ventas del 6 % y el 8 % respectivamente. Los números dan cuenta de al menos dos fenómenos, por un lado, el de la irrupción de los coches de marcas no tradicionales en el país, mostrando la apertura de este a buscar productos que amplíen el mercado atrayendo más compradores de autos o km; y por otro, una suba constante de la venta de autos nuevos que habla de un mayor poder adquisitivo, pero también de una dinámica de consumo mucho más acelerada de uno de los bienes muebles de mayor valor y mayor depreciación (dado el permanente avance tecnológico, la alta competitividad y la mejora de los precios que la alimenta).

Otro ejemplo significativo de cambio en los hábitos de consumo es el turismo emisor, es decir, el que se hace en el exterior del país. En el año 2010 la cantidad de viajeros al exterior²¹ era de 1 027 205 y el gasto total era de US\$ 4 189 641 98²²; para el año 2011 la cantidad de viajeros se incrementó 49 % y la cantidad de dólares gastados 54 %. Para el año 2015 los viajeros fueron 2 216 569, por tanto 116 % más que en 2010, y el gasto ascendió US\$ 1 161 867 118, es decir, 177 % más que en 2010. Estos números nos dicen que el uruguayo se anima más a salir del país, está mucho más dispuesto a invertir su dinero en cuestiones cuyo retorno solo puede encontrarse en la satisfacción individual, como mejora de su propia trayectoria de vida.

Un tercer ejemplo es el de las compras por Internet. Aunque se estima que los niveles de compras por Internet aún no son grandes y las tiendas físicas siguen representando el grueso de las ventas, sí vienen aumentando sostenidamente en los últimos años. Según la Dirección Nacional de Aduanas en 2016 las compras en el exterior según el régimen de franquicia²³ fue de 346 596 encomiendas, es decir, un 38 % más que en 2015. Por su parte, según el procesamiento de la Encuesta Continua de Hogares 2015²⁴, del 62,1 % de los uruguayos que declara haber utilizado Internet en el mes previo a ser encuestados, solo un 13,9 % dijo haberlo hecho para «comprar u ordenar productos o servicios». La cifra no

21 Aquí se cuenta la cantidad de viajes de personas residentes en el país al exterior. Una misma persona puede realizar varias salidas del país, cada una se cuenta individualmente.

22 Todos los números son datos de las Estadísticas Oficiales de Turismo en Uruguay del Ministerio de Turismo, disponibles en: <<http://www.mintur.uy/index.php/es/estadistica/itemlist/category/191>> (enero de 2017).

23 El Régimen de Franquicias está estipulado en el decreto 336/2015 del Poder Ejecutivo, vigente a partir del 1 de enero del 2016, que vino a modificar el decreto 356/2014, estableciendo que las compras bajo este régimen tienen que cumplir los siguientes requisitos: hasta US\$ 200 para los envíos recibidos por correo expreso y hasta US\$ 50 para los recibidos por correo no expreso; deben ser sin fines comerciales, se pueden realizar hasta 4 veces al año, no deben exceder los 20 kilos y deben ser recibidos por personas físicas mayores de edad con c. i.

24 Matías Dodel, «Cyber-lunes para pocos ¿Quiénes son los uruguayos que compran en Internet?», portal Razones y Personas, 8 de diciembre de 2016.

parece muy grande, pero a pesar de las dificultades metodológicas para hacer este relevamiento²⁵, la cantidad es significativa y seguramente sea mayor para el año 2016 a partir del fuerte énfasis en la inclusión financiera impulsada desde el Estado, al que la mayoría de los bancos ha respondido con un sinnúmero de ofertas para compras por este medio, así como para las presenciales. Un punto fundamental son los perfiles de quienes compran por Internet. Los montevideanos son los que más usan Internet y también son los que más compran mediante el comercio electrónico en relación al resto del país; las personas de ingresos más altos compran mucho más que las de los ingresos más bajos, así por ejemplo, los del quintil más alto de ingresos compran 10 veces más que los del quintil más bajo; en la franja entre 31 y 44 años están los que más compran, seguramente porque tienen más incorporada la herramienta y cuentan con la autonomía económica suficiente para decidir con mayor libertad sobre sus gastos en relación a los otros grupos etarios; y finalmente, con poca diferencia, las hombres compran más por Internet que las mujeres.

Un cuarto y último ejemplo de cambios en los hábitos de consumo de los uruguayos y de las formas en que lo ejercemos, lo encontramos revisando cómo hemos incorporado los descuentos y las ofertas a nuestra vida cotidiana. Los descuentos del IVA y la noche de los descuentos (son dos porque pertenecen a grupos empresariales distintos) como puntapié maratónico para locos compradores que iban —y lo siguen haciendo— a contra horario a comprar un poco más barato, devinieron en días de los descuentos que trascendieron a los shopping y abarcaron barrios enteros²⁶. Se han creado empresas cuya finalidad es centralizar y promocionar ofertas y descuentos de cientos de locales comerciales, y más recientemente se hicieron aplicaciones para celular que alertan de los descuentos en cada local, georreferenciadamente y según la tarjeta de débito o crédito que uno le marque poseer.

Estos ejemplos pretenden echar luz sobre nuevos valores, creencias y actitudes hacia el consumo, que al menos crean un nuevo relato, una nueva sensibilidad. Para ella cada vez son menos válidas las frases del «acá estoy... tirando», el «atalo con alambre». Esta nueva sensibilidad está fundada sobre una bonanza económica muy significativa para el país, pero no solo descansa en esta, también se ha sedimentado mediante la pérdida del miedo al cambio, la asunción del riesgo a través de la satisfacción de más gustos fútiles y relacionados con placeres mucho más inmediatos. A esta nueva sensibilidad, también la acompaña una actitud hacia el consumo que exige mucho más que antes, que quiere mayor calidad a menor precio. La exigencia sobre la calidad es una educación que se consigue a través del

25 Dos ejemplos: a) al tratarse de la ECH, quedan por fuera muchísimas prácticas privadas del uso de Internet; y b) el entendimiento de los términos, qué interpreta el entrevistado «por comprar u ordenar» por Internet puede dejar afuera algunas consideraciones (las aplicaciones para ordenar comida, solicitar un taxi, etc.).

26 Los días de los descuentos ahora son del «Centro, Cordón y Ciudad Vieja» y de «Carrasco, Pocitos, Punta Carretas y Zona Diseño (Parque Rodó)».

consumo. El que solo puede consumir determinadas opciones, no puede comparar con otras, las constataciones de que esto o aquello es de mejor calidad solo se conoce en el acceso a un consumo cada vez más variado.

En 2015 se vio un freno considerable en las tasas de crecimiento del país, lo que puso en alerta a las consultoras, los políticos y los académicos de cara al 2016. En este sentido, estos últimos dos años hicieron las veces de prueba en torno al cambio de estos hábitos de consumo. Dada una desaceleración económica y una especie de alarma pública de una posible crisis por venir, el 2016 particularmente se convirtió en el año donde los uruguayos pusieron a prueba sus aprendizajes relacionados al consumo, sus nuevas formas de ejercerlo y sus nuevas costumbres y actitudes hacia él. Ya vimos, con algunos de los datos esbozados en este texto, que no hubo grandes modificaciones. De hecho, la incorporación de los uruguayos de esta nueva sensibilidad parece haber sido muy grande, y esto se refleja claramente en sus conductas de consumo ante las vicisitudes de la economía, buscando más promociones y ofertas y decidiendo en función de las fechas y posibilidades reales de hacer efectivas sus compras a un menor precio²⁷. Esto va acompañado de una cada vez mayor información de estas promociones y ofertas; y del considerable impacto de la ley de inclusión financiera y el proceso de bancarización, que como decíamos más arriba, facilitó el acceso a promociones y ofertas en forma mucho más ampliada como forma de fidelización de sus clientes.

Los uruguayos han modificado fuertemente sus hábitos de consumo, mediante un nuevo relato que, si bien no sustituye los otros relatos que puedan hacer a la «uruguayez», sí compite con ellos. Esto se ve claramente en cierta pérdida de miedo a tener consumos que sean para satisfacción individual (o familiar según el caso); el ingreso a una dinámica más acelerada de adquisición de bienes o servicios más parecida a los llamados países desarrollados donde los objetos no se reparan ni se espera a que se rompan para cambiarlos; la exigencia de mayor calidad a menor precio.

Queda como contrapunto el cuestionamiento de quiénes son los uruguayos que se han apropiado de ese relato llevándolo como bandera de su accionar y qué pasa con ese gran contingente de la población que tiene mayores dificultades para acceder a la información de las ofertas y promociones, para viajar al exterior, para adquirir un vehículo, sea o no. Y habría que tomar en cuenta además, que lo que por un lado se impulsó como una nueva actitud más agresiva e inteligente de consumir, como una nueva manera de ser uruguayo, se percibió también, desde una visión crítica, como mero consumismo.

27 Verónica Massonier en: <<http://www.elpais.com.uy/economia/noticias/nuevo-uruguayo-cambia-habitos-consumo.html>>, febrero de 2017.

Cultura, ciencia, tecnología e innovación

Pensar la tríada de ciencia, tecnología e innovación como un fenómeno indiviso es riesgoso ya que se trata de tres ámbitos distintos, con procesos y tránsitos propios. Existe cierta forma lineal de concebir la relación entre estos tres fenómenos que pareciera establecer que la cuestión va de la ciencia a la tecnología y de ella a la innovación, y si a esto sumamos la idea de mirar el objeto desde lo cultural a través de los valores, las creencias y las actitudes que tenemos los uruguayos en relación a la ciencia, tecnología e innovación (CTI), el asunto se hace aún más complejo. Sin embargo, existen muchísimos puntos en común entre las tres áreas, que hacen posible pensarlas y problematizarlas como un conjunto.

¿Qué entienden los uruguayos por cada uno de estos conceptos? Según la 3.^{era} Encuesta de percepción pública sobre ciencia, tecnología e innovación del Uruguay del año 2014, el 48 % de los uruguayos cree que «la ciencia y la tecnología están haciendo nuestras vidas más saludables, más fáciles y más cómodas», el 40 % tiene posiciones intermedias al respecto y apenas el 5 % está en desacuerdo²⁸. El 27 % de la población asocia la ciencia con un área del conocimiento y una disciplina específica como la «salud y la medicina»; el 37 % asocia el concepto de tecnología con la «informática, computadoras, hardware e Internet»; y el 40 % asocia la innovación con «algo nuevo, cambios y novedad»²⁹.

Es interesante la vinculación entre la CTI, la medicina y la salud. La encuesta sobre percepciones ya mencionada nos muestra que el problema cotidiano al que la CTI puede contribuir a resolver es «salud-medicamentos» ya que el 20 % de los uruguayos lo destaca como primera mención y a su vez el 24 % destaca «salud-medicina» como ejemplo de políticas en CTI para problemas cotidianos; sumado a esto, el 35 % de la población entiende que la aplicabilidad de la investigación realizada en el país está asociada a curar o prevenir enfermedades de la población; y finalmente, el 78 % de los uruguayos dice estar de acuerdo o muy de acuerdo con que «la ciencia y la tecnología ayudan a curar enfermedades como el sida, el cáncer, etc.». En un sentido muy diferente, otro punto que vale la pena no dejar pasar es que solo el 28 % de los uruguayos está de acuerdo o muy de acuerdo con que la ciencia y la tecnología ayudan a acabar con la pobreza y el hambre en el mundo. Esto, sumado a un discurso que en general no se involucra fuertemente con estos temas, pareciera colocar a la CTI en un

28 Concretamente, en la EMV se le dice al encuestado que indique su acuerdo o desacuerdo con la afirmación utilizando una escala donde 1 significa «completamente en desacuerdo» y 10 «completamente de acuerdo». Los valores a los que se hace mención corresponden a la agrupación de los valores de la encuesta en tres grupos; el primero «en desacuerdo» a la suma de los puntos 1, 2 y 3 de la escala; el segundo «opiniones intermedias» a la suma de las opiniones ubicadas en 4, 5, 6 y 7; y el tercero «de acuerdo» a la suma de las opiniones con valores 8, 9 y 10.

29 La pregunta está formulada de la siguiente manera: «Cuando se habla de CIENCIA ¿cuál es la primera palabra en la que usted piensa? ¿Y la segunda? Lo mismo se hace para TECNOLOGÍA e INNOVACIÓN. Los porcentajes corresponden solamente a la 1.era mención.

camino paralelo al de la inclusión social y la reducción de la pobreza, donde su contribución en este sentido pasa desapercibida y no es apropiada tanto por científicos como por la ciudadanía.

Los cambios tecnológicos de las últimas décadas y su penetración tan fuerte en nuestra vida cotidiana (sin ir más lejos, llevamos en nuestros bolsillos dispositivos de alta complejidad, que nos permiten conectarnos con el mundo para mantener diálogos, buscar información, sacar fotos, ubicarnos geográficamente, leer noticias y hasta jugar, entre muchísimas otras opciones), han colocado a la CTI en un lugar preponderante tanto de la agenda política como del imaginario colectivo. Si bien todos los países participantes de la última oleada de la EMV consideran que el mundo está mejor gracias a la ciencia y la tecnología, hay variaciones bastante significativas, tanto en los porcentajes de personas que consideran que está peor como aquellos que creen que está mejor. Así por ejemplo, el 38 % de los uruguayos creen que el mundo está mejor gracias a la ciencia y la tecnología, mientras que en Suecia es el 57 %.

	Peor	Opiniones intermedias	Mejor	NS/NC	Total
Uruguay	11	46	38	5	100
Argentina	8	50	39	3	100
Brasil	19	39	40	2	100
Holanda	1	53	45	1	100
Nueva Zelanda	4	45	50	1	100
Suecia	3	37	57	3	100

Fuente: EMV, 2010-2014³⁰

Esas visiones de un mundo que está mejor gracias a la CTI son complementadas con visiones de futuro también muy esperanzadoras. Por ejemplo, según la encuesta de percepciones, el 78 % de los uruguayos está de acuerdo con que «las aplicaciones de la ciencia y la tecnología generan oportunidades de trabajo para las nuevas generaciones»; por su parte, a través de la EMV también podemos ver una valoración muy positiva sobre el futuro y la CTI ya que el 56 % de la población uruguaya está de acuerdo con que ella generará más oportunidades para las generaciones futuras³¹.

30 La pregunta concreta de la encuesta fue: «¿Usted diría que el mundo está mejor o está peor debido a la ciencia y la tecnología?» Por favor dígame cuál se acerca más a su punto de vista en esta escala: 1 significa que «el mundo está mucho peor» y 10 significa que «el mundo está mucho mejor». En el cuadro se muestra una agrupación exactamente igual a la explicada en la nota al pie n.º 18.

31 El 5 % está en desacuerdo, el 34 % tiene opiniones intermedias y el 5 % restante no sabe o no contesta. Aquí concretamente se le pedía al encuestado que se colocara en una escala de donde 1 significaba «completamente en desacuerdo» y 10 «completamente de acuerdo». La agrupación es nuevamente igual a la de la nota al pie n.º 18.

En Uruguay, la preocupación política y las acciones de esa esfera para con la CTI tuvieron un desarrollo muy similar al resto de los países de la región, volcado principalmente al fortalecimiento de las capacidades científicas mediante la formación de los investigadores en el exterior, ya que el país no podía ofrecer estudios superiores al grado. Es en este contexto que surge el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICYT) en el año 1961, y a partir de allí una serie de iniciativas que tuvieron lugar principalmente luego de la dictadura (1973-1985), con la recuperación de varios científicos exiliados y la creación de instituciones. Esto se profundizó a partir del comienzo del nuevo milenio con la creación de la Dirección Nacional de Ciencia y Tecnología (DINACYT), la elaboración del plan estratégico nacional (PENCTI), y la creación de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII). Según la Encuesta de percepción pública sobre CTI mencionada más arriba, el 32 % de la población cree que existen instituciones que apoyan el desarrollo de la CTI, sin embargo más de la mitad de ellos no puede mencionar ninguna y solo unos pocos mencionan a la ANII. Posiblemente esto esté muy relacionado con que solo el 30 % de los uruguayos se siente muy o bastante informado en temas de ciencia y tecnología, cuando en temas como deportes, alimentación y consumo, medicina y salud o política las cifras son bastante más elevadas. Las principales razones que argumentan quienes declaran estar poco o nada informados en CTI son el no entendimiento (20 %) y la falta de interés (32 %), evidenciando una cierta lejanía de la ciudadanía con respecto a estos temas.

Entre 2000 y 2014 no solo crecieron la cantidad de instituciones y se cambiaron las formas en las que funcionaban e interrelacionaban, sino también el presupuesto destinado a CTI aumentó significativamente, pasando de ser el 0,24 % del PIB en el primer año del período al 0,34 % en el último³². Sin embargo, el gasto en I+D sobre el PIB de nuestro país está en el grupo de los más bajos de América Latina y el Caribe (ALC)³³, ubicándose solo por encima de Trinidad y Tobago, El Salvador, Panamá, Perú y Colombia³⁴. Uruguay está considerablemente por debajo del promedio de la región que ya es bastante bajo, que con un valor de 0,75 % del PIB está muy por detrás del promedio de los países de la OCDE que es de 2,38 %, mostrando a las claras una significativa dilación en la materia. La ciudadanía uruguaya parece tener esto bastante claro ya que el 73 % de la población está de acuerdo o muy de acuerdo con que «la ciencia y la tecnología aumentan las diferencias entre los países ricos y los países pobres»³⁵.

32 El pico fue en el año 2010 con un 0,35 % del PIB, no muy diferente del valor al año 2014.

33 Tomando como referencia los datos de RICYT para el año 2013, donde están medidos 14 países (no hay datos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, Honduras, Jamaica, Nicaragua, Paraguay y Venezuela). No tomamos los datos 2014 para hacer la comparativa ya solo se miden 11 países y no hay datos de Brasil, quien es el que más gasta en I+D.

34 Para el 2013 Uruguay gastó en I+D en relación al PIB un 0,32 %.

35 Dato extraído de la 3.ª Encuesta de percepción pública sobre ciencia, tecnología e innovación Uruguay, 2014.

Un aspecto clave en todo esto es la forma del gasto y quién asume las responsabilidades y riesgos. La región de ALC se caracteriza por tener una inversión preeminentemente pública en I+D cuando en los países de la OCDE la relación es exactamente al revés, son las empresas quienes más invierten. En Uruguay, para el año 2013, la inversión en I+D por parte del Gobierno corresponde al 40 % del total del sector, el 44 % lo hace la educación superior, mientras que las empresas —públicas y privadas— solo invierten el 10 % del total. A nivel de toda la región de ALC, lo que invierten los gobiernos corresponde al 60 % del total, las empresas representan el 35 % y la educación superior solo representa el 3 % del total de inversiones³⁶.

Las diferencias entre los valores de Uruguay y ALC nos presentan al menos tres puntos importantes para nuestro país: el rol del Estado, la alta inversión de la educación terciaria y la escasa participación empresarial. El primero se vislumbra ya desde los párrafos anteriores, y tiene que ver con el rol preponderante del Estado en materia de CTI como interventor principal. En este sentido, la inversión por parte del Gobierno parece ser reforzada por la percepción de la ciudadanía ya que según la encuesta mencionada, el 84 % de los uruguayos entiende que «la investigación científica y el desarrollo tecnológico deben ser apoyados por el Gobierno, aun cuando los beneficios no sean inmediatos». Sumado a esto, nuestro país tiene una larga tradición regularista, con un Estado que interviene delimitando los campos de acción en varios ámbitos de la realidad social y productiva del país; la I+D no es ajena a este fenómeno y al ser la participación del Gobierno tan significativa en términos económicos, parece aún más justificado que así sea. En este sentido, las políticas que se implementen influirán fuertemente sobre las capacidades de innovación de la economía, estimulándolas, coartándolas o ambas cosas.

Un segundo aspecto a destacar en este sentido es la cuantiosa inversión que hace la educación superior en nuestro país en relación al resto de la región, ya que buena parte de ella la hace la Universidad de la República (Udelar), y por tanto, si bien no son inversiones del Gobierno como tal porque la universidad tiene autonomía y cogobierno, sí son dineros públicos. Tradicionalmente en el Uruguay, la Udelar ha ocupado un rol preponderante en materia de investigación, tanto en los hechos como en el imaginario ciudadano, por ejemplo, el 26 % de los estudiantes de grado de esa universidad están en el área de la *salud* y el 35 % de los uruguayos ve de utilidad hacer investigación para curar y prevenir enfermedades, el 25 % de los estudiantes de grado son del área de las *tecnologías y ciencias de la naturaleza y el hábitat* al tiempo que el 38 % de la población ve de utilidad la investigación en la esfera productiva, tanto para aumentar la producción como para mejorar la calidad de los productos. Sumado a esto, el 82 % de la población cree que nuestro

36 Los porcentajes restantes lo componen la inversión extranjera y la que hacen las organizaciones privadas sin fines de lucro.

país «puede hacer investigación científica propia y vale la pena que lo haga» y la educación terciaria es el ámbito por excelencia para ello en Uruguay³⁷.

El tercer y último punto es relativo al lugar de la innovación. Según la encuesta de percepción sobre la CTI, entre 2011 y 2014 se pasó de 20 % a 43 % de la población que opina que la innovación es un área destacada del país. Sumado a esto, la misma encuesta nos dice que el 75 % de los uruguayos opinan que el desarrollo económico y social del país depende en buena medida de la innovación. Sin embargo, la falta de demanda de conocimiento e innovación de las empresas que no apuestan a esto como forma de ganar competitividad —recordemos que solo el 10 % del total de inversión en I+D lo hacen las empresas públicas y privadas—, coloca al país en una posición de adaptador de tecnología (fenómeno que es regional). Tal es así que, según la encuesta de actividades de innovación de 2010-2012, solo el 24 % de las empresas realiza alguna actividad de innovación, y de ellas la gran mayoría son incrementales a través de la adquisición de bienes de capital. El agro es uno de los sectores que más ha innovado en los últimos 10 a 15 años, principalmente a través de la adquisición de nuevas maquinarias, pero también mediante la incorporación de la trazabilidad ganadera y de software para siembra a distancia.

La CTI está muy bien valorada por la ciudadanía, principalmente en temas de salud y medicina; los uruguayos están muy dispuestos a que el Estado siga invirtiendo fuertemente en CTI a efectos de achicar las brechas con los países más desarrollados y crear oportunidades para las generaciones futuras. Sin embargo, habrá que ver qué rol ocupan las empresas que parecen estar sumamente rezagadas en cuanto a asumir riesgos innovadores más allá de las adquisiciones de bienes de capital. En este sentido será preciso revisar permanentemente el lugar que ocupa el Estado en un espectro que parece encontrarse entre la estimulación, la regulación y la habilitación de la creatividad; la institucionalidad de la CTI está en pleno proceso de cambio con la Ley del Sistema Nacional de Transformación Productiva y Competitividad, y la forma que adopte dicha institucionalidad determinará buena parte de las posibilidades del futuro. Sumado a esto, parece imperioso esclarecer y comunicar las implicaciones que tiene la CTI con la sustentabilidad y la inclusión social, comunicar mejor y hacer apropiable para la ciudadanía su incidencia en la vida cotidiana y así estimular la participación y el diálogo para enfrentar lo que está por venir lo mejor preparados posible y en forma colectiva. Los desafíos para las próximas décadas son inmensos para nuestro país que invierte poco en I+D en una región que en su conjunto tampoco lo hace. En este contexto, favorecer un cambio en la matriz de la innovación en Uruguay, apostando a procesos creativos y diseños novedosos en lo educativo, en la investigación, en lo empresarial y en lo institucional, será uno de los grandes desafíos para ganar competitividad y salir de la cultura de la repetición.

37 Los datos de la matrícula de la Udelar son extraídos del trabajo de Isabel Bortagaray y corresponden al año 2012; y los datos de las percepciones son de la 3.ª Encuesta de percepción pública sobre ciencia, tecnología e innovación del Uruguay del año 2014.

Si bien lo anterior es vital, también es necesario entender que la innovación no es apenas algo vinculado con lo que hacen los científicos y las políticas. La creatividad y la innovación son actitudes y valores que toda la población puede o no asumir como desafíos en su actividad: el estudiante en su formación, el trabajador en su tarea, las familias y las parejas en su vida cotidiana, los jóvenes en sus decisiones de emprender o no su propio negocio, el deportista en su entrenamiento y así en cada actividad. Para que prospere esta cultura de la innovación es central el espacio que permiten y fomentan quienes ocupan posiciones de autoridad, así como el esfuerzo individual de cada ciudadano para desafiarse en emprender y explorar nuevos caminos y no desanimarse ante el fracaso. Innovar y crear van de la mano con el riesgo y con el posible error.

Cultura y medio ambiente

La preservación de los recursos naturales y el cuidado del medio ambiente han ganado suficiente terreno como para que hoy en día no haya paradigma de desarrollo que no los incluya entre sus objetivos centrales. Por eso el derecho de las generaciones futuras a contar con suficientes recursos naturales es reconocido como la piedra de toque del desarrollo sostenible; las generaciones presentes tenemos el deber de hacer el máximo esfuerzo para respetarlo.

Este aspecto central del desarrollo no tiene una vida muy prolongada, transcurrieron cuarenta años desde la primera semilla que en 1972 se plantó en la Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente, donde se explicitó el deterioro del planeta y se afirmó que «el mundo es uno solo». A partir de allí la conciencia de la preservación de los recursos de la Tierra no ha hecho más que aumentar junto a la posibilidad de la destrucción del ecosistema que hizo posible la vida del *Homo sapiens*. En este sentido el combate al cambio climático se ha vuelto hegemónico y marca la agenda de desarrollo a nivel global y nacional luego de la cumbre de París de 2015. Las conclusiones de esa cumbre, firmadas por 170 países, aunque ratificada por 100, comprometen a cada uno de ellos a disminuir las emisiones de carbono y medir los avances en este sentido con planes quinquenales que lo demuestren. La construcción de este consenso a lo largo de un proceso de cuarenta años de discusiones, por primera vez logra que los países ricos y los pobres se pongan de acuerdo en este punto y además los países ricos asuman su responsabilidad como los principales emisores históricos, contribuyendo con un fondo económico global para disminuir el calentamiento global. Pero el esfuerzo debe ser asumido por todos y de ahí el compromiso de los estados nacionales para implementar medidas concretas en esta dirección.

La construcción de este entramado institucional internacional en relación al cambio climático y a la preservación del medio ambiente en todas sus facetas (protección de la flora, la fauna, la descontaminación de suelos, mares y aire, la sustitución de combustibles fósiles por energías renovables, el control de los

agroquímicos en la producción de alimentos, etc.) representan avances en una carrera que enfrenta a la humanidad consigo misma. Es que las medidas que se adopten, los fondos que se destinen y la institucionalidad que se diseñe, acciones absolutamente necesarias todas ellas, no serán suficientes sin un cambio en el estilo de consumo que nos ha colocado en la encrucijada actual.

La percepción del público uruguayo acerca de la cuestión ambiental tuvo un punto de inflexión cuando se desató la controversia con Argentina a raíz de la autorización del gobierno para la construcción de la planta de celulosa finlandesa Botnia, hoy UPM, en el año 2005. Un año después la Asamblea Ambientalista de Gualleaguaychú comenzó el bloqueo del puente internacional que une la ciudad uruguaya de Fray Bentos con Puerto Unzué en Argentina. La acusación de los asambleístas era que el impacto de la producción de pasta de celulosa no era sustentable con el ecosistema del río Uruguay, del que se toma el agua y al que se vierten las aguas residuales en el proceso de producción. La controversia fue elevada a la Corte Internacional de Justicia (CIJ) de La Haya por Argentina. La planta comenzó a producir en noviembre de 2007 y casi tres años después, en 2010 la CIJ se expidió concluyendo que no había razones para afirmar que la planta contamina el río, aunque criticó a Uruguay porque no respetó el Estatuto del Río Uruguay que regula la administración conjunta entre los dos países de ese curso de agua fronterizo. El bloqueo del puente se mantuvo por casi cinco años hasta junio de 2010.

El gobierno uruguayo autorizó la construcción de la planta tomando en consideración que la tecnología que se aplicaría en este emprendimiento sería de última generación, completamente diferente a las tecnologías precedentes que sí eran contaminantes en alto grado y que se aplicaron en plantas anteriores en Chile, Brasil y Argentina. Botnia se comprometió a que la tecnología fuera limpia y de la misma calidad que la que se estaba utilizando en Finlandia, que eran evaluadas permanentemente. Y, claro, el dinero fue decisivo tomando en consideración que fue la mayor inversión de la historia del país hasta ese momento: 1800 millones de dólares.

Destacamos este conflicto internacional porque mantuvo a dos países vecinos con sus relaciones prácticamente congeladas y con momentos de extrema agresividad. Lo destacamos porque nuestra hipótesis es que a partir de ese momento la opinión pública uruguaya tomó conciencia directa de la importancia del medio ambiente en el mundo contemporáneo, en la economía nacional y en el modelo de desarrollo elegido en el país. La cadena agroindustrial que comenzó con la ley de forestación en la segunda década de los años ochenta, la exportación de madera chipeada y luego la implantación de la primera planta de pulpa de celulosa, ya había levantado alguna discusión cuando se comenzó a plantar las áreas de prioridad forestal con eucaliptus, pero fue apenas una controversia entre especialistas y no llegó a involucrar al público. Esta cadena fue profundizada con la creación de una segunda planta de celulosa mayor a la primera por el consorcio entre la chilena Arauco y la sueco finlandesa Stora Enso, y lo será

aún más con la proyección de una tercera planta finlandesa que estaría culminada antes de 2020.

Los controles sobre las plantas instaladas permiten afirmar que el impacto medioambiental está dentro de los parámetros aceptados y que efectivamente fue posible impulsar un emprendimiento nuevo para el país, muy significativo desde el punto de vista económico, con un balance adecuado del cuidado del ambiente. Para que esto haya sido posible hay que destacar que el conflicto inicial con Argentina despertó una cultura en el país que está alerta en relación a que los nuevos grandes emprendimientos productivos no pueden tomar de rehén al medio ambiente. Esta alerta a la que nos referimos fue puesta en práctica posteriormente ante la potencial instalación de la minera de capitales indios Aratirí. Este proyecto de minería a cielo abierto, muchísimo más dudoso en relación al impacto ambiental, fue analizado con lupa por las instituciones públicas pero, mucho más importante, generó una movilización masiva en contra porque no se ofrecían las garantías necesarias y fortaleció mucho al movimiento ambientalista independiente. Finalmente la minera se retiró y abortó el proyecto, en parte debido a la caída del precio internacional del hierro, pero en buena medida por la atención de la opinión pública como contralor de que efectivamente se respetaría el equilibrio medioambiental. Es muy probable que este proyecto haya sido detenido por la presión y el escrutinio de la opinión pública y, en caso de que hubiera prosperado, el menor indicio de violación de los acuerdos iniciales, hubiese despertado una movilización de la opinión pública.

En el año 2011 se realizó un Juicio ciudadano sobre Minería, y entre las conclusiones se sostuvo:

Entendemos que el Uruguay se debe una discusión en profundidad, con la más alta participación y el mayor nivel técnico posible, a los efectos de decidir sobre este y otros proyectos de inversión. Si bien el futuro de un país es una construcción permanente, debemos sentar las bases y los mecanismos para encaminar los proyectos que nos permitan alcanzar el mejor y más consensuado desarrollo posible.³⁸

Este breve análisis y la hipótesis puesta en consideración tiene una base empírica que la sustenta contundentemente. Efectivamente, las dos terceras partes, el 64 % de la población manifiesta que se debe dar prioridad al cuidado del medio ambiente por sobre el crecimiento económico, mientras que una minoría del 27 % piensa lo opuesto, que el crecimiento debe ser la prioridad aunque vaya en desmedro del medio ambiente. Muy significativo es que ese sólido porcentaje mayoritario es más alto que en muchos países con mejores índices de desarrollo y, viceversa, la minoría que prioriza solamente el crecimiento es la menor de los países comparados. Incluso la opinión ha mejorado desde la última EMV realizada entre los años 1995 y 1998, antes de que se instalara Botnia. En esa medición de hace dos décadas el 57 % (contra el 64 % actual) priorizaba el cuidado del medio

38 <<http://www.juiciociudadano.org/mineria/wp-content/uploads/2012/03/CONCLUSIONES-del-PANEL-CIUDADANO-2-.pdf>>.

ambiente, datos que también refuerzan nuestra hipótesis. La conclusión es clara: los uruguayos están alerta ante los nuevos megaemprendimientos económicos y exigen el cuidado máximo del medio ambiente.

	Se debería dar prioridad al cuidado del medio ambiente, aunque ello provoque un enlentecimiento del crecimiento de la economía y cause alguna pérdida de puestos de trabajo	El crecimiento de la economía y la creación de puestos de trabajo deberían ser la prioridad, aunque el medio ambiente sufra en alguna medida
Uruguay	64	27
Suecia	63	32
Brasil	60	30
Argentina	54	32
Nueva Zelanda	43	39
Holanda	41	50

Fuente: EMV, 2011

Mirado el nexo entre la cultura y el medio ambiente desde otro punto de vista, tal vez la conclusión a la que se llegue no sería la misma que la recientemente propuesta. Nos referimos a la atención que la población otorga al medio ambiente en su vida cotidiana: a las prácticas de cuidar la limpieza de la ciudad, a la costumbre de reciclar la basura doméstica, o a los hábitos de consumo que tomen en consideración los materiales menos dañinos para el medio ambiente como el plástico. Los uruguayos aún tienen hábitos sucios, se puede ver a diario a la gente arrojar papeles en la vía pública desde la ventana de un ómnibus, desde su propio vehículo o simplemente mientras camina; es insignificante aún la cantidad de personas que reciclan y además los gobiernos de las ciudades aún no han tenido la capacidad de implementar sistemas de reciclaje eficientes. Es cierto que en la capital del país se instalaron algunos contenedores para residuos secos y otros para el resto de la basura, pero son pocos, casi siempre están llenos y los vecinos no creen que esto se lleve a cabo con consecuencias positivas.

Desorganizadamente el Uruguay se ha embarcado en iniciativas y esfuerzos institucionales importantes en relación al cuidado del medio ambiente: hay un Sistema Nacional de Áreas Protegidas, existe la Dirección Nacional de Medio Ambiente (DINAMA), y la Dirección Nacional de Aguas (DINAGUA), dependientes del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA); existe la Dirección Nacional de Recursos Renovables (RENARE), dependiente del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (MGAP), entre otras reparticiones públicas que tienen como misión el cuidado del medio ambiente. Mencionamos páginas antes en este informe que el país se ubica en el lugar 40 entre 149 países y es el mejor posicionado en América Latina, según el índice internacional de desarrollo sustentable del año 2015: *SDG Index and Dashboards*,

apoyado por Naciones Unidas. Comparativamente, el país está mucho mejor que otros y esto debería ser un incentivo para mejorar más y fomentar una cultura nacional de respeto a la naturaleza y al ambiente entre la población.

Cultura, diversidad, tolerancia y discriminación

El siglo XXI comienza como el siglo de la diversidad cultural y ello se percibe a nivel global, en América Latina y en nuestro país en particular. A nivel global nunca antes en la historia de la humanidad hubo tanta movilidad de personas y se estima que hay aproximadamente 250 millones de migrantes que viven en países diferentes al de su nacimiento; las migraciones son una de las tres principales causas de la diversidad cultural. A nivel latinoamericano se les suma a las migraciones la movilización, organización y demandas de reconocimiento de dos grupos poblacionales que históricamente fueron invisibilizados como los indígenas y los afrodescendientes que han logrado que sus culturas y sus identidades sean objeto de derechos culturales y detrás de ellos hay una lucha política intensa. En tercer lugar, la revolución sexual comenzada en los años sesenta en Europa ha avanzado de manera significativa plasmándose en los derechos de homosexuales y transexuales, a los que se suman los derechos de las mujeres desmontando el patriarcado.

Inmigrantes, poblaciones originarias, afrodescendientes y nuevas identidades sexuales conforman un nuevo escenario de multiculturalidad al que el mundo debe adaptarse y el Uruguay también. Este cambio cultural no es sencillo y es fuente muchas veces de enfrentamientos mayores y conflictos. Uruguay, con menos intensidad que otros países de la región, también vive este proceso de transformaciones. Analizaremos brevemente cuál ha sido la matriz histórica de la diversidad cultural en el país para luego detenernos en los cambios más recientes, estimar los niveles de tolerancia cultural del presente y proyectarnos al futuro.

Durante buena parte del siglo XX, el Uruguay se percibió como un país homogéneo, sin indios, sin negros y muy tolerante ante los inmigrantes que llegaron de forma aluvional a fines del siglo XIX. Esta fue la identidad nacional que se forjó a comienzos del siglo pasado, una república de clase media, europeizada y más avanzada en sus derechos sociales que otros países de la región. El relato nacional está cambiando sustancial y rápidamente y se percibe que lo anterior, en el mejor de los casos, fue una verdad a medias. En primer lugar porque la poca presencia de pueblos originarios se debió al genocidio de los charrúas y la asimilación de los guaraníes a través de la evangelización católica; en segundo lugar porque los negros siempre fueron una parte sustancial de la historia nacional, pero fueron invisibilizados y asimilados (el último censo de 2011 registró que un 5 % de la población se define como descendiente de indígenas y un 8 % como descendiente afro); en tercer lugar la ley de inmigración de 1890 y un decreto de 1902 prohibía la entrada de africanos y asiáticos porque degradarían la raza

nacional, un argumento explícitamente racista; en cuarto lugar los nuevos datos sobre discriminación racial construidos en los últimos quince años concluyen que existe un problema importante en el país; y en quinto lugar porque el machismo es aún dominante.

Este nuevo relato de un país que es más diverso que su imaginación, y que fue menos tolerante de lo que se creyó, tuvo impacto en la legislación y en un lapso de poco más de una década se han promulgado leyes de reconocimiento de la cultura indígena, de la cultura afrouruguaya, una nueva ley de inmigración moderna, y leyes de cuotas para afros.³⁹ A eso hay que sumar la ley de cuotas para la participación política de las mujeres y las últimas tres leyes sobre los nuevos derechos del aborto, matrimonio igualitario y regulación del cannabis.

El Uruguay, pues, está desmontando su identidad homogeneizadora, legitimada en una ideología patriarcal, machista y europeizada y bien podríamos afirmar que en algunos sentidos es uno de los países más avanzados de la región en materia de tolerancia y no solamente en materia de tolerancia sino más allá, reconociendo las contribuciones y el derecho de grupos sociales históricamente discriminados.

Hay algunas luces amarillas que debemos resaltar. La inmigración en el país ha descendido sistemáticamente desde comienzos del siglo XX, y el censo de 2011 registró el mínimo histórico de apenas 2,3 % de extranjeros. Sin embargo, en las últimas dos décadas han llegado al país algunos grupos de inmigrantes poco numerosos pero significativos de peruanos, indios, dominicanos, venezolanos y cubanos entre otros. Muchos de estos inmigrantes recientes decidieron no quedarse en el país por diversas razones, pero entre las causas invocaron actitudes discriminatorias por parte de la población uruguaya. Si con los pocos inmigrantes que hemos recibido en el período reciente surgieron rechazos, qué podría ocurrir si llegaran inmigrantes en números más altos, como es el caso de muchos países de la región como Argentina o Brasil. El país precisa inmigrantes porque la tasa de natalidad no es suficiente para reproducirnos como sociedad, pero a los pocos que han llegado no logramos retenerlos.

39 «Las recordaremos ahora todas juntas porque así se capta la decisión firme del Estado uruguayo por reconocer los derechos de estos grupos. La Ley 18.059 aprobada en 2006 “Día Nacional del Candombe, la Cultura Afrouruguaya y la Equidad Racial” establece en su artículo 2 que el Estado reconoce y valora “la contribución de la población afrodescendiente a la construcción nacional, y de su aporte a la conformación de la identidad cultural de la República Oriental del Uruguay”; la “Ley de Inmigración 18.250” de 2008 afirma que: “el Estado respetará la identidad cultural de los inmigrantes y sus familias y fomentará a que mantengan vínculos con su país de origen” (artículo 14); y en 2009 se aprobó también el Proyecto de Ley denominado “Día de la Resistencia de la Nación Charrúa y de la Identidad Indígena”, en la que se promueve “El reconocimiento del aporte y la presencia indígena en el proceso de nuestra conformación nacional”. Finalmente el Proyecto de “Ley de cuotas para la población afrodescendiente” aprobado en diputados en 2012, establece “de interés general el diseño, implementación de acciones afirmativas... dirigidas a los integrantes de la comunidad afrodescendiente... para mitigar y contribuir a erradicar la discriminación”. Y dispone “el 8 % de las vacantes laborales del Estado para personas afrodescendientes”» (Arocena, 2013).

¿Qué podríamos esperar si recibiéramos, por ejemplo, cien mil bolivianos, o cien mil paraguayos, o cien mil peruanos, cifras proporcionales a las que llegaron a Argentina? Tomando en cuenta que Argentina es diez veces más grande en población y que recibió aproximadamente un millón de inmigrantes de cada una de estas nacionalidades, la proporción para Uruguay sería de trescientos mil inmigrantes. ¿Qué pasaría en Uruguay si hubiésemos recibido trescientos mil inmigrantes en veinte años, el 10 % de la población? Hay muchos países en el mundo que tienen esta tasa de extranjeros viviendo y que arribaron en pocos años, por ejemplo varios de los países europeos donde la inmigración se convirtió en uno de los principales desafíos, pero también le ha pasado a nuestro vecino. En un mundo de movilidad creciente, la probabilidad de que Uruguay reciba un nuevo aluvión migratorio es alta y no nos estamos preparando para ello. Eso nos crearía un problema de magnitud en el futuro si no lo anticipamos.

Hay otras dimensiones que hacen a la tolerancia en un sentido amplio y es la capacidad de dialogar y de cooperar con quien percibimos que piensa distinto, es diferente, o incluso a quien percibimos como un enemigo circunstancial, por ejemplo alguien de otro partido político, un hinchista de un cuadro de fútbol rival, o quienes forman parte de subculturas urbanas como podrían ser los planchas y los chetos, o los que viven en la costa y los de la periferia, sindicalistas y patrones, ricos y pobres. Hay algunos instrumentos que apuntan a medir este tipo de tolerancia en sentido más amplio. Por ejemplo, la EMV pregunta acerca de la importancia de qué enseñar a los hijos y entre varias opciones se incluye la importancia por transmitir el valor de la tolerancia. El Uruguay es uno de los países mejor situados a nivel mundial en este aspecto y se equipara a los países con mayor desarrollo humano, al contrario se distancia mucho de nuestro vecino Argentina y bastante de Brasil.

	Es importante enseñar tolerancia y respeto a los niños	No mencionan la tolerancia y el respeto como algo importante a enseñar a los niños	Total
Uruguay	82	18	100
Holanda	86	14	100
Nueva Zelanda	83	17	100
Suecia	87	13	100
Argentina	42	58	100
Brasil	64	36	100

Fuente: EMV, 2011. Las cifras son los porcentajes sobre la población total.

Cabe preguntarse cómo influye este resultado positivo cuando la percepción en buena parte de la sociedad es que hay cada vez menos tolerancia y respeto, que se manifiesta en conductas violentas en el fútbol, en descalificaciones de quién piensa diferente, en agresiones físicas a personas que antes eran intocables

como las maestras y los profesores, en la violencia doméstica o en la falta de respeto de los hijos a los padres. Si bien esta percepción puede ser correcta, tampoco es contradictoria con los resultados concretos mencionados. Estos forman parte de lo que podemos definir como una base profunda de la estructura de valores de la sociedad y, aunque parezca e incluso sea probable que las actitudes y conductas concretas van en sentido contrario en los ejemplos mencionados, no en todos los casos ha sido así. Tómese, por ejemplo, la actitud hacia la homosexualidad. La aceptación de la homosexualidad es uno de los indicadores más representativos de la tolerancia de las sociedades, según la EMV. En el Uruguay las variaciones sobre este tema han sido extraordinarias en el lapso de una década. En 1996 el 45 % de la población uruguaya sostenía que la homosexualidad nunca se justificaba, pero ese porcentaje cayó al 18 % en 2006 y se mantuvo en la misma cifra en 2011. (En Holanda, Nueva Zelanda, Suecia y Argentina los porcentajes de quienes nunca justifican la homosexualidad son 12, 20, 8 y 17 % respectivamente). Uruguay, como varios otros países de la región aprobaron una ley de matrimonio igualitario en años recientes, y este cambio tan importante en nuestro país puede entenderse en el sentido de que cierta estructura básica hacia la tolerancia permitió modificar actitudes previas de intolerancia. Y además permitió la aprobación de las otras dos leyes de cannabis y de aborto por la sola decisión de la mujer.

En suma, Uruguay se ha descubierto recientemente como más diverso que su imaginación histórica y ha desandado un camino de negación de la diferencia no solamente tolerando, sino *reconociendo derechos* de grupos poblacionales discriminados como las mujeres, los negros, descendientes de indígenas, homosexuales e inmigrantes; en todos los casos se legisló positivamente. Hay luces amarillas que detectan actitudes de intolerancia y racismo, pero el sustrato básico de una sociedad democrática y los valores que se piensa que hay que transmitir a las futuras generaciones permiten estimar que a través de un trabajo comunicacional e institucional es posible pensar que tenemos una buena base para navegar la diversidad creciente del siglo XXI, pero hay que trabajar con fuerza desde ahora sobre esas debilidades porque la intolerancia puede avanzar aún más rápido.

Cultura y familia

La familia continúa siendo una de las instituciones más importantes en la vida de las personas en todo el mundo; independientemente del desarrollo económico del país, de la religión dominante o del continente en que se ubique, prácticamente la totalidad de la gente, nueve de cada diez seres humanos, responde que la familia es muy importante en su vida (EMV, 2011). Esto es así para Uruguay, Suecia, Brasil, Argentina o Japón. Claro, si bien la familia es muy importante, lo que se entiende por ella tiene diferencias enormes y por lo tanto la importancia que se le atribuye también tendrá razones variadas.

Las estructuras familiares han sufrido transformaciones de tal magnitud en Occidente que las familias actuales prácticamente no se parecen en nada a las del siglo XIX. Las familias antes eran para toda la vida, extensas, con frecuencia de más de diez personas, los hijos se morían con facilidad y además trabajaban en un mismo negocio familiar, la estructura de poder interna era vertical con un padre todopoderoso que ejercía la autoridad y la mujer pasaba casi toda su vida dando a luz o embarazada y organizando las tareas domésticas. La migración hacia las ciudades, la revolución industrial y los avances en la esperanza de vida produjeron la gran metamorfosis. Las familias se achicaron porque los hijos no se morían y porque no eran ya necesarios como mano de obra familiar, y la mujer entra primero lentamente y luego masivamente en el mercado laboral integrándose a la sociedad y el patriarcado comienza a ser cuestionado. Ya en el mundo contemporáneo de la sociedad posindustrial y de la posmodernidad la multiplicidad de arreglos familiares ha explotado y conviven modelos muy distintos.

En nuestro país, el primero en legalizar el divorcio por la sola voluntad de la mujer a comienzos del siglo XX, hoy en día la mayoría absoluta de los casamientos terminan disolviéndose en divorcios. Esto implica que la mayoría de la población vive en múltiples arreglos familiares, primero con sus padres, luego con sus padres divorciados y las nuevas parejas, luego forma su propia familia, la disuelve, construye una nueva. Convivimos con familias monoparentales (casi siempre mujeres), familias divorciadas (cerca de la mitad), familias con matrimonios homosexuales ya sea de hombres o mujeres (en el entorno de las 1500 según el censo de 2011 ya sea casadas o en unión libre), familias más tradicionales (las menos), personas que viven solas (en aumento veloz)⁴⁰. Esta verdadera revolución cultural de lo que es una familia en el siglo XXI obviamente no tiene antecedentes y al no tenerlos implica que los roles intrafamiliares haya que definirlos y construirlos a medida que marchamos. No tenemos modelos sobre los que apoyarnos para orientar de manera clara la forma en que nos ubicamos como hijas, madres, maridos, hermanos, abuelas. La familia patriarcal, nuclear, machista y vertical llegó a su fin y cumplió su ciclo histórico vinculada a cierto modelo de producción económica. ¿Qué valores transmite esta estructura de familia contemporánea que es una y múltiple a la vez?

Según la Ley 19.075, aprobada en el año 2012, el matrimonio «... implicará la unión de dos contrayentes, cualquiera sea la identidad de género u orientación sexual de estos, en los mismos términos, con iguales efectos y formas de disolución que establece hasta el presente el Código Civil». No existen datos aún a nivel nacional, pero por el registro civil de Montevideo, luego de tres meses de aprobada la Ley, se casaron 62 parejas, 43 de hombres y 19 de mujeres. Las conclusiones de

40 Wanda Cabella, María Fernández Soto y Victoria Prieto (2015). *Las transformaciones de los hogares uruguayos vistas a través de los censos de 1996 y 2011*. Para el año 2002 el INE estimó que el 35 % de los matrimonios realizados ese año se divorciarían y, aunque no se ha calculado nuevamente este indicador de divorcios, las estadísticas del INE muestran que los divorcios siguieron aumentando luego de ese año hasta llegar a un pico en el 2011.

la antropología, por ejemplo Claude Lévi-Strauss (1969) y otros, sostienen que las sociedades se estructuran sobre las relaciones de parentesco y el tabú del incesto, que puede adoptar múltiples formas según las sociedades. Si bien hay algunos estudios que afirman que el matrimonio homosexual estuvo institucionalizado en algunas sociedades del pasado (Eskridge, 1993), las consecuencias de la ley aprobada serán revolucionarias en la sociedad uruguaya ya que modifica radicalmente las estructuras de parentesco vigentes.

De un conjunto de valores y actitudes que se podrían transmitir a los hijos, los uruguayos claramente priorizan el sentido de responsabilidad y la tolerancia como los valores más importantes. En segundo orden se destacan como importantes para transmitir en la familia los valores de generosidad, obediencia, independencia, auto-determinación y perseverancia. Ya muy por debajo en importancia en relación a los anteriores se mencionan el trabajo duro, el ahorro, la imaginación y la fe religiosa. Estos resultados se muestran claramente en el siguiente cuadro donde para cada valor se adjunta el porcentaje de personas que lo mencionó como especialmente importante para los hijos.

Muy importante transmitir a los hijos	Uruguay	Argentina	Suecia
Sentido de responsabilidad	82	43	83
Tolerancia	82	42	87
Generosidad	53	58	30
Obediencia	52	65	12
Independencia	48	44	70
Autoexpresión	39	85	38
Perseverancia	35	75	34
Trabajo duro	22	59	14
Cuidar dinero y ahorro	21	87	39
Imaginación	20	69	47
Fe religiosa	16	77	4

Fuente: EMV, 2011. La pregunta es: «De la siguiente lista de cualidades que se podrían estimular en los hijos, cuál de las siguientes le parece especialmente importante». Las cifras son los porcentajes sobre la población total.

Esta configuración de los valores familiares nos aleja mucho, paradójamente, de nuestro vecino Argentina (donde se destacan el ahorro, la autoexpresión y la fe religiosa en los tres primeros lugares) y nos acerca a países más distantes como Suecia y Holanda (donde también la responsabilidad y la tolerancia están en los dos primeros lugares de importancia y la fe religiosa en el último en ambos países).

Los arreglos y las estructuras que definen a la familia y sus roles son múltiples y, como se afirmó, ahora se construyen sobre la marcha porque no hay modelos fijos. Ante tanta variabilidad algunas especialistas proponen apartarse del concepto de familia y adoptar el de espacio familiar. Lo familiar admite esas

heterogeneidades y se centra en la importancia de los afectos y las emociones. Todos precisamos para nuestro crecimiento como personas saludables del afecto, del amor y de la confianza de otros a los que consideramos significativos. El lazo íntimo especial que se construye en el espacio de lo familiar priorizando las emociones podría constituirse en el cimiento que operase como piedra de toque ante el presente tan volátil, incierto y permeado por las influencias del mercado, del consumo y los riesgos del cambio acelerado de la vida.

Dos notas finales merecen ser destacadas en relación al tema de la familia y el desarrollo. La primera es que las empresas familiares constituyen el porcentaje mayoritario de las empresas del país y por ende son actores centrales en la economía nacional. Pero como las estructuras familiares variaron, esto necesariamente tiene impactos en las empresas familiares. Típicamente las empresas en Latinoamérica y en Uruguay estuvieron muy influenciadas por la figura de un líder, que oficiaba como un paralelo del pater familia en la estructura patriarcal dominante, aunque ahora este tipo de autoridad estaría en contradicción con las tendencias mencionadas. Es probable, por lo tanto, que también en este ámbito deberíamos esperar cambios sustanciales hacia modelos de administración más colectivos, rotativos y democráticos que enfatizen la confianza, la solidaridad y el afecto como el sustento de un emprendimiento que no podrá dejar de ser económicamente redituable. La segunda nota que parece sustancial destacar tiene que ver con el aumento del número de las familias monoparentales con madres pobres como jefas de hogar y varios hijos a su cuidado. Este tipo de familias son las más pobres y las que presentan mayores necesidades insatisfechas y es imprescindible que el Estado actúe y mantenga las políticas de transferencia condicionada de recursos con la obligación de los controles rutinarios de salud y la asistencia a instituciones de educación formal de los hijos. Estas familias requieren una ayuda especial adicional que se constituirá en una de las mejores inversiones a futuro para revertir la marginación cultural, disminuir los gastos en salud curativa y atenuar la pobreza en el grupo de mayor vulnerabilidad social.

Cultura y religión

La religiosidad se ha expresado, y se expresa, de diversas formas en distintas culturas a lo largo del tiempo. Las formas institucionalizadas en monopolios productores de creencias religiosas (básicamente, para nuestra parte del mundo, la Iglesia católica) han sido interpeladas a partir de la Reforma protestante y de la Revolución francesa. Ambos procesos son, a su vez, productores de la idea misma de religión en cuanto categoría analítica, sinónimo de institución, jerarquía, poder y política. La modernidad francesa inaugurada tras la revolución envió definitivamente a la religión fuera del ámbito político, proponiendo un Estado laico (separación Iglesia-Estado) y secularizador (privatizador) de las creencias religiosas. La nueva racionalidad secularizada sería entendida como un proceso de desencantamiento del mundo, es decir, un mundo donde la modernidad

racionalista se encargaría de marginar cada vez más el pensamiento religioso con miras al desarrollo del pensamiento científico y de los valores democráticos. Sin embargo, la tesis clásica de la secularización como desencantamiento no parece reflejarse en el mundo contemporáneo, donde permanentemente se crean nuevas formas de creencias y que incluso, «paradójicamente», muchas de esas formas encuentran cada vez más legitimidad en discursos científicos.

El modelo de laicidad francesa es pionero y paradigma de unas formas posibles de vínculo entre la religión y otras esferas de la vida social, como la política o la educación. Ese modelo, en su vertiente jacobina, es el que ha construido las bases de la modernidad uruguaya, siendo aun un elemento distintivo de nuestro país, determinando así buena parte de las formas a través de las cuales nos relacionamos con las creencias religiosas en particular y con la alteridad en general.

Uno de los espacios donde se hace más fácilmente visible una tradición laica es en la educación y en las posibilidades que tiene lo religioso de hacerse enunciable en esos ámbitos. En nuestro caso, la impronta vareliana, con su fuerte énfasis en la construcción de una escuela laica y homogeneizante, queda evidenciada al observar datos de la Encuesta Mundial de Valores de 2011, que muestra tajantemente las opiniones de los uruguayos respecto al vínculo entre religión y educación, con un fuerte rechazo a la posibilidad de que esos espacios entren en contacto. Como se ve en el siguiente cuadro, solo un 2 % de los uruguayos está completamente de acuerdo con que «todas las religiones deben ser enseñadas en las escuelas públicas», valor similar al de Corea del Sur y China. A su vez, más del 60 % de la población se muestra en desacuerdo o completamente en desacuerdo con esa posibilidad, cifras únicamente superadas (a los efectos comparativos de nuestro cuadro) por Nueva Zelanda. Si bien en este aspecto las impresiones de los uruguayos pueden ser semejantes a las de los argentinos, los uruguayos que se expresan completamente de acuerdo con la posibilidad de que se enseñen las religiones en las escuelas públicas son, porcentualmente, cuatro veces menos que los argentinos. Por otro lado, la comparación con Brasil muestra las más claras diferencias, cuando, en ese país, el 66 % de la población está completamente de acuerdo con esa posibilidad.

	Completamente de acuerdo; De acuerdo	En desacuerdo; Completamente en desacuerdo	No sabe	Total
Uruguay	24	62	14	100
Argentina	32	56	12	100
Brasil	66	32	2	100
Holanda	38	49	13	100
Nueva Zelanda	24	64	12	100
Suecia	85	12	3	100

Fuente: EMV, 2011. La pregunta es: «¿Todas las religiones deben ser enseñadas en las escuelas públicas?». Las cifras son los porcentajes sobre la población total.

En Uruguay, la laicidad adquiere trazos de laicismo y anticlericalismo, con una tendencia al no reconocimiento de lo religioso en particular y de la diversidad en general, imponiendo una cultura que dificulta el ser diferente. Otros aspectos que muestran este particular vínculo de los uruguayos con lo religioso es el hecho de ser el país con menor porcentaje de autodefinidos católicos en América Latina (24 % según EMV, 2011; 41 % según Latinobarómetro, 2014; 42 % según PEW Research Center, 2014) y a su vez, el de mayor porcentaje de autodeclarados ateos, agnósticos o sin afiliación (61 %; 38 %; 37 % según las mismas fuentes), siendo incluso grupos porcentuales semejantes (los católicos y los ateos, algo que no sucede en otros países de la región). En Uruguay, la relevancia política de la Iglesia católica ha sido mucho menor que la que tuvo o tiene en otros países de la región, mientras que otros actores, como la masonería, han tenido un peso importante. Uruguay se ha construido entonces, históricamente, como un país donde lo religioso no adquiere la relevancia que se le da en otros países de la región, donde el ejemplo más claramente diferente es el de Brasil. Cuando en Uruguay se piensa en términos de religión, la importancia que se le da a esto en la vida cotidiana es significativamente menor a la que se le da en el mencionado país vecino. Los datos de la EMV nos ubican muy próximos a Nueva Zelanda y muy distantes a Brasil, donde el 90 % de la población entiende que la religión es muy o algo importante en sus vidas, como lo muestra el siguiente cuadro.

De todos modos, es significativo observar que en Uruguay, para el 38 % de la población, la religión es muy o algo importante en sus vidas. En caso de compararnos con Argentina, donde los datos podrían acercarse más, no se debe olvidar que en ese país, según la misma EMV, los autodenominados católicos alcanzan el 70 % de la población, mientras que los que se declaran sin afiliación son el 17 % (EMV, 2011), lo cual nos vuelve a singularizar.

Si bien el Uruguay es una excepción en su región, por los motivos hasta aquí expuestos, es justo mencionar también que el país acompaña las tendencias continentales de: 1) caída del catolicismo (evidente y constante desde la década de los setenta); 2) aumento del protestantismo (redinamizado con las iglesias pentecostales y neopentecostales, estas últimas visibles a partir de la misma década de los setenta); y, 3) aumento de los creyentes que se autodenominan sin afiliación, sin iglesia. Este último grupo, sin embargo, ve un aumento exponencial en Uruguay en comparación con los países de la región. Con su laicismo característico pero acompañando las tendencias regionales, en Uruguay también se han observado puntos de inflexión en las pugnas entre los sectores más laicistas y quienes abogan por una mayor presencia de lo religioso en el espacio público. Desde 1861 y hasta 1919 se produjeron en Uruguay los principales avances laicistas y secularizantes con la nacionalización de los cementerios, la ruptura de vínculos con la Iglesia por parte del Estado, la eliminación de símbolos religiosos de espacios públicos, etc. Sin embargo, la visita del papa Juan Pablo II en 1987 y la posterior discusión sobre la permanencia de la «cruz del Papa» en bulevar Artigas, que resultó favorable a su permanencia en el espacio público, significó el inicio de un proceso

de percepción de erosión en la hegemonía de la laicidad. El hecho se reprodujo ya entrada la década de los noventa cuando se erigió la estatua a Iemanjá en la rambla de la playa Ramírez (con menos discusión). Los diferentes segmentos religiosos comenzaron a mostrar las posibilidades de nuevos relacionamientos con la laicidad uruguaya y estos debates sobre la presencia pública de símbolos religiosos se avivan a menudo, como lo muestra la reciente discusión en torno a la posibilidad de erigir una estatua a la Virgen María en la rambla de Buceo.

	Muy importante	Algo importante; no muy importante	Nada importante	Total
Uruguay	20	49	31	100
Argentina	24	58	18	100
Brasil	52	45	3	100
Holanda	11	45	44	100
Nueva Zelanda	19	50	31	100
Suecia	8	58	34	100

Fuente: EMV, 2011. La pregunta es: «¿Cuán importante es la religión en su vida?». Las cifras son los porcentajes sobre la población total. Hay muy pocas respuestas «no sabe» que se sumaron a la columna central.

A partir de la última década del siglo pasado, junto a un proceso mundial de acelerada globalización y de fortalecimiento de las reivindicaciones por derechos de minorías y valorización de la diversidad, las formas de autodeterminación religiosa se inscriben en el más amplio escenario de mayor complejidad en los procesos de construcción de identidades individuales y colectivas. En ese contexto, las pertenencias religiosas y las formas de vivenciar la espiritualidad y la religiosidad tienden a una marcada individualización de los procesos de construcción de significados. Se identifican trayectorias religiosas que escapan de algún modo a las institucionalidades clásicas detentoras de los monopolios de las creencias y se construyen espiritualidades y religiosidades «a la carta», donde cada vez es menos necesaria la intervención institucional y, en cambio, pasan a ser los mecanismos individuales (mayormente mediados por las tecnologías de la información y la comunicación y las redes sociales) los que construyen las formas contemporáneas de la religiosidad en un campo sumamente dinámico. Al mismo tiempo en que se modifica el paisaje de las formas de creer, se suceden hechos novedosos que ponen en acción a los valores de la laicidad devenida laicismo, cuando, por ejemplo, se interpelan las posibilidades de que un diputado asuma la presidencia de esa cámara por su conocida adscripción a una iglesia evangélica, como sucedió recientemente en el Parlamento uruguayo.

Entrado el siglo XXI es impensable negar la importancia de las creencias religiosas o de la construcción de espiritualidades que reclaman nuevas formas de comprender la laicidad. En este sentido Uruguay ha ido dando pasos en dirección al reconocimiento de la diversidad religiosa y se encuentra en momentos

de evidentes tensiones entre diferentes modos de comprender esa característica laicidad de Uruguay. En la medida en que se hace posible construir libremente las afiliaciones religiosas y manifestarlas públicamente, se va dando un gradual conocimiento y reconocimiento de la diversidad religiosa en tanto derecho humano. En este sentido, Uruguay camina hacia la posibilidad de hacer cada vez más reconocible la presencia de lo religioso. En la medida en que las apreciaciones más laicistas den espacio a que estas identificaciones se hagan públicamente visibles, se estará entonces, sin dejar de lado la valiosa laicidad uruguaya, más cerca de asegurar los derechos individuales y, por lo tanto, mejorar la calidad de vida y las libertades individuales dentro de la tradicional y necesaria matriz laica que nos caracteriza. Reconocer el derecho a la libre expresión de la religiosidad individual o colectiva debe ser un camino a seguir profundizando con miras a adaptar al Uruguay a los desafíos contemporáneos del reconocimiento de todo tipo de diversidad, sin por eso ver devaluada su singular tradición laica.

Cultura, violencia y criminalidad

La Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1789, hace referencia a cuatro derechos naturales e imprescriptibles del hombre: la libertad, la propiedad, la seguridad, y la resistencia a la opresión. En la misma época, Jeremy Bentham desarrollaba su famoso panopticon y daba inicio a una nueva era disciplinaria. La relación entre la libertad de algunos y la seguridad de otros, con la variable propiedad en juego, se resuelve encerrando a los responsables en instituciones penitenciarias, como las ideadas por el filósofo inglés. Para quien atente contra alguno de los derechos naturales como la propiedad o la seguridad, se acuerda un castigo que atenta contra el otro de los derechos naturales del victimario, la libertad. El encierro de los «otros» peligrosos (delincuentes, locos, enfermos) que atentan contra la seguridad del «nosotros» (los normales) es una de las formas a través de las cuales la época moderna ha resuelto el problema de los «otros internos» a la propia nación. Los «otros externos» (siempre peligrosos o exotizados) fueron, cuando no destruidos, colonizados.

El desarrollo del capitalismo que se produjo a través de las grandes rutas comerciales acortó las distancias geográficas e hizo posible la obtención, en la metrópoli, de preciados objetos de deseo, ocupando el oro el primer puesto, sin olvidar las especias y otros objetos. Los cargamentos de esas riquezas y su transporte a través de largas rutas terrestres o marítimas hacia la metrópoli transformó a esas mismas rutas, como corolario, en inseguras, puesto que la acumulación de riquezas que se transportaban fueron también objeto de deseo de quienes prefirieron obtenerlas a mitad de camino. El miedo al otro continúa presente, y está no solo dentro o fuera sino también en el camino.

Por otra parte, en sociedades con otras tradiciones (culturas) no necesariamente vinculadas al desarrollo del capitalismo moderno global (digamos, las «sociedades contra el Estado» a las que se ha referido Pierre Clastres, para

limitarnos a nuestro subcontinente) las relaciones entre economía y política son diferentes a las nuestras, preponderando allí principios igualitarios que conducen a una distribución equitativa de las riquezas. Eso deriva en menores grados de segmentación social. También, aunque existe división social del trabajo, los individuos que forman parte de estas sociedades dependen de una cadena de trabajo menor, es decir, son más autónomos en la resolución de sus necesidades básicas (saben producir sus propios alimentos, construir sus propias casas, etc.) mientras que nuestras sociedades industriales producen un mayor fraccionamiento y especialización, haciendo a los individuos mucho más dependientes e incapaces de resolver por sí mismos sus propias necesidades básicas. En nuestra cultura, para satisfacer esas necesidades y acceder a los bienes de consumo es necesario poseer dinero como forma de intercambio, y ese dinero se obtiene únicamente en el mercado laboral, es decir, en la posibilidad de adquirir un oficio que permita intercambiar la fuerza de trabajo individual por el dinero necesario para adquirir mercancías. Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con la seguridad?

Vivimos en una etapa de la modernidad (o posmodernidad) que ha hecho del riesgo y la incertidumbre dos importantes rectores de las conductas. Es lógico entonces que esa misma sociedad del riesgo y del principio de incertidumbre hagan de la (in)seguridad su chivo expiatorio. Si la modernidad prometió seguridades, la posmodernidad las deshizo, y con ello, generó la inseguridad como problema y, al mismo tiempo, como mecanismo de control de sujetos o poblaciones.

En Uruguay, o sobre Uruguay, es común encontrar referencias a ese país como siendo tranquilo, calmo, un lugar donde «no pasa nada». En este sentido, no resulta fácil construir riesgos potenciales (ataques terroristas, catástrofes climáticas, guerrillas, conflictos fronterizos, epidemias mortales, etc.). Sin embargo, la inseguridad es un tema al que se le dedica mucha atención, y está directamente vinculada a los delitos que se producen entre la propia población. La vida tranquila que se puede tener en el Uruguay (libre de conflictos crónicos o de grandes proporciones) y una remarcada valoración de la democracia, el igualitarismo y la relativamente buena distribución de la riqueza en comparación con la región, hace a los uruguayos sensibles a los hechos de violencia y exigentes de seguridad. Los datos de la Encuesta Mundial de Valores de 2011 muestran que los uruguayos tenemos un comportamiento similar al de nuestros vecinos (aunque nos sentimos algo más seguros que ellos) pero muy diferente al de países como Holanda, Suecia o Nueva Zelanda, con mayores percepciones de seguridad.

	Uruguay	Argentina	Brasil	Holanda	Nueva Zelanda	Suecia
Muy o algo seguro	65	56	62	96	87	94
No muy o nada seguro	32	44	38	3	12	5
NS/NC	3	0	0	1	1	1
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: EMV, 2011. Porcentajes agrupados en dos categorías de las cuatro opciones a la pregunta «¿Qué tan seguro se ha sentido estos días en su barrio?» (Muy seguro, Algo seguro, No muy seguro, Nada seguro).

El mismo documento muestra que 17 % de los encuestados en Uruguay habían sido víctimas de algún crimen en ese año, cifra algo menor a la que muestran Brasil y Argentina. En Uruguay se percibe una situación de relativa inseguridad incrementada en los últimos quince años, período en el cual se duplicó la población carcelaria, superando actualmente las diez mil personas privadas de libertad. Pero, ¿quiénes llenan esas cárceles? El I Censo Nacional de Reclusos realizado en 2010 entre el Ministerio del Interior y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República es contundente: 70 % del total de presos tienen entre 18 y 35 años de edad. El 40 % de los presos alcanzó, como nivel máximo de escolaridad, la primaria (completa o incompleta). A su vez, la mitad de los presos cometieron delitos de hurto o rapiña. Los delitos contra la propiedad representan la mayoría de los delitos, siendo el hurto y la rapiña los más comunes⁴¹. Se estima que quienes delinquen por necesidades básicas insatisfechas son solamente el 1 %.

En cambio, se identifican una serie de elementos que han transformado a nuestra sociedad en los últimos años y, por lo tanto, los hábitos, deseos y conductas de quienes delinquen. Esto hace que se modifiquen los patrones de delitos en general y de cada uno de ellos en particular. Por ejemplo, en lo que respecta a las rapiñas se observa un cambio que lleva a que este delito pase de cometerse principalmente en locales comerciales a cometerse principalmente en la vía pública. Una explicación para ello relativiza la variable macroeconómica y en cambio, introduce el factor cultural y la producción de subjetividades y deseos como principal motivante en la evolución de este delito. Al convertirse en un delito más callejero, también hace que este sea menos denunciado, aumentando la dificultad de conocer la cantidad de delitos de este tipo realmente cometidos. La transformación de la rapiña, pasando de locales comerciales al transeúnte, se explica por la rentabilidad de esta modalidad. Esta rentabilidad está directamente vinculada a las cada vez mayores posibilidades de que las personas circulen por la vía pública con objetos valiosos. El ejemplo de los celulares de alto costo es sin duda el más paradigmático, pero este tipo de rapiñas comenzaron también fuertemente motivadas por objetos de deseo de alto costo, como los diferentes tipos de calzado deportivo, y particularmente a la obtención de un tipo de objetos de marcas específicas. Es decir, la motivación para cometer delitos de rapiña en la vía pública estaría mucho menos vinculada a la pulsión de cubrir necesidades básicas insatisfechas y mucho más, en cambio, a la necesidad de

41 Aunque estos delitos sean en su conjunto los identificados como más comunes son necesarias dos importantes aclaraciones. Por un lado, según el informe anual del Ministerio del Interior, de 2015 (MI, 2015), las denuncias por hurto son del orden 100 000 anuales en todo el país, mientras que las denuncias de rapiña son del orden de 20 000, lo cual significa que por cada rapiña que se comete, se cometieron también 5 hurtos. Pero otro dato que aporta el mismo informe es de gran relevancia dado su tratamiento marginal y desconocimiento generalizado, preponderando mucho más el impacto de un delito que, en términos netos, se comete menos. Nos referimos a las cifras netas de denuncias de violencia doméstica que, en términos netos supera (alcanza los 30 000 anuales) a la rapiña (MI, 2015).

adquirir objetos de deseo y distinción (marcas específicas) que a su vez, pueden ser intercambiadas por buenas cantidades de dinero. El dinero es la principal motivación para delinquir, y este dinero, a su vez, se utiliza para obtener objetos de deseo, de consumo, que son difíciles o imposibles de adquirir de forma legal dada las dificultades para conseguir trabajo o la falta de una cultura de trabajo que haga posible obtener dinero legalmente. «Los gurises lo dicen: ‘quiero seguir estudiando, pero necesito que me paguen, un ingreso’. Pagale un cuarto de salario a un pibe que vaya a la UTU: explota el sistema. No es una hipótesis esto: el programa “Yo estudio y trabajo” pasó desapercibido, llamé a gurises de 16 a 20 años para hacer la primera experiencia laboral en el Estado, se presentaron 27 000... Después me decís que son atorrantes y vagos... Tendría que haber un programa mucho más profundo y extenso de primera experiencia laboral para los adolescentes que viven en barrios carenciados porque el gran cuello de botella es ese...» (*El Observador*, 10 de noviembre de 2016, entrevista al sociólogo Luis Eduardo Morás a propósito de las conclusiones de su libro *Los enemigos de la seguridad: desigualdades y privación de libertad adolescente*, 2016).

La pasta base de cocaína (PBC) introduce un capítulo aparte en la evolución de los delitos. Esta sustancia ingresa al país en el contexto de la gran crisis con la cual el Uruguay cerró la década de los noventa y comenzó el siglo XXI. El año 2002 representa un momento a partir del cual se disparan los delitos de hurto y rapiña (también fue nuestro pico histórico de suicidios) fuertemente asociados al consumo de PBC. Su alto poder adictivo y el bajo costo con el que es posible adquirir pequeñas dosis de PBC (lo cual no significa que sea una droga barata a largo plazo) hicieron que los delitos de hurto y rapiña se elevaran significativamente luego de la popularización de la droga. Esta sustancia era desconocida en el Uruguay anterior a la crisis. Su consumo por parte de sujetos en situación de vulnerabilidad generó un fuerte impacto en los años posteriores a la crisis y un aumento de su uso y de la criminalidad asociada a este. Actualmente, sin embargo, parece observarse una meseta en su uso y un descenso en la incidencia en la criminalidad. Se estima, según fuentes judiciales, que en su momento de apogeo, la PBC pueda haber estado involucrada de forma directa o indirecta en la mitad de los delitos contra la propiedad cometidos en Montevideo. En 2014 se estimaba una población de entre diez mil y dieciocho mil usuarios de PBC, en Montevideo, de entre 18 y 64 años de edad⁴².

Independientemente de la relación con los usos de la PBC, los informes estadísticos del Poder Judicial muestran que, luego de alcanzar una cota inferior en 2001, la cantidad de sentencias en materia penal crecen exponencialmente a partir de 2002, duplicándose en el quinquenio siguiente a la crisis (Poder Judicial, 2007). A partir de 2009, según informes estadísticos del

42 Cifra estimada en el libro *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay. Aproximaciones cuantitativas y etnográficas*, realizado en conjunto entre la Universidad de la República y la Junta Nacional de Drogas (Suárez, Ramírez, Albano, Castelli, Martínez y Rossal, 2014).

Poder Judicial, se observa un descenso en las cantidades de delitos de hurto y rapiña en Montevideo (no así en el interior del país), mientras que se observa un leve aumento de los delitos asociados a estupefacientes. A su vez, el crimen organizado en torno al tráfico de drogas aumenta en comparación con décadas anteriores y en 2012, el número de condenados por estupefacientes en Montevideo casi igualó al de condenados por rapiñas en la capital (en el orden de los 500 según datos del Poder Judicial). El aumento de la visibilidad del crimen organizado en torno a las drogas podría explicar el aumento en el rechazo por parte de la población a usuarios de drogas, como muestran las diferentes EMV (de 1996, 2006 y 2011) analizadas por OPP, DUCSA y Equipos Consultores en «Los valores en Uruguay». Dicho análisis muestra un aumento en la tolerancia a personas de otras razas, religiones u orientaciones sexuales, pero no hacia los «drogadictos», sobre quienes aumenta el rechazo. En este escenario se inscribe en el Uruguay una política de drogas pionera en el mundo y contraria al paradigma dominante de guerra a las drogas. La regulación del mercado de cannabis es una importante tentativa de fragilizar al narcotráfico y quitarle poder de acción. Los efectos de la nueva ley en relación a este punto habrá que evaluarlos a mediano y largo plazo para poder tener elementos de análisis y profundización de la política de drogas y sus efectos sobre la seguridad en general, ante un escenario de narcotráfico instalado en nuestro país, con más poder que en décadas anteriores.

La fractura social que se produce luego de la crisis, impulsada por la producción de objetos de consumo que la población desea pero no toda puede acceder legalmente, genera un odio de clase. Entre los jóvenes que delinquen el principal objetivo es tener dinero para adquirir esos objetos de deseo a los que no pueden acceder legalmente, ya que no tienen posibilidades de insertarse en un mercado de trabajo que les asegure sustentabilidad económica. No se trata de robar por tener las necesidades básicas insatisfechas, sino de robar para tener dinero para comprar determinando objetos. Es decir, se delinque para poder acceder al objeto de deseo. Por otra parte, la oferta educativa no se ajusta a las necesidades de esta población, que necesita, por ejemplo, aprender oficios y no necesariamente reproducir un imaginario dominante que tiene a la Universidad como destino único en el camino de la formación y del desarrollo individual. Generar una cultura del trabajo y adecuar la oferta educativa a las necesidades y expectativas de la población es una medida oportuna para equilibrar las brechas sociales, aumentando la cohesión y no la fractura, y de este modo, reduciendo las tasas de violencia e inseguridad. Se hace imprescindible entonces, generar las condiciones para que los adolescentes provenientes de hogares con menores recursos puedan acceder a un trabajo inicial y al mismo tiempo fomentar una cultura de trabajo y convivencia pacífica, de tolerancia y respeto, y no una cultura del consumo que lo que produce es violencia por parte de aquellos que desean pero no pueden acceder legalmente a esos bienes.

Cultura y educación

Pensar en educación conduce rápidamente a pensar en el sistema formal de instituciones educativas, y de ellas, la escuela ocupa un lugar destacado. Es que la escuela primaria resulta el dispositivo más importante de una nación para la producción de sus ciudadanos. La obligatoriedad y universalismo de la escuela la convierten en la institución más relevante para el desarrollo de un Estado-nación moderno. La palabra escuela, curiosamente, carga etimológicamente con un sentido que la historia se ha ido encargando de transformar. Las raíces griegas y latinas de escuela se refieren al «ocio», al «tiempo libre». Este significado de la antigüedad conlleva un componente, digamos, elitista, ya que no todos podían tener «tiempo libre» para aprender algo. En cambio, el devenir de la modernidad capitalista y de las democracias liberales como forma de organización política, fueron conduciendo gradualmente a una masificación de la enseñanza en escuelas, proceso necesario para la conducción y desarrollo de los nóveles estados nacionales, con sus ciudadanos, su mano de obra, sus burocracias, etc. Las escuelas modernas serían entonces, además de espacios de transmisión de conocimientos, importantes dispositivos disciplinarios y reproductores de las historias nacionales dominantes. En las escuelas se adquieren hábitos, disciplina, técnicas para el desarrollo de la lectoescritura y el razonamiento abstracto, y también conocimientos básicos en diferentes áreas como la geografía y la historia, elementos esenciales para la reproducción de las ideas y los valores de la nacionalidad.

Con estas características de la escuela en tanto dispositivo, sería lógico encontrar reflejados en ella muchos de los principales elementos constructores de las mitologías nacionales, en un simultáneo proceso de retroalimentación (escuela productora y reproductora de las narrativas dominantes). La construcción de un imaginario nacional en tanto país laico, homogéneo, fuertemente democrático e igualitarista (con un Estado omnipresente en las vidas cotidianas de sus ciudadanos, que deja «poco margen» a la legitimación de lo privado como espacio seguro donde se deposite la confianza para el buen desempeño de las principales actividades que hacen a un país) se ha vehiculizado a través de la educación, y principalmente en las escuelas, los «templos» constructores de un modelo de «religión civil», como se ha caracterizado a nuestro país acudiendo al pensamiento del sociólogo estadounidense Robert Bellah. El Uruguay laico y democrático históricamente construido, ha depositado en sus instituciones estatales y en los partidos políticos una gran confianza, una «fe secularizada» en el Estado que puede (y debe) ser expresada públicamente (a diferencia de la fe en religiones o espiritualidades, que debe ser mantenida sigilosamente en privado). Esta «religión civil» construida en los templos-escuelas hace de la educación, en el Uruguay, un ámbito «sagrado», con importantes figuras emblemáticas, como la de José Pedro Varela. La reforma vareliana en la educación nacional (del último cuarto del siglo XIX) ocupa un lugar de mito fundacional de una nación laica, igualitaria, democrática e ilustrada. Quizá sea una de las formas más relevantes

en las que se materializó el pionero progresismo social uruguayo. Un punto importante de la reforma vareliana, con fuerte presencia hasta nuestros días, es el subrayado igualitarismo de nuestro sistema educativo (y por extensión, de nuestra cultura en general).

Ese igualitarismo, si bien es un elemento importante a valorar y mantener, debe, a los efectos de alcanzar mejores resultados en la educación, ser revisado. El igualitarismo característico de nuestro país hace que por momentos se confundan las individualidades y se desatiendan las necesidades particulares, los desafíos puntuales o las motivaciones y capacidades personales, haciendo pasar por encima de esas particularidades (que por momentos es bueno incentivar para producir diferencia y motivación) a un igualitarismo que a veces puede distar de los principios de equidad, haciendo comparables o sometiendo a los mismos procesos a individualidades diferentes con inquietudes y contextos también diferentes.

Algo de esta situación se refleja en la educación secundaria, que presenta serias dificultades para adecuar su propuesta pedagógica y sus contenidos a las necesidades y deseos de quienes se encuentran en edad de transitarla. De hecho, las dificultades en el aprendizaje y la preferencia por aprender cosas diferentes a las impartidas en los centros educativos son las principales razones que los jóvenes expresan como causantes del abandono, como lo muestra el trabajo «Adolescentes que no asisten a Ciclo Básico: caracterización de su trayectoria académica, condiciones de vida y decisión de abandono»⁴³. En la educación secundaria aparecen las mayores dificultades, y por lo tanto, los mayores desafíos para una transformación del sistema que garantice resultados razonables de escolarización y aprendizaje. El desestímulo de los jóvenes en edad liceal es considerable. En buena medida, el abandono se produce mayormente entre quienes han sido reprobados en algún año de escolarización, factor que atenta contra la continuidad de los jóvenes en el sistema educativo. En el informe citado anteriormente, se hace mención a las diferentes argumentaciones de los jóvenes ante su abandono y se repara en el hecho de que estos entienden que sus intereses por aprender algo no los encuentran en el sistema educativo formal. Como muestra la Encuesta Continua de Hogares de 2014 (ECH, 2014), 24 % de los jóvenes varones de entre 15 y 17 años NO estudia (de los cuales, 9 % trabaja, pero el restante 15 % no estudia y tampoco trabaja). En el caso de las mujeres, las cifras son de 16 % para quienes no estudian (de las que 13 % no estudia y no trabaja). La ECH de 2014 muestra que más de la mitad de quienes no estudian ni trabajan declaran haber abandonado los estudios porque no tenían interés o les interesaba aprender otras cosas. La misma encuesta apunta que 60 % de quienes no estudian ni trabajan (de entre 14 y 29 años de edad), pertenecen al primer quintil de ingresos. Vemos entonces, que el tanpreciado igualitarismo que nos caracteriza, no necesariamente tiene efectos de equidad en el sistema educativo.

43 Gioia de Melo, Elisa Failache y Alina Machado. Instituto de Economía (Udelar). Serie Documentos de Trabajo, 2015.

Si bien partimos de una educación primaria prácticamente universal, a medida que se avanza en los niveles educativos, las tasas de participación y aprobación van descendiendo fuertemente. Para el caso de la enseñanza media superior, promedia una participación en el sistema educativo de 80 %⁴⁴ de los jóvenes de entre 15 y 17 años. Al pasar de la franja de edad correspondiente a la enseñanza media superior a la franja en edad de cursos terciarios (18 a 25 años), el porcentaje de participación desciende a menos de la mitad, ubicándose en 37 % (ECH, 2014). Ahora bien, más allá de esta caída de la participación en los niveles superiores de enseñanza, lo cual es, hasta cierto punto, predecible, llama mucho la atención la bajísima tasa de aprobación de 12 años de escolaridad formal que tenemos en los jóvenes uruguayos de entre 18 y 20 años de edad. El informe elaborado por el Instituto Nacional de Evaluación Educativa (INEED)⁴⁵ coloca al Uruguay en la tasa de aprobación más baja de la región, con apenas 28 % de personas de entre 18 y 20 años con 12 años de educación formal aprobada. En cambio, esas cifras aumentan considerablemente en la región, situando a Paraguay con un 43 %, Brasil con 47 %, Argentina 48 %, Bolivia 56 % y Chile con 76 %.

Por otra parte, el cuadro que se muestra a continuación, refleja datos sobre los máximos niveles educativos alcanzados en diferentes países. Los datos de la EMV de 2011 muestran que en Uruguay existe un alto porcentaje de quienes tienen como máximo nivel educativo instancias primarias o secundarias incompletas, mientras que, en Suecia o nueva Zelanda, los mayores porcentajes se encuentran en los niveles más avanzados de escolarización.

	Uruguay	Argentina	Brasil	Holanda	Nueva Zelanda	Suecia
Primaria incompleta	11	6	32	3	0	1
Primaria completa	26	19	12	12	1	9
Secundaria incompleta	19	7	1	16	0	2
Secundaria completa	11	7	2	21	0	12
Bachillerato incompleto	12	20	9	7	25	23
Bachillerato completo	8	27	26	5	18	20
Terciaria/Universitaria incompleta	6	8	7	23	22	13
Terciaria/Universitaria completa	6	5	10	11	29	19
NS/NC	1	1	1	2	5	1
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: EMV, 2011. Porcentajes de encuestados por máximo nivel educativo alcanzado.

44 Un informe del INE, de 2015, resumiendo datos sobre educación, muestra que 73 % de los jóvenes entre 15 y 17 años participa del sistema educativo formal.

45 Informe sobre el estado de la educación en Uruguay 2014 (INEED, 2014).

Si quienes culminan 12 años de escolarización son pocos, así como quienes culminan una formación terciaria; si la tasa de abandono en instancias medias es importante, y las causas que los participantes manifiestan se deben a la falta de interés; resulta evidente que la propuesta de educación formal en las instancias medias está fallando. En otras palabras, un sistema educativo formal medio que apunta principalmente a la formación de jóvenes que ingresen a carreras universitarias, con una propuesta pedagógica y con contenidos que no se adecuan a las expectativas de los adolescentes, parece ser un punto especialmente destacable para la elaboración de estrategias que busquen, en cambio, atraer a esos adolescentes a propuestas pedagógicas y contenidos que los motiven a desarrollar oficios y conocimientos prácticos a los que les encuentren utilidad. Un elemento importante para comprender la falta de motivación en los contenidos formales está directamente vinculado a la irrupción de las tecnologías de la información y la comunicación, permitiendo a los adolescente ser testigos y acceder a gran cantidad de información y contenidos que consideran mucho más relevantes que los que puedan obtener dentro de las aulas.

Pero el cambio no se da únicamente por el acceso a las tecnologías. Existen también una serie de transformaciones sociales que hacen que las *relaciones* deban ser reconsideradas. Los procesos de reconocimiento de las individualidades y alteridades, la ampliación de derechos, la búsqueda de profundizar y ampliar al máximo el sentido democrático, la promulgación de leyes que apuntan a la emancipación de los cuerpos y las conciencias (aborto, matrimonio igualitario, marihuana, por citar las más notorias) producen efectos y subjetivan a quienes llenan las aulas del sistema educativo. El hecho de no ser «mayores de edad» y de no gozar plenamente de sus derechos ciudadanos, no hace a esas personas (estudiantes), ajenas a los procesos sociales contemporáneos. ¿Por qué, entonces, nos llama tanto la atención que los nuevos jóvenes, socializados y educados en una coyuntura de ampliación de derechos y profundización democrática, se vean repelidos por instituciones disciplinarias y autoritarias que reproducen formas de violencia basadas en normatividades que el «mundo exterior» al aula ya no produce? No se trata únicamente de que el estudiante puede acceder individualmente a contenidos (mediado por tecnologías) y que, por lo tanto, disminuya la esencialidad de que ese contenido se transmita en la institución educativa. Se trata de buscar la forma de que el ámbito educativo (la institución) sea capaz de contener y reproducir los valores de respeto y pertenencia, donde el diálogo es en todas direcciones y no únicamente verticalizado, produciendo estudiantes sujetos (contenedores) de normas y contenidos y no jóvenes creativos y corresponsables de sus propios devenires. Si la producción simbólica de la autoridad del adulto ha estado mediada principalmente por los contenidos transmitidos, ha llegado la hora de reconstruir esos vínculos para que no se reproduzcan las «faltas de respeto» que pueden caracterizar la relación del estudiante hacia el docente. Para ello, debe ser contemplada la diversidad, la particularidad, el diálogo, la confianza en el estudiante (desafiarlo y no victimizarlo). Esto, por supuesto, supone una «tarea

extra» para el docente y el conjunto de los adultos responsables del centro educativo, más allá de la mera transmisión de contenidos. Estos principios están de algún modo presentes en la Ley General de Educación de 2008, principios que es necesario reforzar y poner en práctica.

Ante los escenarios de cambios globales, con una transformación importante en las formas de trabajo futuras, y con un acceso prácticamente universal a las tecnologías de la información y la comunicación, el desafío para el Uruguay debe ser la formación de ciudadanos capacitados para las exigencias laborales del futuro. Esos desafíos parecen no estar presentes en su justa medida en la propuesta educativa actual, que continúa reproduciendo contenidos y pedagogías que no necesariamente se adaptan a los deseos y las características del mundo actual y futuro. Una función importante del sistema educativo debería apuntar a capacitar jóvenes con posibilidades de adaptación al mundo cambiante. En ese sentido, el igualitarismo al que se hizo referencia puede tener una faceta negativa en este aspecto de hacer pasar por iguales cosas o personas que no lo son. Es decir, ese igualitarismo anula de cierta forma las posibilidades de producción de competencias y desafíos, de innovaciones y diferencias que apunten a la adaptación al mundo futuro desde la posibilidad de desafiar las creatividades y los deseos de los niños, adolescentes y jóvenes en edades de transitar el sistema educativo formal. El centralismo del sistema dificulta la producción de alternativas que apunten a desafiar a los jóvenes a nuevos emprendimientos y formas de aprender. Mantener a los jóvenes dentro del sistema educativo formal implica confiar en sus capacidades, desafiarlos a crear nuevas modalidades de aprendizaje, volver, de algún modo, al sentido etimológico de la escuela en tanto espacio de creatividad.

Finalmente cabe preguntarse ¿cuán importante es la educación para la sociedad uruguaya, es decir cuánto se valora lo que se puede conseguir a través de la educación formal para lograr una vida mejor, un buen empleo, un ingreso más alto? La respuesta a esta pregunta es en alguna medida contradictoria. Lo es porque en primer lugar la educación es uno de los temas que más preocupa a la población según diversos estudios de opinión pública, pero al mismo tiempo las expectativas puestas en el retorno de la educación no son demasiado elevadas. Los debates sobre la educación han marcado las últimas campañas presidenciales, los programas de todos los partidos políticos y las intenciones de los recientes gobiernos nacionales: «educación, educación y más educación» repitió Mujica cuando asumió su investidura y, sin embargo, como él mismo lo afirmara, sus reformas fueron detenidas. Miguel Brechner, el líder de uno de los principales cambios implementados en esta materia como el Plan Ceibal, expresa la contradicción recién mencionada: «La sociedad uruguaya declara que la educación es importante pero en la vida real no es así [...]. En Uruguay no es primordial terminar la educación media»⁴⁶. En el mismo sentido apuntan las

46 <www.elobservador.com.uy/miguel-brechner-vivimos-una-sociedad-abocada-pegarle-los-docentes-n1074502>, 22 mayo 2017.

conclusiones de un estudio reciente⁴⁷ que argumenta que como los retornos de la educación formal recién se sienten realmente cuando se accede a la educación terciaria, muchos jóvenes y sus padres son escépticos acerca de los beneficios de invertir tiempo y recursos en la educación media. La reforma educativa necesaria para integrarse a la sociedad del conocimiento es compleja, requiere recursos, acuerdos políticos e instituciones capaces de llevarlas adelante, pero sobre todo requiere de una «cultura que ponga a la educación como el valor más alto», nos falta para llegar a esto.

47 Juan Manuel Patiño: «La educación en Uruguay: desafíos, líneas de acción y propuestas de mejora para el quinquenio 2015-2020» <www.acadeco.com.uy/files/2015_premio_Patino.pdf>.

Conclusiones y desafíos

Estamos atravesando una nueva etapa en la historia de la humanidad. El aspecto clave de esta nueva era es que la revolución tecnológico informacional se constituye como nuevo paradigma transversal, incluyendo la ingeniería genética porque es la acción sobre la información de la materia viva. Del mismo modo que se hablaba de la era industrial por la revolución en la transformación de la energía eléctrica, la era de la información se caracteriza por la revolución en los procesos tecnológicos de la información y la comunicación. Y en forma semejante en que la revolución tecnológica de la energía en la industrialización creó una nueva sociedad, también la revolución tecnológica de la información y de la comunicación da lugar a un nuevo tipo de sociedad caracterizada fundamentalmente por estos aspectos. La organización social más funcional para esta nueva etapa es la organización en red: la sociabilidad en red, la educación en red, la política en red y por eso la espina dorsal es la red de redes, es decir Internet. Esta nueva manera de organizarse en red parte de estructuras mucho más flexible, horizontales, multidimensionales, locales y globales al mismo tiempo. En este contexto el desarrollo pasa a ser entendido por las personas como la capacidad de poder ser autónomo, de poder elegir lo que uno quiere ser.

Estos tres pilares del contexto actual: la revolución tecnológica informacional, la organización en red y el valor de la autonomía de la persona y sus derechos individuales tienen impacto en todas las instituciones que heredamos de la era industrial, o de la modernidad: sobre la política y los partidos, sobre el trabajo y las empresas, sobre las familias y la sexualidad, sobre la religiosidad, sobre la autoridad y la tolerancia, sobre el consumo y la desigualdad. Atravesamos una transformación acelerada de cómo se produce conocimiento, cómo se organizan las personas y cuáles cosas se valoran. Estas transformaciones impactan con la misma velocidad en la cultura entendida como el conjunto de creencias, actitudes y valores. El avance de la era de la información implica cambios en la cultura, pero también para adaptarse al avance de la era de la información se requieren cambios culturales profundos.

Uruguay se ubica en una posición que, dentro de América Latina, es auspiciosa para pensar el futuro, porque es el país más secular y al mismo tiempo se acerca a una configuración cultural donde más se valoran los derechos de las personas. Uruguay está a medio camino entre los valores de una sociedad industrial moderna y una sociedad posindustrial. Esto significa que estamos viviendo al mismo tiempo la intersección de valores correspondientes a una etapa de industrialización y de posindustrialización.

Tomando en cuenta diversos índices internacionales nuestro país se destaca positivamente en la región (es el que mejor distribuye su riqueza, el más sustentable, el de mayor clase media, el de mayor producto por habitante) y en

el mundo (es de los más democráticos, de los menos corruptos y presenta un desarrollo humano alto). En un contexto nacional de crecimiento económico, disminución de la pobreza, baja de la desigualdad e índices de desempleo históricamente menores, una de las razones invocadas, no la única por cierto, pero fuerte y repetida frecuentemente para explicar las causas de fondo de lo que se percibe como deterioro del país es «la cultura y el cambio de valores».

A eso nos dedicamos en este trabajo. A analizar cuál ha sido la matriz cultural del país de las últimas décadas, cómo ha ido cambiando y cuáles son esos factores de cambio. Hemos analizado la matriz cultural en relación a diversas áreas específicas de la sociedad y la economía. En concreto abordamos la cultura transversalmente vinculándola a diez áreas: el trabajo, la religiosidad, la tolerancia, el medio ambiente, la riqueza y la pobreza, la educación, la innovación, la familia, el consumo y la inseguridad. Resumimos este diagnóstico sobre la cultura y el desarrollo en los siguientes diez puntos.

- I. La tendencia del mundo del trabajo del siglo XXI está completamente determinada por la innovación tecnológica y la aceleración de los cambios en las actividades productivas que estarán vinculadas a las tecnologías de la información y del conocimiento. Los grandes desafíos para adaptarnos culturalmente al trabajo futuro no deberían borrar dos de las tradiciones más ricas en el país como la dignidad y la solidaridad. No obstante, ellas deben acompañarse con los cambios sustanciales necesarios como aumentar el nivel educativo, pero con un tipo de aprendizaje que permita manejar las principales variables del trabajo de la era del conocimiento. Algunos de los nuevos desafíos pasan por mejorar la profesionalización del trabajo asumiendo el de realizar la tarea de la mejor forma posible y teniendo en cuenta que la evaluación del destinatario es clave. Parecería imperioso cambiar la expectativa de conseguir un trabajo de por vida y asumir la necesidad de adaptarse a la velocidad de los cambios, incorporando la flexibilidad en la trayectorias de vida y olvidando al Estado como anhelo de estabilidad laboral. Nada de lo anterior tendría sentido sin la mejora en las condiciones de vida de los trabajadores haciendo un esfuerzo colectivo de la sociedad a través del Estado para el acceso a una buena salud, vivienda, transporte y dignidad del salario. Así como se requieren cambios en la cultura del trabajo, se precisan cambios en la cultura empresarial, fundamentalmente complicándole la vida al empresario tradicional, sea el rentista o sea el especulador, y en cambio apoyando decididamente al empresario innovador que desempeña su rol con responsabilidad social. Al mismo tiempo, la adaptación de la cultura del trabajo debe acompañarse con nuevas regulaciones capaces de proteger los derechos de los trabajadores frente a las modalidades de trabajo antes inexistentes. La dificultad de parte del Estado para reaccionar rápidamente ante nuevas formas de trabajo, se perciben con claridad en los emprendimientos de Uber y Airbnb.

Ambas se expandieron muy velozmente creando miles de puestos de trabajo y compitiendo fuertemente con las formas más tradicionales del taxímetro, de alquiler de viviendas y de hoteles. Tendremos mucho más de esto en el futuro inmediato y los ciudadanos, los trabajadores y el Estado, deberán adaptar sus prácticas a estos nuevos desafíos, esto no significa recibir pasivamente, sino saber qué caminos tomar para resolver las situaciones que se presenten.

2. Una de las particularidades históricas de la sociedad uruguaya es el *ethos* igualitario. Las raíces de esta idea de la igualdad social la encontramos en diversos relatos históricos. Este *ethos* igualitario se plasmó concretamente en uno de los primeros estados de bienestar en el mundo, como lo fue el del batllismo de comienzos del siglo XX. También este valor en la igualdad legitimó más recientemente que luego de la devastadora crisis del 2002 la preocupación central del Estado (Gobierno) fuese recuperar a la enorme masa de uruguayos que habían caído en la pobreza. Todos nos sentimos en aquel momento responsables por ayudar a nuestros compatriotas castigados por la crisis y, con un valor fuerte en la solidaridad, se hizo un esfuerzo colectivo por implementar políticas redistributivas hacia quienes estaban peor. Con la bonanza económica del período 2003-2015 y la reducción de la pobreza a niveles muy bajos, esa convicción distributiva está llegando a un límite pues hoy son muchos los que no están de acuerdo en la necesidad de mantenerlas o profundizarlas. Esto se refuerza con la realidad de que Uruguay es el país más igualitario de la región y el que tiene la clase media más numerosa. La población está dividida en este tema: la mitad cree que la pobreza actual se debe a problemas de los propios individuos pobres que no se esfuerzan demasiado o tienen una cultura que la reproduce, y la otra mitad cree que es importante continuar con el esfuerzo colectivo para avanzar en la igualdad. Si miramos a los países en el mundo que están mejor en su desarrollo, los índices de igualdad que presentan son bastante más altos que los uruguayos; este es un argumento potente para continuar con la distribución y convencerse de que la alta inequidad de la riqueza es una mochila muy pesada para avanzar en el desarrollo, y además va a contrapelo de una de las dimensiones positivas de la matriz cultural del país.
3. Los uruguayos han modificado fuertemente sus hábitos de consumo. Esto se ve claramente en cierta pérdida de pudor a tener consumos que sean para satisfacción individual o familiar. También se nota en una dinámica acelerada de adquisición de bienes o servicios más parecida a la de los llamados países ricos donde los objetos no se reparan ni se espera a que se rompan para cambiarlos. Estas nuevas pautas de consumo se han resumido en el relato del «nuevo uruguayo». Pero la expansión fuerte del consumo a mediados de la década pasada también generó su

crítica porque se acerca mucho al consumismo en vez de al consumo más inteligente y sustentable para los niveles de ingreso de los hogares. Efectivamente, la matriz cultural del consumo en el país era opuesta a la ostentación y en alguna medida represiva, y ha habido cambios fuertes en este aspecto que desinhibieron las compras y que se acercan al consumismo. Es esperable una actitud futura más inteligente, selectiva y responsable donde se valore más la calidad del producto, se evalúe el poder de compra y se tome en cuenta la manera en que el producto fue creado, por ejemplo castigando a las empresas que utilizan mano de obra infantil o no cumplan con el cuidado del medio ambiente. Acompasando la era de la información, las compras a través de Internet no dejan de crecer y lo harán aún más, incluyendo el acceso a transacciones internacionales para comprar productos extranjeros.

4. La espina dorsal de la época actual es la revolución de las tecnologías de la información, como lo fue la electricidad en la segunda revolución industrial. La población uruguaya lo tiene claro: 75 % opina que el desarrollo económico y social del país depende en buena medida de la ciencia, la tecnología y la innovación. Los desafíos para las próximas décadas son inmensos para un país como Uruguay que invierte poco en I+D en una región que en su conjunto tampoco lo hace. En este contexto, favorecer un cambio en la matriz de la innovación apostando a procesos creativos y diseños novedosos en lo educativo, en la investigación, en lo empresarial y en lo institucional, será uno de los grandes retos para ganar competitividad y salir de la cultura de la repetición. Hay muchísimo camino por recorrer en este aspecto y los uruguayos creen que a es una de las apuestas más importantes para el desarrollo nacional. Se han cumplido diez años del Plan Ceibal por el cual se universalizó la alfabetización tecnológica a todos los niños del país y no hay otro ejemplo en el mundo donde el Estado haya desarrollado una política semejante a esto. Según su ideólogo Nicholas Negroponte, Uruguay tendrá las personas más creativas en los próximos veinte años. Seguramente se exagera en esta afirmación, pero es seguro que este es un paso firme para acercarnos a la cultura de la era de la información.
5. Uruguay vivió hace diez años un conflicto internacional de proporciones con Argentina que tuvo como centro la posible contaminación del medio ambiente de la planta de celulosa finlandesa Botnia (hoy UPM) en el río Uruguay. Una de las consecuencias de ese conflicto prolongado y traumático fue concientizar a la población acerca de los problemas mediambientales que puedan causar los emprendimientos productivos. Esta conciencia en gestación se manifestó nuevamente en relación al proyecto minero de hierro en Valentines por la empresa Aratirí, propiedad de la india Zamin Ferrous hace cinco años, proyecto que finalmente abortó. Efectivamente, las dos terceras partes, 64 % de la

población, manifiesta que se debe dar prioridad al cuidado del medio ambiente por sobre el crecimiento económico. Muy significativo es que ese sólido porcentaje mayoritario es más alto que en muchos países con mejores índices de desarrollo. La conclusión es clara: los uruguayos están alerta ante los nuevos megaemprendimientos económicos y exigen el cuidado máximo del medio ambiente. Pero al mismo tiempo prestamos muy poca atención al cuidado del medio ambiente en nuestra vida cotidiana, mantenemos actitudes negligentes y no contribuimos a mantener nuestras ciudades limpias.

6. Uruguay se ha descubierto recientemente como más diverso que su imaginación histórica y ha desandado un camino de negación de la diferencia no solamente tolerando, sino reconociendo derechos de grupos poblacionales discriminados como las mujeres, los negros, descendientes de indígenas, homosexuales e inmigrantes; en todos los casos se legisló positivamente en el siglo XXI. Hay luces amarillas, no obstante, que muestran actitudes de intolerancia y racismo (violencia contra la mujer, rechazo de inmigrantes, agresividad en los delitos, violencia en el fútbol). El sustrato básico de una sociedad democrática y los valores que se piensa que hay que transmitir a las futuras generaciones permiten estimar que, a través de un trabajo comunicacional e institucional, es posible pensar que tenemos una buena base para navegar la diversidad creciente del siglo. Por ejemplo 82 % de la población menciona a la tolerancia y el respeto en primer lugar como valores a enseñarle a sus hijos. Hay que trabajar con fuerza desde ahora sobre esas debilidades porque la intolerancia puede avanzar aún más rápido.
7. La familia patriarcal, nuclear, machista, y vertical, está llegando a su fin en Occidente y cumplió su ciclo histórico vinculada a cierto modelo de producción económica. Uruguay fue el primero en legalizar el divorcio por la sola voluntad de la mujer a comienzos del siglo XX en Latinoamérica y hoy en día la mitad de los casamientos terminan disolviéndose en divorcios. Esto implica que la mayoría de la población vive en múltiples arreglos familiares, primero con sus padres, luego con sus padres divorciados y las nuevas parejas, luego forma su propia familia, la disuelve, construye una nueva. Convivimos con familias monoparentales (casi siempre mujeres), familias con padre o madre divorciados, familias con matrimonios homosexuales (ya sea de hombres o mujeres, casados o en unión libre), familias más tradicionales (las menos), personas que viven solas (en aumento veloz). Los arreglos y las estructuras que definen a la familia y sus roles son múltiples y ahora se construyen sobre la marcha porque no hay modelos fijos. Ante tanta variabilidad algunos especialistas proponen apartarse del concepto de familia y adoptar el de espacio familiar. Lo familiar admite esas heterogeneidades y se centra en la importancia de los afectos y las emociones.

Todos precisamos para nuestro crecimiento como personas saludables del afecto, del amor y de la confianza de otros a los que consideramos significativos. El lazo íntimo especial que se construye en el espacio de lo familiar priorizando las emociones podría constituirse en el cimiento que operase como piedra de toque ante el presente tan volátil, incierto y permeado por las influencias del mercado, del consumo y los riesgos del cambio acelerado de la vida.

8. Uruguay es el país con menor porcentaje de autodefinidos católicos en América Latina y, a su vez, el de mayor porcentaje de autodeclarados ateos, agnósticos o sin afiliación. Si bien es una excepción en su región, es justo mencionar también que el país acompaña las tendencias continentales de caída del catolicismo (evidente y constante desde la década de los setenta); de aumento del protestantismo (redinamizado con las iglesias pentecostales y neopentecostales, estas últimas visibles a partir de la misma década de los setenta); y de aumento de los creyentes que se autodenominan sin afiliación, sin iglesia. Este último grupo, sin embargo, ve un aumento exponencial en el Uruguay en comparación con los países de la región. Entrado el siglo XXI es impensable negar la importancia de las creencias religiosas o de la construcción de espiritualidades que reclaman nuevas formas de comprender la laicidad. En este sentido el Uruguay ha ido dando pasos en dirección al reconocimiento de la diversidad religiosa y se encuentra en momentos de evidentes tensiones entre diferentes modos de comprender esa característica laicidad del Uruguay.
9. Entre los jóvenes que delinquen el principal objetivo es tener dinero para adquirir esos objetos de deseo a los que no pueden acceder ya que no tienen posibilidades de insertarse en un mercado de trabajo que les asegure sustentabilidad económica. No se trata de robar por tener las necesidades básicas insatisfechas, sino de robar para tener dinero para comprar determinando objetos que son muy caros como los celulares, los zapatos y la ropa de marca. Es decir, se delinque para poder acceder al objeto de deseo que posee una importante proporción de la población en su vida cotidiana. Por otra parte, la oferta educativa no se ajusta a las necesidades de un segmento importante de los jóvenes, que necesitan, por ejemplo, aprender oficios y no necesariamente reproducir un imaginario dominante que tiene a la Universidad como destino único en el camino de la formación y del desarrollo individual. Generar una cultura del trabajo y adecuar la oferta educativa a las necesidades y expectativas de parte de la población joven de menos recursos es una medida oportuna para equilibrar las brechas sociales, aumentando la cohesión y no la fractura, y de este modo, reducir las tasas de violencia e inseguridad.

10. Ante los escenarios de cambios globales, con una transformación importante en las formas de trabajo futuras, y con un acceso prácticamente universal a las tecnologías de la información y la comunicación, el desafío para el Uruguay debe ser la formación de ciudadanos capacitados para las exigencias laborales del futuro. Esos desafíos parecen no estar presentes en su justa medida en la propuesta educativa actual, que continúa reproduciendo contenidos y pedagogías que no se adaptan a los deseos y las características del mundo actual y futuro. Una función importante del sistema educativo debería apuntar a capacitar jóvenes para que adquieran las destrezas y las habilidades para adaptarse al mundo cambiante, tecnológico, globalizado y en jaque por el cambio climático y el deterioro del medio ambiente.

Del análisis realizado en este trabajo sobre diez dimensiones que vinculan la cultura y el desarrollo (cultura y trabajo, cultura y distribución de la riqueza, cultura y consumo, cultura y tecnología, cultura y familia, cultura y tolerancia, cultura y medio ambiente, cultura y educación, cultura e inseguridad y cultura y religión) podemos resumir en una cáscara de nuez los principales desafíos.

Las instituciones centrales que caracterizaron la modernidad están en crisis, fueron instituciones construidas burocrática y verticalmente en un contexto patriarcal para la sociedad de masas en una economía industrial. Nuestro país está en plena transición de una sociedad industrial a una sociedad de la información. En este proceso la cultura cambia sustancialmente y al mismo tiempo la cultura es vehículo necesario del cambio.

La nueva era del conocimiento exige la adaptación de las viejas maneras de entender las instituciones básicas de la sociedad, desde los partidos políticos a la educación, desde la familia al trabajo, desde la religión al consumo, desde la delincuencia y las cárceles a los sistemas de innovación, desde las relaciones de género a la capacidad de interactuar con otros en un mundo cada vez más diverso, hiperconectado y con la información disponible en Internet.

La población uruguaya vive este cambio acelerado, ha adoptado pautas culturales que modifican una tradición cultural de más larga duración y al mismo tiempo desea mantener vivos algunos de los valores que caracterizaron lo que en varios imaginarios colectivos entendemos que nos define como país y nos otorga identidad. Por ejemplo se valoran la dignidad y la solidaridad del trabajo, pero no se asume el compromiso de la calidad y la responsabilidad de un trabajo bien hecho; por ejemplo se está alerta ante la contaminación de los grandes proyectos productivos, pero no se asume una conducta en la vida cotidiana de mantener limpias las ciudades; por ejemplo la población vive en múltiples arreglos familiares, unos típicos de la sociedad que queda atrás, otros característicos del mundo que viene; por ejemplo la igualdad es uno de los valores que más nos distinguen como sociedad, pero en los últimos años aumentó significativamente quienes creen que el esfuerzo redistributivo ya fue suficiente; por ejemplo hemos implementado el Plan Ceibal, pero aún no hemos logrado transformar la educación

como se requiere; por ejemplo valoramos la tolerancia y se han implementado también políticas significativas en este sentido, pero la violencia doméstica y el machismo siguen siendo un gran problema. Podríamos poner muchos otros ejemplos que reflejan este tránsito, en las áreas estudiadas en este trabajo y seguramente en otras que no hemos podido cubrir en esta etapa, como la cultura y la salud, la cultura y la política, la cultura y el deporte, entre muchas otras.

Vemos que hay una enorme disposición al cambio cultural en la sociedad actual, porque es completamente consciente de la necesaria apertura para adaptarse al futuro y para lograr mayores niveles de autonomía en relación a lo que cada uno quiere ser. Cambios que no deben socavar algunos de los valores más preciados como la dignidad de todas las personas independientemente de su posición económica, sexo, raza, edad, la solidaridad social ante los más necesitados en los momentos de crisis, la laicidad y la democracia.

Algunas instituciones actuales del país, especialmente la educación que capacita a los jóvenes y niños, parecen ir muy por detrás y avanzar mucho más lentamente que la disposición al cambio de la población y de las necesidades del futuro. Pero al mismo tiempo esa disposición al cambio de valores en la cultura permitió situar al país otra vez a la vanguardia en la región y en el mundo en el área de la expansión de derechos. Uruguay abrió camino en el mundo a comienzos del siglo XX con la ley laboral de ocho horas, la abolición de la pena de muerte y la legalización del divorcio. Hoy vuelve a la vanguardia en el siglo XXI con tres leyes revolucionarias como el matrimonio igualitario, el aborto por decisión de la mujer y la regulación del cannabis. Tendremos muchos más cambios culturales en el futuro próximo.

Referencias

- AROCENA, Felipe y AGUIAR, Sebastián (2007). *Multiculturalismo en Uruguay*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- AROCENA, Felipe y PORZECANSKI, Rafael (2010). «Desarrollo sustentable. Reflexiones sobre su alcance conceptual y su medición» en *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 26, Montevideo.
- AROCENA, Felipe (2011). «¿Por qué no vienen los chinos a Uruguay?», en Gerardo CAETANO y Rodrigo AROCENA (Eds.), *La aventura uruguaya*, tomo II, Random House Mondadori, Montevideo.
- (Ed.) (2011). *Regionalización cultural del Uruguay*, Universidad de la República, Naciones Unidas, AECID, Montevideo.
- (2014). «Un país más diverso que su imaginación. Una interpretación del censo de 2011» en *Revista de Ciencias Sociales*, FCS, Udelar, n.º 33, Montevideo.
- y AGUIAR, Sebastián (2014). «Menant la marche: l'Uruguay et ses trois lois avant-gardistes», *Cahiers des Amériques latines*, octubre, París.
- BRUNDTLAND, Gro Harlem y la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo (1988). *Nuestro futuro común*, («Informe Brundtland»), Alianza Editorial, Madrid.
- CABELLA, Wanda; FERNÁNDEZ SOTO, María y PRIETO, Victoria (2015). *Las transformaciones de los hogares uruguayos vistas a través de los censos de 1996 y 2011*, Ediciones Trilce, Montevideo.
- CAETANO, Gerardo (Coord.) (2005). *20 años de democracia. Uruguay 1985-2005: Miradas múltiples*, Taurus, Montevideo.
- CASTELLS, Manuel (2016). «Modelos de desarrollo en la era de la información: globalización, tecnología y empresa red», conferencia en el Centro Interdisciplinario de Estudios en Ciencia Tecnología e Innovación, Buenos Aires.
- (2006). *La era de la información*, vol. 3 *Fin del milenio*, Alianza Editorial, Madrid.
- DÍAZ, Ramón (2004). *El Observador*, 15 de mayo, Montevideo.
- ESI-Environmental Sustainability Index (2005). <www.yale.edu/esi>.
- ESKRIDGE, William (1993). A history of same sex marriage. Faculty Scholarship Series, Paper 1504. New Haven: Yale Law School.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, Gedisa, Barcelona.
- FRASER, Nancy (2001). «Redistribución, reconocimiento y participación: hacia un concepto integrado de justicia», en *Informe mundial sobre la cultura. Diversidad cultural, conflicto y pluralismo*, Ed. UNESCO, Madrid.
- GEERTZ, Clifford (1990). *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- GIMÉNEZ, Gilberto (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, ITESO, México.
- DE MELO, Gioia; FAILACHE, Elisa y MACHADO, Alina (2015). Serie Documentos de Trabajo, Instituto de Economía (Udelar).
- GUDYNAS, Eduardo (2002). *Ecología, economía y ética del desarrollo sostenible*, Coscoroba ediciones, Montevideo.
- HARRISON, Lawrence y HUNTINGTON, Samuel (2000). *La cultura es lo que importa. Cómo los valores dan forma al progreso humano*, Ariel, Buenos Aires.

- HARVEY, Edwin (2008). *Los derechos culturales. Instrumentos normativos internacionales y políticas culturales nacionales*, Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, Ginebra.
- INGLEHART, Ronald *et al.* (2001). *Human Values and Beliefs*, The University of Michigan Press.
- INGLEHART, Ronald y WELZEL, Christian (2005). *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*, Cambridge University Press.
- JARAMILLO, Alejandra (2003). *Bogotá imaginada*, editado por la Alcaldía Mayor de Bogotá.
- KLIKSBERG, Bernardo y TOMASSINI, Luciano (Comps.) (2000). *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, BID, Buenos Aires.
- KYMLICKA, Will (1996). *Ciudadanía multicultural*, Barcelona, Paidós.
- (2007). *Multicultural Odysseys. Navigating the New International Politics of Diversity*, Oxford University Press, Nueva York.
- Latinobarómetro (2015). <<http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>>
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Barcelona.
- MIERES, Pablo (2005). *El País*, 2 de marzo, Montevideo.
- MORÁS, Luis Eduardo (2016). *Los enemigos de la seguridad: desigualdades y provación de libertad adolescente*, FCU, Montevideo.
- PARRIS, Thomas; KATES, Robert y LEISEROWITZ, Anthony (2005). «What is Sustainable Development?» en *Environment: Science and Policy for Sustainable Development*, t. vol. 47, n.º 3, pp. 8-21.
- Oficina de Planeamiento y Presupuesto (2015). *Los valores en Uruguay: entre la persistencia y el cambio*, Montevideo.
- PEET, Richard (1999). *Theories of Development*, The Guilford Press, Nueva York.
- PIERRI, Naína y FOLADORI, Guillermo (Eds.) (2001). *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*, Trabajo y capital, Montevideo.
- PNUD (2008). *Población afrodescendiente y desigualdades étnico-raciales*, Montevideo.
- REDCLIFT, Michael y WOODGATE, Graham (Eds.) (1997). *The International Handbook of Environmental Sociology*, Edgard Elgar Publishing Limited, Reino Unido.
- RIUS, Andrés (2004). *Semanario Búsqueda*, 24 de junio, Montevideo.
- UNDP (2004). *Cultural Liberty in Today's Diverse World. Human Development Index*
- SACHS, Wolfgang (Coord.) (2002). *Equidad en un mundo frágil. Memo para Johannesburgo*, Fundación Heinrich Böll, Santiago de Chile.
- SEN, Amartya (2006). *Identity and Violence*, Penguin Books, Londres.
- (2004). «How Does Culture Matter?», en Vijayendra RAO y Michael WALTON (Eds.), *Culture and Public Action*, Stanford Social Sciences, pp. 37-59.
- (1998). «La cultura como base del desarrollo», Instituto Veracruzano de Cultura, UNESCO, Jalapa.
- SUÁREZ, Héctor *et al.* (2014). *Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay. Aproximaciones cuantitativas y etnográficas*, Unidad de Medios Técnicos, Ediciones y Comunicación (UMTEC), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo.
- VAN DIJK, Teun (Coord.) (2007). *Racismo y discurso en América Latina*, Gedisa, Barcelona.
- World Value Survey: <<http://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>>.
- ZUASNÁBAR, Ignacio *et al.* (2010). *Los valores en Uruguay*, Universidad Católica del Uruguay, Montevideo.

¿Cuál es el rol de la cultura en el desarrollo? ¿Es que juega algún papel clave en los procesos de desarrollo, o es la cultura apenas secundaria en relación a otras áreas consideradas más importantes como podrían ser la economía, la democracia, la institucionalidad, la desigualdad o la innovación tecnológica, entre otras? ¿Y si la cultura tuviera una función estratégica en los procesos de desarrollo, tenemos teorías que nos ayuden a pensar cuál es? ¿En el caso de que existan teorías, cuáles son sus principales puntos de acuerdo y de disputa? ¿Y si disponemos de teorías, también poseemos los métodos para saber cómo abordar el mundo empírico de la cultura y el desarrollo? Las dos principales preguntas que guían el diagnóstico que aquí se presenta son: ¿qué podemos decir de la matriz cultural uruguaya del presente? y, sobre todo ¿cuán preparados estamos culturalmente para navegar las aguas de la sociedad del conocimiento del futuro?

ISBN: 978-9974-0-1744-3

